Juan Manuel Suppa Altman

LAS VARIACIONES ROSAS

ENSAYO SOBRE EL PERONISMO PORTEÑO



JUAN MANUEL SUPPA ALTMAN

LAS VARIACIONES ROSAS

ENSAYO SOBRE EL PERONISMO PORTEÑO

Pardon that for a barren passion's sake,

Although I have come close of fourty-nine,

I have no child, I have nothing but a book,

Nothing but that to prove your blood and mine.

(Perdonad que, por perseguir una pasión estéril,

Aunque cerca llegué de los cuarenta y nueve,

No tenga ningún hijo, sólo tenga un libro,

Nada más que eso para dar testimonio de tu sangre y la mía)

William B. Yeats.

Parfois, la maison de l'avenir est plus solide,

plus claire, plus vaste que toutes les maisons du passe.

(A veces, la casa del porvenir es más sólida,

más clara, más vasta, que todas las casas del pasado)

Gaston Bachelard

¿Y no hay Dios?

¿Cómo el hombre, perecedero, enfermo y vil,

tendría lo que le falta al universo? ¡La criatura llena de miserias tendría más

ventajas que la creación llena de soles! ¡Tendríamos un alma y el mundo no!

El hombre sería un ojo abierto en medio del universo ciego. ¡El único ojo abierto!

¿Y para ver qué? ¡La nada!

Juan Domingo Perón

-I-

Los he visto en trance, transeúntes, militantes, compañeros, adversarios, enemigos mortales. Los he visto dislocarse, romperse, poseídos por voces de espíritus lejanos, arrastrados por el influjo de las voces circundantes, tomados por aquellos que alguna vez, en algún lugar, hablaron y dejaron ideas que regresan en el momento de pensar una vez más lo que ya ha sido tantas otras veces pensado. En el trance volvemos a subir palabra sobre palabra como por un camino hecho de piedras redondas y blancas hacia un lugar conocido por uno y por los otros. He visto a compañeros alcanzados por el trance como por el rayo, los he visto devenir médiums de largas tradiciones políticas, canales abiertos de un solo golpe a saberes ocultos, lenguaraces, grandes publicistas, los he visto integrarse a una operación del lenguaje político tramada mucho pero mucho tiempo atrás.

El trance es una chispa en la roca, una corriente que recorre el gesto del que tomó la palabra y dice de una vez lo que es tan arduo de decir y a veces nos deja indiferentes y otras nos ilumina.

El trance es una lengua que lanza palabras como clavadistas chinas que se hunden con precisión para emerger luminosas de las aguas del sentido. El trance es un momento indispensable de la política, es la elocuencia que nos habla y nos devora.

Nosotros, que somos parte del pueblo de la Ciudad de Buenos Aires, hablemos.

Nosotros, a los que nada nos interesa menos que conocernos el uno al otro, que evitamos saludarnos en los pasillos y hacer buenas migas en los ascensores, que nos evadimos y compartimos, sin embargo, esta ciudad, hablemos. Acá son nuestros derechos y obligaciones, nuestras responsabilidades en la organización política, en la imaginación de un proyecto de comunidad, hablemos. Los más posibles, hablemos. Dejemos la puerta abierta para que lleguen los otros nosotros con los que hemos caminado tantas veces hasta llegar a la plaza entregados al trance del sentimiento oceánico, gran masa del pueblo con tótem y sin tabú. Hablemos nosotros, los compañeros, hablemos de Buenos Aires y de su sombra terrible.

Son tantas las miradas, compañeros, que esta va a ser una de esas reuniones largas y sin certezas, en la que todos vamos a pedir la palabra.

Que hablen los escuderos de los altos castillos. Vengan con las medallas desenterradas de sus antiguas glorias entre sus fuertes manos. Quiero verlos llegar envueltos en santos sudarios, puros, recién bañados, doctrinarios. Quiero oír sus trances en lenguas tantas veces muertas y resucitadas, con sus palabras de barro y de limo que aún claman por las españas perdidas, por los templos del oriente eterno, por vilcabambas de piedra. Quiero andar con ustedes en caballos blancos de largas crines por la pampa desalambrada. Quiero cabalgar por el sendero de barro hasta llegar al fuerte y a la aduana vieja. Quiero desensillar a orillas del río que es como un mar para escuchar a los pescadores discutir el misterio de la multiplicación de los panes y los peces. Quiero subir barranca arriba hasta los maestros porque sé que ellos todavía nos esperan.

Hablen aceleracionistas, caras de velocidad. Vengan con sus androides y sus ciborg-mascotas, con sus robóticas distopías que les rompen el corazón y oscuramente los excitan. Yo los he visto enchufados buscando una fórmula perfecta en la hora en la que el mundo sueña, hiperestimulados en la oscuridad en la que los otros nos desvanecemos de sed y cansancio. Hablen, ustedes, incansables nadadores en aguas abiertas, los que no dejan nunca de avanzar aunque sospechen que esa estrella que brilla a la distancia quizás esté muerta. Ustedes los que por consciencia y constancia son los prometeicos enemigos de los dioses. Vengan en sus módulos de litio cromado y con sus presentimientos cuánticos.

Vengan en escuadra espacial de vanguardia. Sobrevuelen el horizonte de desmarañadas terrazas y azoteas cruzadas de cables y cobres. Reproduzcan por sus altoparlantes de alta fidelidad y sonido bestial un manifiesto futurista que nos lo vuelva a explicar todo.

Hablen compañeros del siempre presente, los que viven un día a la vez, a la constante velocidad de una vida familiar crucero, laboral, civil y comercial. Meticulosos y prudentes ciudadanos que son la base y la reserva de toda contabilidad pública nacional y del proyecto estable y duradero. Ustedes, los que se atan a la piedra del justo medio y resisten a todo extremismo, a todo canto tentador de prosperidad fácil, a toda belicosa llamada a la discordia. Los compañeros la gente, a veces subestimados, tantas otras sobrestimados, convoquen a la moderación y a la templanza, al cuidado de lo muy básico. Yo los he visto regando las plantas del patio, ordenando en orden alfabético los libros de la biblioteca, cortando juliana una cebolla con paciencia y maestría. Los he visto en la sala de espera para la extracción de sangre del chequeo anual y los he visto conciliadores en el grupo de mamis y papis. Compañeros del siempre presente este también es su momento, hablen.

Hablen compañeros del siempre presente, los otros, los cocainómanos de la realpolitik, ebrios de certezas de bajo vuelo, sensuales de la rosca, no dejen de venir con sus primicias de pasillo y sus modestos negocios. Yo los he visto en los restoranes de altura de los hoteles cinco estrellas, en salones de largas mesas y sillas de felpa rojo, en despachos públicos y en oficinas céntricas con amplias vistas y un mozo que trae café. Les he visto el rictus de suficiencia y de empacho y la tristeza y la callosidad de aquellos que creen haber entendido demasiado. Ustedes, los que les gusta sentirse parte de lo que sea que sea, vengan. Ustedes, los del temor de perderse algo, hablen. Quiero oír esas frases de lectura en frío, esos retaceos, la fraseología sociológica de las últimas encuestas que están manejando y que a las doce ya no nos va a servir para nada porque el futuro esta vez está demasiado cerca y ya pasó.

Hablen trabajadores de todas las ramas, organizados y desorganizados, a la derecha y a la izquierda, obreros robustos hechos de piedra granítica y gris, emergidos del sueño herrumbrado de los talleres y los galpones. Ustedes que son la columna vertebral y la región sacra, el movimiento y el suelo pélvico sublevado, hablen. Quiero sumarme a sus columnas otra vez y llegar junto a los que marchen desde los arrabales y desmentir el final y la agonía. Vengan en sus raudos ciclomotores eludiendo autos por las calles y avenidas. Vengan con sus espaldas cúbicas y sus ollas quemadas y sus gomas que se encienden del fuego negro. Vengan de cuello blanco, precarios, meritocráticos, alienados, aristocráticos, desregulados, de plataforma y bajo convenio. Hablen. Hagan salir otra vez por las largas chimeneas de acero de las usinas de la historia el humo de la visión de la buena e inesperada nueva.

Hablen hombres y mujeres rotos. Ustedes, los anclados en viejas habitaciones que cuando hacen memoria mal trance los parte, llenen sus vasos y escapen de la melancolía y sus aromas agrios, del regusto a cigarrillo en el mate y de la guitarra en el ropero. Escapen de la quietud y la gravedad porque esta es la hora de la invención. Abran las ventanas. Dejen pasar las luces y sus ruidos. Pongan los lexotaniles, los valiums y los clonazepam a secarse al sol. Compañeros de mi noche triste, de las baladas desesperadas, de los platos acumulados en la bacha y la heladera vacía, hablen. Compañeros del eterno pasado, del temido futuro, reventados de la sal y la tierra, de una vez y por todas, salgan, vengan.

Hablen los todes escandalizantes, los deformes todes, los altaneramente todes, los invertidamente todes, los todes destructores de la esencia y de la lengua cervantina que martirizan las conciencias aplastantes de los demasiado todos. Los todes arrumbados en el pasado, en el rincón del lenguaje de una época que ya pasó. Los todes que resisten como un soldado separado de su tropa, extraviado en

los olvidos y las desdichas de la jungla del tiempo. No se sientan excluidos. Todes, vocalicen una vez más, hablen.

Hablemos todos.

Extendamos en esta modesta reunión nuestros mapas, soltemos las teorías de cuerdas, vamos hacia los confines de los mares y que la panza nos haga ruido de tanto vértigo. Vayamos a la luna que la luna es un queso. Vamos a bordear una vez más los grandes continentes que se superponen y se sumergen en Buenos Aires, a intentar desentrañar juntos el misterio y a fracasar, aunque no del todo, porque siempre nos quedará el trance, el de todos y cada uno el suyo ¿Qué pasó, papá, qué pasó papá que cuando llegamos ya todo estaba roto? Papá se volvió loco, papá se tiró por la ventana, papá es un cuerpo que cae, papá desierto y semilla.

Hablemos y que se multipliquen las viejas reuniones políticas para que se vuelva a tramar a su calor lo desconocido por venir. Hablo de las reuniones y asambleas donde ocurren los súbitos esclarecimientos y milagrosos sincretismos de último minuto, los cabildos abiertos, los mítines de masas, la revista de milicias.

En el principio son lenguas de fuego las que desatan un incendio, son tambores y bombos que nos llaman a la coreografía, es el polvo que levantan tantos pies que acuden y sacuden la tierra durante la puesta en escena del gran anunciamiento de lo nuevo. Y al final es una mano que pesa en su palma el aire y es el agua que prosigue su tarea urdiendo caminos imposibles, la complejidad inabordable fuera de todo discurso, el aquietamiento. En el después la gente en llamas que no se apaga a tiempo y deambula, quemada, ardida, en estado de pesadilla. En el principio el trance, lo plural, lo multitudinario, lo mucho, hombres y mujeres que toman la voz y del trance traen y llevan filosofía a la política y política a la vida cotidiana de esta ciudad tan al sur que es el centro de una cosa nueva y diferente. La política es también ese fuego primigenio que tanto tarda en apagarse, que vuelve, que se retuerce, que se apaga y revive, y por eso el trance.

Bienvenidos compañeros, aquí llegamos, intentemos juntos revelar de Buenos Aires su singular extrañeza, ahora que la verdad de una época se desmorona. Velemos las armas, preparemos las palabras, pasemos de la autoflagelación a la crítica, del más allá al más acá, a lo que está a nuestro alcance. La crítica que no es la autocrítica porque no estamos solos, porque se trata de lo colectivo, de la patria y de la felicidad del pueblo. La grandeza de la patria que se construye poquito a poco y la felicidad que no sabemos lo que es ni con qué definición estabilizarla, pero que todos unidos buscaremos.

No es fácil, compañeros, pensar la comunidad organizada en la ciudad alienada, la incapacidad de pensarla es la misma alienación, pero no intentarlo es una capitulación sin pelea, la más indigna de las capitulaciones. Si no hacemos contacto entre nosotros habremos perdido, nos habrán adiestrado a ser funcionalizados por redes y formatos diseñados, controlados y administrados por otros. Si nos llevan a ese campo de batalla, habremos perdido. Podemos ir guardando la contraseña.

Empecemos poniendo la mesa y acercando las sillas, sírvanse algo, hagamos lo básico, que cada casa sea una unidad y cada unidad una casa. Esta casa en la que estamos queda a orillas de un río, en la frontera, y en ella estamos juntos.

-II-

Me llamó Juan Manuel, soy de Palermo.

Mi padre se obstinó en llamarme Juan Manuel. Durante noches y trasnoches, en suaves discusiones matinales y en almuerzos de familia, mi padre fue presentando ante mi madre sus mejores argumentos, sosteniendo su oposición a que me llamaran Damián. Estuvo bien mi padre. Si me hubieran puesto Damián su apellido italiano hubiese quedado apenas como una disonancia entre un principio y un final judíos, lo que sería, sin dudas, una sobrerrepresentación. Juan Manuel Suppa Altman, en cambio, con sus tres fuentes y tres partes integrantes, resulta más equilibrado y proporcional, tiene la belleza de las palabras que dicen cosas verdaderas. Debo a mi padre, entonces, mi buen nombre, lo más valioso que un ser humano puede tener, según el slogan del Banco Río de los años ochenta.

Sin embargo, mi padre no había sido original. Me di cuenta pronto en los asados, en las interminables y aburridas reuniones en las unidades básicas y los sindicatos, en los patios, en las habitaciones de al lado, en los bordes donde nos dejaban a los niños al cuidado de la comunidad desorganizada, que muchos, muchísimos de los otros niños, se llamaban igual que yo Juan Manuel. Nos presentábamos con timidez y con apuro para poder seguir jugando y no nos sorprendía que el otro también se llamara Juan Manuel, por el contrario, nos parecía lo más natural del mundo ese concierto de juanesmanueles. Y todos teníamos aprendido que cada vez que un adulto nos llamara Juan o Manuel, debíamos informar que no, que no era así, que era un nombre compuesto y era juanmanuel todo junto.

No podíamos saberlo entonces, eramos niños y desconocíamos la trama detrás del nombre, pero así como los demianes llevan en la nuca el número de la bestia, nosotros, los juanesmanueles, tenemos un código de barras que sólo puede ser leído por un grupo de determinados y buenos lectores. Nuestros cuerpos fueron botellas echadas al mar con un mensaje escrito en código, uno que venía a decir que el final de la dictadura estaba cerca, que volveríamos y restauraríamos, que venceríamos. Y la dictadura terminó pero no vencimos y yo y el resto de los juanesmanueles seguimos igual con nuestro nombre a cuestas, explicando con valor más infundido que fundado a los no hábiles lectores, esos que siempre pensaban que eramos juanes o manueles, o que nuestros padres eran fanáticos de Fangio, que no, que el nuestro era un nombre compuesto y que no, que no era por Fangio, que era por Rosas.

¿Y quién era Rosas? Un prócer secreto. Un tapado del olimpo nacional que no salía en la tapa de Billiken, ni de Cosmi-K, ni de Anteojito. Rosas no tenía póster en el aula del colegio ni canción. Un prócer para iniciados del que nuestras maestras no sabían nada, pero del que algo ocultaban. Y así como muchos adultos no entendían, otros al escuchar el nombre hacían una breve suspensión del gesto o te escrutaban como a un motor que hace un ruido raro. El padre de un amiguito del colegio una vez me dijo ¡Como el sanguinario vampiro federal! ¡Me gustó mucho esa idea del vampiro! No me costó saberlo, Rosas había sido un militar tirano que gobernaba rodeado de diablos, golpeando a sus enemigos, bailando en puntas de pie sobre la sangre derramada de los buenos argentinos.

Mi padre negaba todo. Me explicó que con Rosas pasaba lo mismo que con las películas de acción. En las películas los malos eran los rusos, los latinoamericanos, los indios y los negros, y en la vida real esos eran los nuestros y más malos eran los norteamericanos. En la vida casi todas las cosas están dadas vuelta, Juan Manuel, te dicen que los policías nos cuidan pero es mejor que te mantengas alejado de ellos; te dicen que los periodistas de la televisión informan, pero son unos mentirosos patológicos, nunca les creas ni palabra; que los curas ayudan a los pobres, pero esos son los menos,

con esos también te recomiendo distancia; te dicen que todos tus familiares son buenos, y bueno, sos muy chico para entender detalles, pero sabé que no, que lamentablemente no; lo mismo con los militares que te dicen que defienden la patria cuando en realidad son los que la entregan. Militares buenos, acordate, sólo conocemos tres, Juan Manuel, escuchá bien. Sí, bueno, exagero, puede que haya diez o treinta: los hubo, pero tampoco tantos. Además, si son buenos es porque se parecen en algo a alguno de estos tres que te tenés que acordar. Escuchá: San Martín, Rosas, Perón.

A San Martín, claro que lo conocíamos, era el Superman de aquella liga de la justicia. Rosas, como ya dije, era casi un secreto. Perón, en cambio, estaba en los posters y banderines, en los cánticos y en la marcha, lo que me llevó a preguntar por qué los niños no nos llamábamos Juan Domingo en vez de Juan Manuel, a lo que los grandes me respondieron que cuando yo nací no se podía, estaba prohibido ponerle Juan Domingo a los chicos y que el nombre completo de Rosas, Juan Manuel José Domingo, los contenía a todos, así que era una suerte de dos por uno, otra codificación en el mensaje.

En la escuela no había josés ni juanesdomingos y, de hecho, entre mis compañeritos el porcentaje de juanesmanueles se licuaba con tanto fede, nico, diego, mariano, gastón y martín. Había, sí, dos facundos, unos juanesmanueles de segunda selección, el nombre un poco, algo, culturalmente apropiado por los unitarios. Así fui dándome cuenta que el asunto del nombre-en-clave-homenaje no se usaba tanto como pensaba. Seguía, sí, funcionando muy bien cuando acompañaba a mi padre a hacer política, como mi madre le decía a eso que hacía mi padre. Acompañar a mi padre a *"hacer política"* era ver a la gente grande conversando durante horas mientras tomaban algo, en general café y mate, a veces vino o cerveza, a veces comiendo, y bastante. A mí me gustaba cuando se juntaba mucha gente y se daban discursos y había banderas y bombos. Le decían actos y en ellos era frecuente ver a una persona en trance o a muchas personas en trance y eso, al menos para mí, era electrizante.

En las internas presidenciales del 89, mi padre estaba con Cafiero y mi madre con Menem. Ya se habían separado, pero seguían siendo amigos, yo creo que porque los dos militaban como locos y eso los unía. De la campaña de Cafiero lo que más recuerdo son hombres de saco y corbata hablando en el justo medio tono de la gente resuelta y bien educada y que los actos me hacían acordar a las kermeses que se hacían en mi escuela, aunque hubiese más gente y sí, el asado y los choripanes estuvieran mejor organizados. No puedo quejarme de la campaña de Cafiero y De la Sota, todos me trataban con mucho cariño, ahora, la que estuvo buenísima buenísima, esa fue la campaña de Menem.

Menem llegaba saludando en el techo de un camionazo blanco que flotaba entre las multitudes mientras el viento agitaba su poncho rojo y lo hacía flamear como una bandera por detrás de su melena azabache revuelta sobre su cara mora, tierna y feroz, adornada por esas patillas tremendas, patillas de porno andino en las que estaba el secreto de su arrolladora fuerza telúrica. Menem un día te hacía ñoquis gratis para miles de personas en La Boca y al día siguiente te prometía un salariazo y al siguiente te hacía un acto en River con Los Pasteles Verdes y al otro gritaba que ibamos a recuperar las islas a sangre y fuego. Todo lo que se dice un campañón. En esos actos siempre multitudinarios mi nombre generaba la simpatía inmediata y exultante de los compañeros. En los actos de Menem decía Juan Manuel y si no me celebraban de una forma u otra, me decepcionaba. La palabra federalismo circulaba, estaba en las banderas de una tal liga federal, de las corrientes federales de aquí y de allá, de las mesas federales. Menem mismo tenía la estampa de esos caudillos de los libros que circulaban en mi casa. Menem traía las montañas rojas y el polvo de un país lejano. Menem era un federal de los de Juan Manuel, mucho más que Cafiero, para mí eso era evidente y me costaba entender por qué mi padre no opinaba igual. No me cuadraba que apenas hubiese celebrado la victoria sobre los radicales y que desde el primer momento tomara distancia de Menem ¿Por qué, si eramos peronistas y Menem,

además, era una declarado rosista? Podía dar fe de eso porque había ido a casi todos sus actos. A tal punto Menem era rosista que en octubre de 1989 se comprometió personalmente en la gestión para repatriar los restos de Juan Manuel, que llegaron a Buenos Aires después de un largo siglo en Southampton, la ciudad inglesa en la que estuvo exiliado hasta su muerte.

Me acuerdo de ver a Menem en la televisión sentado en el sillón grande de la casa de mi abuelo Vincenzo. Menem encabezaba la comisión cuando la cureña con el ataúd se detuvo ante la puerta de la bóveda familiar en el Cementerio de la Recoleta, y allí mismo hizo un discurso que a mí me resultó fácil encontrar en YouTube, por si quieren verlo. Ahí dijo:

"*Al darle la bienvenida al Brigadier General don Juan Manuel de Rosas también estamos despidiendo a un país viejo, malgastado, anacrónico, absurdo (…) En la unidad nacional nadie está obligado a renunciar a sus ideas ni a su juicio histórico; en la unidad nacional nadie está obligado a claudicar en sus opiniones sobre nuestro pasado".*

Rosas salía por fin de la historia viva y entraba en el pasado, dejaba de ser el fantasma de las rebeldías y esperanzas de una de las tradiciones del pueblo porteño para ser simplemente un muerto, una carpeta guardada en un armario de la historia oficial argentina, un prócer todavía disminuido, pero por fin adentro de la casa. Después de ese día casi nadie volvió a preguntarme tras conocer mi nombre si era por Rosas. Menem, por su parte, se afeitó las pastillas, se engominó el pelo, se puso un traje y se fue hasta Austria y Santa Fe a darle un abrazo de reconciliación nacional al Almirante Isaac Rojas, el comandante del bombardeo a Mar del Plata de septiembre de 1955, el vicepresidente de Lonardi y Aramburu durante la dictadura que gobernó del 1955 al 1958. Menem trajo la concordia nacional en su gobierno.

Como responsable de las relaciones exteriores de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Menem ordenó el envío de marinos y pilotos al Golfo Pérsico para defender a Kuwait, un emirato petrolero con importantes inversiones norteamericanas, inglesas y holandesas, de una invasión iraquí. Fue raro. Más allá de la conveniencia o no de la acción militar, un hecho de esa magnitud no era fácil de articular con la tradición del peronismo, un movimiento que en ninguna de sus idas y vueltas anteriores había imaginado, programado, y menos ejecutado, la subordinación militar a los Estados Unidos.

Por supuesto, no fue la decisión de un hombre. Menem estaba en su primer año de gobierno capeando la hiperinflación, escuchó a mucha gente, escuchó muchas ofertas, pesó el aire con su mano y resolvió que era la única opción viable. Los efectos hacia adentro del peronismo no podían sino ser destructivos porque los principios no se relativizan, esa es justamente la naturaleza del principio. De la experiencia menemista el país y el peronismo salieron estallados, presentando tres o cuatro candidatos. Al final era como decían los solemnes libros peronistas; entregarse al capitalismo norteamericano no funciona. La modernización del país, y de la ciudad en particular, se pagó muy cara y las cuentas no fueron claras. El estado se quebró porque mucha gente ya estaba quebrada desde mucho tiempo atrás.

Juan Manuel de Rosas, como todos los federales, también estuvo bajo la influencia determinante de los Estados Unidos, a los que veía como la cuna de la gran revolución americana, sin por eso caer en la subordinación a este país ni a ningún otro. Una influencia que se advierte en sus ideas sobre la organización nacional, en el sostenimiento, por ejemplo, de que las provincias debían funcionar por sí mismas para no recaer a meras adyacencias de la república o en su posición acerca de la cuestión capital. Rosas, sobre este punto, parece compartir el criterio que llevó a los estadounidenses de fundar una nueva ciudad, Washington D.C., para que no sea ninguna de sus ciudades más

importantes, como Boston o New York, ni ninguna otra capital de los estados confederados. Estados Unidos está en cada argumento que Rosas presenta a Quiroga en la famosa carta del 20 de diciembre de 1834 en la que se afianza en la convicción de que el Gobierno General no debe constituirse con estados débiles porque es una condena al desorden, en tanto que el éxito de la república sólo puede resultar posible por el fortalecimiento de las instituciones estaduales, que, para Rosas en particular, en tanto que porteño, eran las instituciones de la Provincia de Buenos Aires.

Quiero decir, para Rosas pensar en Buenos Aires era también la mejor forma de pensar en la Argentina. Algunos sucesos pueden sonar como muy contradictorios entre sí, opuestos al sentido común, y eso es porque con frecuencia las cosas son contradictorias o, al menos durante un tiempo, lo son.

-III-

Un ensayo más sobre Buenos Aires, un ensayo menos sobre Argentina, o más bien un ensayo menos de un porteño hablando de Argentina cuando en realidad está hablando de Buenos Aires. Un ensayo sobre Buenos Aires, Argentina, que nadie pidió nunca, que quizás a nadie interese, pero que a mí me hubiese gustado leer. No este ensayo puntualmente pero sí otro que fuera su semejante, su padre o su hermano, mejor que este, uno que diese lugar a nuevas y más afiladas ideas, a delirios nuevos buenos para el conflicto, a discursos que propongan un modo posible de encauzar los innumerables y siempre llegando afluentes de la vida social en una gran urbe, los desordenados y desordenantes nutrientes de nuestra política. Un ensayo sobre la Ciudad de Buenos Aires escrito desde el peronismo y para peronistas, un movimiento al que no le gustan tantos los ensayos como las obras y las puestas en escena y que por esa misma inclinación tropieza con frecuencia con una idealización del pragmatismo en la idea peregrina de que al pueblo no le importan tanto las palabras como las obras y que no hay tiempo para ensayos, como si fuese posible construir sin acertar en las ideas y en las proyecciones, como si siempre fuese conveniente seguir los vientos de época porque si sucede conviene sin importar lo que diga la época ni de dónde vengan los vientos.

Se opera, entonces, el desplazamiento desde el ensayo a las técnicas de las ciencias sociales. Florecen los centros de estudios y las consultorías, cada uno con su materia de estudio y su fenómeno a aislar y verificar, a dividir y analizar, a sintetizar y agrupar para finalmente enumerar las conclusiones bajo un apartado intitulado conclusiones. Y está bien eso, radiografiemos la pampa con nuestros treinta o cuarenta centros de estudios, con las consultoras de nuestros amigos politólogos de confianza ¿Quién quiere prescindir de las ciencias sociales? Sólo los que no creen que todo arte tiene su dosis de ciencia. Pero el ensayo hace falta, porque es el texto político liberado de la disciplina, es una foto revelada a la antigua, de la luz a la oscuridad y de la oscuridad a la luz para fijar una imagen. En esa imagen, a veces, hay un detalle que está fuera de foco, en el margen, y que sin embargo hace a la fuerza secreta de la escena, a la potencia de las cosas que parecen decorativas y que, como decía Laiseca hablando del arte, sirven para que todo lo demás funcione.

Leónidas Lamborghini se sentaba a tomar té y fumar cigarrillos en el bar Don Aldo de la calle Mansilla, en Barrio Norte, durante los primeros años de este siglo y entre el humo del cigarrillo hilvanaba una frase tras otra. Lamborghini dijo en ese bar que entre tanto pedorreo de la teoría el poeta ofrece su poema como una solución, viene y dice: acá está, es el poema, mientras ellos, los otros, vienen y te quieren vender la luz, pero esa luz es una luz de lamparita, no es la luz del caos que se abre desde el fondo y crea el mundo y separa las tierras de las aguas. El ensayo no tiene la luz, pero sí que viene del caos y quizás ese es su mayor mérito, su aporte generoso como forma es saberse mínima parte sin renunciar a abordar el todo, es una oposición de hecho al todo autosuficiente que sólo nos sería dado comprender por mediciones, proporciones, procesamientos, por las técnicas. El ensayo es la primacía del discurso político por sobre la técnica, y está afirmación también incluye a los ensayos que postulan lo contrario.

No, por favor, no abandonen la reunión, compañeros de los centros de estudios y las consultorías, les comentó una opinión de Lamborghini, nada más. Era un compañero como ustedes, que ha sido funcionario público y todo. No se inquieten, ya estamos volviendo a la lectura de papers y estadísticas y planillas. A los problemas de “la gente”. Los escucho siempre y los tengo presentes; la cuestión de la salud y la educación, del transporte y del bache, del metro cuadrado y las comunas, de los cortes de luz y los laburos de mierda. Claro que es eso, no se inquieten. Tiempo al tiempo. Les ruego que vuelvan a sentarse. compañeros.

Piden la palabra los compañeros poetas. Quieren dejar en actas que el discurso de la razón es otra alucinación y que el lenguaje operativo no lo habla nadie, que a lo sumo somos hablados por él. Eso suena medio raro, compañeros, pero lo agregamos ¿Algo más? Ajá, que la poesía es la lengua popular y el pueblo mismo nombra al mundo así, por metáforas, sinécdoques, metonimias y que su voz es la voz de Dios, y de su armonía, ritmo, y melodía nace la más maravillosa música. Muy bien, agregado, compañeros poetas. Lo escribimos en letra cursiva, haciendo correr la tinta sobre este papel fracción A4 de un plano infinito. Retomamos.

Un ensayo, entonces, sobre un Buenos Aires que ya se fue y para el que vendrá. Un ensayo sobre este Buenos Aires que también quedará atrás, pero cuyas ilusiones kármikas y aventuras psíquicas heredarán los que vendrán. Y para poder poner todo esto en palabras el ensayo enrarecido, el trance, el libro. El libro como una conjura, lo firme quien lo firme, de la secta del libro, que defiende la buena nueva de que el libro nos constituye porque es invencible. Cuando se apaguen todas las máquinas (y se apagarán) los libros seguirán allí para quienes hayan conservado la capacidad de leer. Mientras las corporaciones tecnológicas controlan, censuran y manipulan todos tus contenidos a su antojo y ley, los libros van por afuera pasando de mano en mano, de boca en boca, quedando en fragmentos y en imágenes que se metabolizan en las conciencias. La secta del libro ha pasado ya por demasiadas épocas oscuras, podemos estar tranquilos que no va a ceder en esta ocasión tampoco. Por eso si quieren reducirnos a ser datos y clientela, corresponde que escribamos. Si nos dicen que el futuro es una máquina que escribe por nosotros, escribamos otro futuro posible en un papel. Escribamos todos y en todos lados. Quieren que escribamos poco porque la gente lee poco y no puede concentrarse. Es obvio, en consecuencia, que corresponde escribir mucho. Nos piden que escribamos nada más que sobre lo que sepamos muy muy pero que muy bien; escribamos entonces ensayos exploratorios sobre todo y sobre cualquier cosa; largos ensayos como trenes atravesando a pura fuerza y velocidad túneles oscuros y densos como agujeros negros; ensayos como trenes fantasmas, como trenes nacionalizados que cruzan los paisajes despoblados de nuestra tierra y sus llanuras sumergidas.

Si la realidad virtual es el territorio elegido por el enemigo porque en él siempre somos visitantes del host, hostiguemos al host como guerrilleros vietnamitas. Avancemos en la ofensiva del tech, entrando y saliendo a tiempo para evitar la derrota definitiva en el combate en línea.

Hablemos de la ofensiva del tech.

Hubo un tiempo que fue hermoso y Eduardo Nevado era libre de verdad. Eran largos los diálogos y secretos y públicos y luminosos los foros ¿Estás ahí? Preguntábamos en la oscuridad de la madrugada, toda la luz de la pantalla en la cara ansiosa y vaya, a veces alguien respondía que sí, que ahí estaba, y en la oscuridad las letras comenzaban a correr de un lado al otro y era un milagro de la comunicación.

¿Estás ahí?

Tiempos de mi juventud, virginales aires del primer internet, cada casa era un puerto y la red era el mar, tendrían que haberlo visto, sí que se programaba a gusto, nos juntábamos y cambiamos asteriscos, barras, paréntesis, 0001 0101 1010 0110, y eramos hermosos. Hicieron falta tantos ventiladores para enfriar tanto calor de tantas unidades centrales de procesamiento. Se quemaron tantos discos compactos, tantos discos versátiles digítales, las mulas eléctricas iban y venían cargadas de música y pelis, la red profunda se sacudía por las corrientes submarinas de las hondas y cavernosas bahías piratas, donde nos esperaban los más destartalantes tesoros jamás vistos por hombre o mujer.

Ahí. Junto a nosotros, había estado Eduardo Nevado, uno de los nuestros, pero de ellos. Un patriota que se había metido a agente de inteligencia para defender a su país del terrorismo islámico cuando

vio las dos torres venirse abajo entre asombro, humo y polvareda. Eduardo Nevado, uno de los nuestros, pero de ellos, salió un buen día de su oficina que estaba justo debajo de una montaña volcánica verde como el jade en el corazón de Hawái llevando en sus manos un cubo rubik en el que había traficado, poco a poco y durante meses, las fichas de metal con la que podía probar la mayor operación de espionaje nunca antes orquestada: internet.

Eduardo Nevado se tomó un avión, se escapó a Hong Kong, se encerró en una habitación de hotel y nos lo contó todo. Y la verdad tuvo gusto a sucio y a libertad como sucede siempre con el final de la inocencia. Eso habían hecho con internet, eso habían hecho con nosotros. Y no sólo eso, alertó Eduardo, internet estaba en las cosas y por esas cosas también nos espiaban. La recolección de datos era masiva y el control era total. Eduardo, santo descalzo del derecho a la privacidad, terminó desterrado para siempre. Él, un auténtico patriota, acusado de traicionar a los Estados Unidos.

¿Y nosotros qué hicimos?

Nos metimos la mano en el bolsillo para pagar un celular de mil dólares, o nos sacamos el gusto de comprar uno de quinientos dólares a pagar en dieciocho cuotas ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Al final, un desarrollo del sistema tecnológico militar inglés y norteamericano resultó no ser la tierra virgen, el poderoso vergel de símbolos sobre el que erigir el más original palacio a la libertad humana ¿Quién lo hubiera sospechado? Al final, internet era una herramienta de control difuso y sofisticado, intranervioso. Un dopódromo. Un dopaminódromo. Disculpen, me llegó un mensaje, es un minuto, alguien me escribe que vamos, que internet es una maravilla, y saben qué, claro que eso también es cierto.

Es más que una herramienta de control, es más complejo, dice allá en el fondo de la sala un compañero desarrollador que se acerca desde Parque Patricios, Distrito Tecnológico.

Es más grande que eso que decís de las corporaciones y la inteligencia. Es más interesante. Es un mundo de posibilidades, dice un compañero cryptobro, protocolista de los pedacitos de monedas, agenciado a tres billeteras virtuales.

Es el fin de la intimidad, pero el comienzo de la emancipación. Es el trabajo sin descanso, pero la semana laboral de cuatro días. El compendio de la humanidad, pero sin humanos a la vista. Es el capital que sueña usuarios electrónicos.

¿Se puede ensayar una respuesta a la ofensiva del tech, desde la política?

En *“La Comunidad Organizada*”, un discurso de 1949, Perón, dice:

“La vida que se acumula en las grandes ciudades nos ofrece con desoladora frecuencia el espectáculo de ese peligro al que unos cerebros despiertos han dado el terrorífico nombre de “insectificación”. Es cierto que lo físico no mengua ni aumenta la proporción íntima, porque ésta consiste justamente en la estimación de sí mismo que el hombre posee; pero puede suceder que, en ausencia de categorías morales, acontezca en su ánimo una progresiva pérdida de confianza y un progreso paulatino del sentimiento de inferioridad ante el gigante exterior. Frente a un complejo semejante —que en último término es un problema de cultura y de espíritu—, son contados los medios de autodefensa.”

“Importa, por tanto, conciliar nuestro sentido de la perfección con la naturaleza de los hechos, restablecer la armonía entre el progreso material y los valores espirituales y proporcionar nuevamente al hombre una visión certera de su realidad. Nosotros somos colectivistas, pero la base de ese

colectivismo es de signo individualista, y su raíz es una suprema fe en el tesoro que el hombre, por el hecho de existir, representa.”

Lo cierto, lo bello, lo bueno; la política. La política como el arte de anteponer lo humano al capital. La política es un arte, Perón lo decía siempre, no es ciencia ni es tecnología, es método e intuición para conducir a la comunidad en un sentido humanista en épocas de riesgo de subordinación a la máquina, de insectificación. Por eso escribir y ensayar para esta ciudad inmensa que todavía no ha tocado sus propios límites, que se expande como una mancha en todas direcciones, es una tarea peronista. Por eso para los peronistas la comunidad organizada. La realpolitik para Kissinger, esa es de ellos, nosotros somos otra cosa.

La tarea del artista será desconectar al hombre de la máquina. Cito ahora a Symns citando a Mac Luhan una tarde calurosa en una casa en Palermo. Estábamos todos en silencio en una habitación a oscuras, las luces de los autos que pasaban por la calle Cabrera iluminándonos fugazmente, todos jovencísimos aprendices de periodistas mirando a Enrique Symns que no necesitaba de nuestras preguntas porque se interrogaba y se contestaba solo y que ahora, en este párrafo, se desplaza en el tiempo para unirse por el delgado hilo de mi evocación a un general al que detestó desde su más tierna infancia.

La política es un arte. La tarea del artista será desconectar al hombre de la máquina.

-IV-

Quisiera estar en Palermo, dejar atrás la casa blanqueada y seguir por el camino de los ombúes, pero sé muy bien que nada de eso me va a pasar. En cambio, voy vadeando el arroyo que me lleva al río para partir en un barco llamado, ridículamente, Conflicto, y ya no volver jamás. Escucho mis pensamientos, un poco me dejo entretener por las sinuosidades del cauce, por los colores que esconde y que de pronto revela. Sé que me persigue el caos con sus gritos y sus dolores, de allí vengo. Sé también que mi mundo será destruido, arrasado, sujeto al inventario del odio y la revancha. La violencia me ha precedido y la violencia me continuará. Es triste. Es cierto. Tan cierto como este calor de febrero y este perfecto caballo tordillo. No hay afectación en decir perfecto porque de verdad es un gran caballo. No me extrañaría que ellos descarguen su odio contra él. Son muy capaces de esa y de muchas otras aberraciones. Cabalgo entre parras y naranjos, atravieso el verde nocturno y veo el colorado en las aguas que corren mansas a mi derecha. Caballo, yo voy a protegerte, todavía puedo salvarte; en cambio, por ti, Buenos Aires, no puedo hacer nada; serás arrasada.

Me pregunto qué fuerza va a unir a este pueblo ahora que el Señor nos ha abandonado ¿Qué será de los buenos hacendados? ¿Quién cuidará de las candorosas niñas fedéralas, de los indios y los gauchos? ¿Qué será de los negros?

Los van a matar. Lo afirmo.

Los negros son los negros del mundo, sí lo son, piensa al respecto.

Los negros van a morir. Muchos de mis mejores amigos habrán quedado mutilados, sin piernas, los hígados picados, los pulmones hinchados, algunos ya habrán sido fulminados de un tiro en plena frente tras rogar de rodillas clemencia al enemigo y piedad al eterno padre, automatismos dichos entre el aturdimiento y el aflojamiento de intestinos. Otros estarán huyendo igual que yo, eso es seguro, a través de estos campos que empieza a blanquear la luna ¿Ellos también se preguntarán quién va a cuidar de los lisiados, de los sordos y los tuertos, de los enloquecidos por las bombas ahora que los unitarios les disparan hasta a los médicos, sulfurosos e impíos como son, capaces de toda aniquilación?

Toda la suciedad va juntándose, se va deslizando hacia el final. Así me han vencido, por cansancio, y sin embargo no hay alivio, apenas me siento cumpliendo el guion previsible del ritual de los derrotados. El barco. Un exilio. Las espumas. Los recuerdos. Pero no hay alivio, hay soberbia. Una fuerza me sigue picando los nervios y me dice que sí, que Buenos Aires ha sido derrotada, pero miradme a mí, miradme en toda mi majestad porque en esta hora me he vuelto inmortal y a partir de ahora Juan Manuel dejará de ser sólo un nombre para ser la evocación de un poder y de un derecho, una palabra cuya mención traerá una amenaza implícita de montonera levantando polvo y trayendo justicia.

De aquí en más mi nombre nombrará por siempre a la mitad negada. Porque… ¿Qué nos une, porteños sino una larga violencia?

¿Qué sois ahora, porteños? ¿Seguridad, territorio, población? ¿Alumbrado, barrido y limpieza?

¿Un producto bruto per cápita de veinticuatro mil novecientos ochenta y dos dólares? ¿Una población vegetativa decreciente, más mujeres que hombres, muchos viejos? ¿Un cuarenta por ciento de personas con estudios superiores y el resto casi todos secundario completo? ¿Qué sois? ¿Un cincuenta y tres por ciento de propietarios? ¿Un treinta y cuatro por ciento de inquilinos? ¿Sois el resto, los que

se arreglan? ¿Un veinte por ciento que trabaja en servicios empresariales, un quince en la intermediación financiera, un quince en el comercio, un diez en transportes y comunicaciones, un nueve en industria manufacturera, un nueve en la administración pública, un seis en salud, un cuatro en enseñanza, un tres en hoteles y restaurantes? ¿Eso sois?

¿Eso? ¿Pueblo y oligarquía? ¿Obreros y proletarios? ¿Clases? ¿Un lenguaje sociológico?

Detrás de estos árboles que nos separan puedo sentir tu agitación, Buenos Aires, y escuchar a los gauchos que uno a uno empiezan a estallar, paf, paf, paf, todavía montados en sus caballos que se desbocan hacia los arrabales y se meten en la boca negra de la llanura hasta moverse como un blanco esquivo en el horizonte. Todavía puedo ver a los negros que se van haciendo noche, juntándose alrededor del ritmo, bardo de los momentos de la muerte que se acompaña con toques de tambor, con rezos al oído y melodías de arrabal.

Te harán literatura gauchesca, Buenos Aires. Harán de tu quilombo de los negros música de salón. Te enterrarán medallas con símbolos. Devendrás en fábrica de abstracciones. El sueño del cerro de la plata, una bolsa con letras del tesoro, partes fracciones ideales, balances contables. Llamadas telefónicas. Poemas, rezos, novelas, transacciones y conspiraciones; Microcentro. Un punto minúsculo que concentrará la actividad simbólica de la pampa húmeda. Un puerto. Una calle. Un nombre. Una música de otra ciudad, pero acá. Profusión de sangres, de lenguas, de mitos. La linealidad imposible. Una sucesión de hechos no gramatizable, grandes cantidades de datos para procesar. Serás un campo inagotable de lo subjetivo. Serás atrapada, alienada y colonizada, pero siempre estarás a punto de dejar de estarlo. Todo en ti será verosímil. Todas tus narrativas posibles y todas tus escuelas, tus arquitecturas y dimensiones convivirán superpuestas y abandonadas.

Estoy exhausto, estoy pensando demasiado. Quisiera callarme, pero los reproches vuelven, los errores imperdonables, haber enriquecido a quienes nada han hecho por la defensa; los numerosos hacendados beneficiados de mis campañas, de la estabilidad y del progreso que supe proveer a la provincia, y que no obstante conspiraron en mi contra. Venían a Palermo, entraban a pedirme favores y al salir con el favor bajo el brazo maldecían y escupían en mi suelo. Así son y no cambiarán jamás. Los conozco desde siempre y mi mujer los conocía, ella me enseñó a evitarlos lo más posible, por eso siempre he preferido la compañía de los peones y los gauchos, de la gente llana, de los negros y hasta la de los pampas, tehuelches y ranqueles, de quienes mucho he aprendido y mucho me queda por aprender, aunque mi abuelo haya muerto lanceado por el malón, aunque mi padre haya estado entre ellos cautivo. Con la indiada la tragedia de la guerra nos une, en la frontera nos hemos ido conociendo. Ellos piensan que más vale la palabra empeñada que el contrato redactado bajo pesados, codificados y rituales recaudos legales. Yo soy de la misma opinión. Anduvimos juntos en las campañas allá por el treinta y nueve, cuando fuimos a sofocar los levantamientos de los estancieros. Los indios me hablaron de las enfermedades de los blancos y yo les entregué de nuestros remedios. Yo quise conocer sus palabras y les enseñé muchas de las nuestras, las que más me hacen pensar, y así algo de ellos se hizo mío y algo de lo mío se quedaron, porque ese es el destino de la frontera y es el único destino americano posible.

En otros continentes, en otros países, las cosas son más simples. La descolonización puede considerarse como la simple sustitución de una raza de hombres por otra. Es un hecho violento, una ruptura. Parece cuestión de que los cuerpos de los antiguos amos sean intercambiados en los palacios, en los medios de producción y en los libros, por los cuerpos de los antes sometidos, los condenados de la tierra por fin restituidos a la patria y sus asuntos. Nosotros, los americanos, en cambio, tenemos sangre de colonizadores y colonizados y de libertadores y oprimidos y son una misma sangre. Nacimos de quienes han cruzado el mar para llevarse oro, tabaco, cobre y cueros y traer fe, artes, ciencias, enfermedades y terrores. Somos los hijos de quienes para hacer surgir en el nuevo mundo una nueva nación de la que poder ser los dueños han roto sus propios lazos ancestrales con la metrópolis. Hemos nacido matando. Hemos nacido muriendo.

A mí desde pequeño me han interesado los indios, su forma de estar en este mundo, como nombran con dulzura a las cosas de la naturaleza. En los fuegos de campaña, en las charlas que se hacían largas cuando arreciaba la lluvia sobre los toldos, plop, plop, plop, y esperábamos a que pasara y no encharcara demasiado, en más de una ocasión encontré la gracia del espíritu santo en la risa y las bromas de los hermanos indios, que se nota que mucho han sufrido. No es que uno fuera a consultar con el indio qué hacer con la patria, cada uno viene de donde viene y está dónde está. Yo tengo los ojos azules y puesto en fuga no me voy hacia las tolderías sino a Southampton, pero pienso en esta hora última en los indios que al igual que los negros serán arrasados, como los pobres, como todos aquellos que por perseguidos y sufrientes son los preferidos de Cristo.

Voy llegando al río. El viento me moja la cara, las copas de los árboles se sacuden musicalmente, las aguas corren cada vez más fuerte. Voy vadeando a ordenar que te alisten y te entreguen al Señor Gore, caballito. Se cuidarán de meterse con el encargado de negocios británico. Es un hombre inteligente y sabe de caballos, con él te podrás entender. Ahora estoy cansado, caballo, hablé demasiado. Quisiera llegar a Palermo y desensillar hasta que aclare, dormirme y despertar y que sea un nuevo día, que sea domingo, una nueva oportunidad.

-V-

El 3 de febrero de 1852, tras la derrota en la Batalla de Caseros, cae Rosas. Las provincias firman un acuerdo en San Nicolás de los Arroyos para sancionar la constitución que regularice las relaciones entre todos los pueblos argentinos. Vicente López y Planes, que había sido presidente del Tribunal de Justicia en época de Rosas, es nombrado Gobernador de Buenos Aires por Justo José de Urquiza, y adhiere al acuerdo en representación de la Provincia de Buenos Aires. Pero esa representación no era real y en la provincia estalla una revolución que la va a separar durante años del proyecto de la Confederación Argentina. Es el comienzo de un largo periodo signado por duros enfrentamientos políticos y militares alrededor del cómo y dónde de la organización nacional.

Expulsados Urquiza y el Ejército Grande, los federales porteños se dividen, grosso modo, en dos grupos: los que apoyan la convocatoria constituyente de Urquiza y los que se adhieren al movimiento de resistencia. De la corriente aislacionista participan Bartolomé Mitre, Valentín Alsina y Dalmasio Vélez Sarsfield, entre otras figuras destacadas. La Sala de Representantes, que había sido disuelta por Urquiza, vuelve a sesionar para rechazar formalmente lo acordado por López y Planes en San Nicolás: Buenos Aires no va a mandar representantes a la Convención Constituyente convocada en Santa Fe. El General Hilario Lagos se alza en armas contra el separatismo y sitia con sus hombres la ciudad y establece un gobierno provisional en San José de Flores, por entonces un pueblo del oeste. Los federales bajo el mando de Lagos se rebelan contra la guerra entre provincias, entre otras cosas, porque la misma Provincia de Buenos Aires atraviesa una grave situación económica. Los hombres están extenuados y los recursos también. El sitio se extiende durante más de ocho meses y el impulso inicial va perdiendo vigor progresivamente. Al otro lado del sitio, en el centro de la ciudad, tres mil hombres bajo el comando del unitario cordobés, José María Paz, están organizados en resistencia.

Mientras el conflicto sigue trabado en la ciudad y su puerto, un malón sacude el sur de la provincia. Los indios se roban casi 200.000 cabezas de ganado, según denuncian los estancieros. Los caciques que durante años habían recibido raciones de parte de la administración, sin raciones se resuelven a golpear. Los estancieros denuncian, además, que se han cometido más de diez asesinatos y que catorce personas, en el marco de la quema y destrucción de los ranchos, han sido tomadas cautivas (Barcos, María Fernanda. 2017).

Tras los hechos corren versiones y contra-versiones. Algunos caciques alegan que Urquiza y Lagos sabían de los preparativos del malón y asintieron con complicidad, pero Urquiza y Lagos lo niegan todo. Las noticias sobre el descontrol en la frontera no los favorecen. El sitio tiene muchas dificultades, necesita refuerzos y la Confederación se apresura en garantizarlos. En esa línea y para asediar a Buenos Aires por todos los frentes, Urquiza manda una flota a bloquear el puerto y pone a su mando a un inglés de nombre John Coe. Su compromiso con la causa federal no es de principios, es más bien de valores, exactamente de cinco mil onzas de oro. Ese el precio que arregla con la Cámara de Representantes. Los sitiados pagan con puntualidad y el inglés cumple en entregar barco por barco la flota de los confederales. Es parte de una suma de adversidades que termina por doblegar la ofensiva de los federales proconstituyentes de Buenos Aires.

Buenos Aires no mandará representantes a la convención, pero las provincias reunidas en Congreso General Constituyente de todos modos declaran a Buenos Aires ciudad capital de la Confederación y al Presidente de la Nación como su autoridad política. Buenos Aires, claro, no acata y en 1854 dicta su propia constitución por la que se declara soberana. Buenos Aires y la Confederación Argentina, a pesar de sus múltiples lazos, funcionarán como dos estados independientes. Recién en 1859 la provincia se integrará, mediante el Pacto de San José de Flores, a la Confederación. En la reforma constitucional de 1860 va a derivar la resolución de la cuestión capital a una ley posterior, para la que el congreso no va a lograr un acuerdo en las siguientes dos décadas. Recién en 1880, tras la derrota de las fuerzas porteñas en la Batalla de los Corrales, el gobernador Carlos Tejedor presenta su renuncia. Nicolás Avellaneda, el Presidente de la Nación, interviene la provincia y desarma a todas sus milicias. La Ciudad de Buenos Aires pasa a ser la Capital Federal. La Legislatura de la Provincia de Buenos Aires formaliza la cesión del territorio del municipio y construye una nueva capital, La Plata.

Un año más tarde, en 1881, Juan Bautista Alberdi publica el libro *"La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por Capital'.* Un título largo, pero transparente. Se entendía a lo que iba. Alberdi, autor de las *"Bases y el proyecto de constitución para la República Argentina',* el diseñador de la Constitución del 53, vuelve casi tres décadas más tarde sobre el tema de la capital, que se había convertido en el problema principal de la organización nacional. Alberdi sostiene que no hay más alternativa, que la capital es Buenos Aires, y que la provincia tiene que ceder la ciudad, la ciudad que había hecho nacer la provincia, al proyecto nacional.

"Para crear esta nueva República Argentina ¿cuál sería la base y condición natural? La formación de una nueva Buenos Aires. Y para formar á la moderna Buenos Aires, empezar por hacer la nueva y grande Capital del Sud. No yá como Atenas y Roma, coronada de laureles, sino como la nueva Inglaterra de la América del Norte, coronada de riquezas, de ideas modernas, de instituciones libres, de modestia viril, de las virtudes silenciosas que levantan á los grandes pueblos, que son la paciencia, la perseverancia, el esfuerzo."

"Objetan á eso sus nativos porteños, por antonomasia, ó habitantes de la ciudad-puerto de Buenos Aires, que si los argentinos toman posesión 'del gobierno local y esclusivo de su ciudad natal, declarada Capital de la Nación, los hijos de Buenos Aires que no tienen otra ciudad para su residencia, quedan como estrangeros en la de su origen."

"En ningún pais que no es un monstruo de configuración, el gobierno de la Capital es del dominio esclusivo y local dé sus hijos. París es gobernado por los franceses, Londres por los ingleses, Roma por los italianos, Madrid por los españoles, Santiago por Jos chilenos. Rio de Janeiro por los brasileros. Para ello y por ello no tienen que salir de su ciudad nativa los parisienses, los londinenses, los romanos, los madrileños, los santiagueños, los nativos de Rio."

"¿Quién es el único que ha condenado y perseguido la unidad y la centralización de la Nación Argentina? El qué nada hizo por su libertad ni por su independencia, el General Rosas, que siempre se opuso á que Buenos Aires fuese declarada Capital de la República, á condición de no residir en otra

parte, que en la ciudad de Buenos Aires, donde encontraba hecho y constituido el centralismo, que rechazaba de boca."

"La geografía política de los pueblos, se hace por leyes y fuerzas naturales que presiden al desarrollo de su organismo, contra el poder mismo de las leyes artificiales del hombre. Buenos Aires ha nacido y se ha formado Capital, no de una Provincia destinada á vivir una existencia separada, sino con el Vireinato que recibió él nombre de Buenos Aires, porque de Buenos Aires dependía el desarrollo de su vida, como de ese desarrollo dependía la vida y conservación de Buenos Aires. Sacar la Capital Argentina de Buenos Aires, es invertir toda la Constitución, no solo escrita, sino real y virtual; toda la historia política argentina de que la Capital en Buenos Aires, es todo el resumen y espresion. (…) Esto es lo que la ley reciente de Capital ha venido á correjir y rectificar en el sentido de un centralismo simple y racional."

¿Un centralismo simple y racional? Es curiosa la definición de Alberdi. No es una frase aislada, todo su libro *"La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por Capital'* gira sobre esta idea, desarrolla la particularidad argentina, lo que él llama geografía política, que hacen inevitable un centralismo (simple y racional) a ser ejecutado desde Buenos Aires, en el marco jurídico de una constitución que establece la forma federal como forma de gobierno y que las competencias nacionales son sólo aquellas que le son delegadas expresamente por los estados provinciales, que son preexistentes al estado nacional. También es curioso que Alberdi mencione como ejemplo a Madrid, París, Roma, Río, grandes capitales de países que no estaban organizados como repúblicas federales. Río, esto no podía saberlo Alberdi, fracasaría en su transición de ciudad imperial, y cortesana, a distrito federal de los brasileños, dando razón a la planificación y construcción de Brasilia. Estados Unidos también erigió una capital desde cero. Canadá, otro país federal, eligió Ottawa como su capital, por su neutralidad entre las dos comunidades, la de habla inglesa y la francófona. El único ejemplo en sentido contrario es México, Tenochtitlan, cuya centralidad es previa a la conquista.

Un centralismo simple y racional en una república federal es una fórmula extraña, una transacción que devendría en el punto de apoyo en falso del bastante fallido sistema federal argentino, que no es tan simple ni tan racional y que, probablemente, ni siquiera es tan centralista.

-VI-

19 de diciembre del 2001

El calor asediante no se fue cuando llegó la noche, el día había sido muy pesado, imposible, desde la primera mañana cuando yo había salido a trabajar. En la escribanía casi no había movimiento. El año estaba prácticamente cerrado y atendimos nada más que tres clientes durante toda la jornada; dos para firmar permisos de salida del país para sus hijos menores de edad, un trámite muy sencillo, típico de la segunda quincena de diciembre, el otro un poder para representar a una empresa en un concurso preventivo. La oficina estaba en Diagonal Norte. Por los grandes ventanales que daban a la avenida podíamos ver las largas colas que se armaban para retirar dinero de la sucursal del Banco Río que teníamos en frente. El Decreto 1570/2001, el corralito, se había publicado a principios del mes y en las semanas que le siguieron vimos, por los menos, tres tumultos entre ahorristas y empleados del banco que terminaron con la policía haciendo un cordón azul delante de la puerta de acceso. Era comprensible la actitud de la gente. Las colas eran largas y lentas, tan lentas que, hasta nosotros, desde la comodidad del estudio cuatros pisos más arriba, nos exasperábamos.

La noche anterior no había dormido bien. Había llamado a Camila para vernos y me había dicho que no podía, que mejor al día siguiente. No me había gustado la respuesta no por la respuesta en sí sino por la intuición de que había un no sé qué no dicho y que ese no sé qué era amenazante. Era una sensación recurrente en mi relación con Camilia. Cuando nos veíamos estaba todo ok, pero apenas nos separábamos Camila se perdía en una distancia insondable y me costaba mucho volver a contactar con ella y eso me ponía muy inquieto. Voy a precisar que no había sido así desde el comienzo, estas idas y vueltas habían empezado unos meses antes. Quizás a la noche le digo algo de que no podemos seguir así, medité al despertarme.

Era cerca del mediodía cuando Harry me avisó por Messenger que había visto un tipo que había puesto a la venta tres entradas para la final de la Copa Mercosur que se jugaba esa noche entre San Lorenzo y Flamengo. Cada entrada salía veinticinco pesos y él ya había comprado una, si yo quería tenía que apurarme y llamar lo antes posible por teléfono para reservar las otras otras dos. Le respondí que me re interesaba. Había querido conseguir esas entradas antes y había fracasado. Había hecho cola, en realidad casi un tumulto en frente de la sede del club en el Centro, y se habían agotado antes de que tocase mi turno. Fui corriendo a la oficina de Mario, el hijo del escribano, para pedirle que, como no había trabajo, me dejara salir antes para hacer un trámite. Mario, sin levantar la vista del libro que estaba leyendo, con las dos piernas cruzadas sobre el escritorio, se limitó a despacharme un “proceda” con desganado tono marcial. Levanté mis cosas y al mediodía llegué al lugar, una galería en Santa Fe al 1500. El tipo que me vendía las entradas manejaba una oscura fotocopiadora entre fotos y posters de Walter Perazzo, el Beto Acosta y los Matadores del ’68, llevaba anteojos y una saliente panza que su chomba a rayas no llegaba a tapar por completo. Estaba triste. Su mujer no quería ir a la cancha porque tenía miedo por los saqueos y ni siquiera le permitía que llevase a los chicos. No podía entenderla ¿Hay saqueos? Yo no lo sabía. Sí, ayer a la noche se metieron en un mercadito de mi barrio y no dejaron un chicle, ni un trapo de piso quedó, nada. La señora le había dicho que ahora estaba toda la zona completamente descontrolada, si llamaba otra vez iba a tener que ir pero no quería ir. La señora le había dicho que los saqueadores querían entrar a la Capital. Tomé mis entradas y dejé al tipo con su contrariedad. Al salir del local vi a algunos comerciantes reunidos en la calle, charlaban, me di cuenta, sobre los saqueos. Miré la entrada que decía San Lorenzo-Flamengo, Estadio Pedro Bidegaín. 21 horas. Íbamos a ganar seguro, habíamos sacado un empate en el Maracaná y teníamos un equipazo. Con las entradas en la mano pensé que a Camila le iba a gustar el plan de ir a ver la final. Pensando en eso pasé por donde estaban los comerciantes y escuché que

uno decía de ir a buscar palos pero que otro decía que más bien les convenía sumarse. Lo decía con un dejo de amargura, pero también con un dejo de convicción.

Así eran los días de diciembre en Buenos Aires. La inminencia estaba agazapada en todos los gestos. Ya nada podía seguir siendo lo que venía siendo.

No quiero hacer ir ahora a la búsqueda del tiempo perdido. Pero creo que es importante repasar y repensar el 19 y 20 de diciembre porque fue la apertura de una época que se cerró recién en noviembre del 2023, cuando Javier Milei fue electo presidente. En la interpretación del 19 y 20 están cifradas varias cuestiones que se hace necesario volver a discutir en un libro sobre el peronismo en la Ciudad de Buenos Aires. Algunas de ellas tienen que ver con la naturaleza del Kirchnerismo porteño y las características de las diferentes generaciones de militantes; hay otras que hablan de los límites del realismo político y de la acción directa; y finalmente hay algunas otras relativas a la acción de gobierno nacional y la ciudad. Todas las vamos a ir viendo con diferentes enfoques a lo largo de este ensayo. Pero sin entrar a buscar en el tiempo perdido y sólo a fines introductorios, diré que, si me preguntaran qué recuerdo del 19 y 20 de diciembre hablaría de cosas personales, diré que respondería algo completamente diferente de lo que diría ante una pregunta sobre qué pienso que significó el 19 y 20 de diciembre y que, en principio, no sería evidente, ni siquiera para mí, el punto de entrecruzamiento entre esas dos dimensiones, la política y la personal.

Por ejemplo, insistiría con el calor de perros que hizo la noche del 19 de diciembre en la que Fernando de la Rua había declarado el estado de sitio y las multitudes salieron a cacerolear primero y a marchar después por todas las avenidas hacia la Plaza de Mayo. Era una noche inquietante. Recuerdo haberle dicho a Camila, cuando llegamos a su casa dejando atrás gases lacrimógenos y gritos de ahorristas confiscados, que con unos cinco o seis grados menos de temperatura nada de eso hubiese pasado. Se lo dije en broma, pero no tanto. Nos costó dormirnos por la excitación y nos quedamos charlando hasta casi al amanecer en la oscuridad de la habitación de su departamento pequeño y oscuro de la calle Paraguay. En un tramo de la charla Camila me hizo escuchar la última canción de un amigo suyo, un músico al que después le iría muy bien y después muy mal y al que espero que ahora le esté yendo muy bien otra vez. Era un valsecito tocado en criolla. El cantor contaba un viaje y las cosas que había visto y lo había en versos que eran tarjetas postales atípicas y coloridas. Cantaba sobre una flor temblorosa y una mirada de curda, sobre una vaquita mimosa que nunca supo volver y sobre otra vaquita y veinte macacos que maquinaban una revolución, cantaba sobre una canción de protesta y sobre un vendedor de ciruelas y sobre una patada en las bolas, en las bolas del mismo Díos. Nos gustó por la cadencia amable de la melodía, pero sobre todo porque estábamos de acuerdo en eso de que el Dios de los noventa se merecía una buena patada en el medio geométrico de su sagrado par de bolas. Cuando nos despertamos al día siguiente la ciudad entera estaba en ese plan.

-VII-

20 de diciembre

Lo que más me impresionó fue ver a las personas que venía viendo desde hacía veinte años en trance, en el trance que mueve los cuerpos a la acción política, a la conciencia del deber actuar, de ser para una entidad que está más allá de uno mismo pero que te incluye. Porque en la plaza estaban mis amigos del colegio y mis compañeros de la facultad, los pankis y los rolingas, los de mi organización y los de las otras organizaciones, toda la inmensa constelación de partidos, agrupaciones, sectas, logias, grupos, grupitos y grupejos porteños, de izquierda a derecha casi todos, y de entre ellos salían los compañeros y compañeras que he visto actuar heroicamente aquel día sin sorprenderme porque confiaba en ellos y en sus convicciones y en su locura; en cambio, encontrarme a mi peluquero entre el humo y los gases, estoy hablando del Robbie, al que le leía las revistas Hola mientras esperaba por mi corte de pelo a máquina 0.5, eso sí que era sorprendente. O ver a Susana, mi vecina de puerta de un edificio en Arenales y Aguero, que me enteré ese día que era publicista y que caminó conmigo varias cuadras porque le daba miedo quedarse suelta y sin embargo no se quería ir hasta que cayera el hijo de puta de De la Rua. O a Carlos, el de la librería comercial donde compraba hojas para la oficina, que hacía rato me venía avisando que un día de estos se iba a hinchar las pelotas e iba a romper todo. No estaban en la primera línea, no eran el Gordo Mortero ni Severino Di Giovanni, pero ahí estaban, dando vueltas, parte de la coreografía que se movía al son de la violencia desatada, del mismo lado que Emilio y Facundo, mis amigos, a los que vi corriendo hacia mí cuando los caballos de la montada corcoveaban bajo una lluvia de botellitas de coca cola de vidrio de cincuenta centavos; del mismo lado que Juan y Valeria, que me contaron que venían del Musimundo de Corrientes y que me mostraron sus disc-man, él un Sony, ella un Philips, mientras alzaban los hombros y decían que ellos habían pasado por ahí de casualidad y que justo un grupo de lumpenazos había levantado la persiana y reventado los cristales. Robbie, Susana, Carlos, Emilio, Facu, Juan y Valeria y tantos otros ese día que ya ni me acuerdo, o me van llegando a la memoria de a poco. Ahora me acuerdo de Mario, el hijo de mi jefe en la escribanía, socorriendo a un veterano que se dio vuelta de bardo y calor. De Laurita, la que militaba con Camila en el merendero, fumando un pucho mientras comentábamos que ya había renunciado Cavallo. De Mariana y Diana, que preparaban gomeras a la sombra de un jacarandá en la 9 de julio, a lado de Harry, al que apenas reconocí detrás del pañuelo alimonado, que me dijo algo así como que qué cagada que se había suspendido el partido de San Lorenzo porque seguro ganábamos y después algo así como estoy re gaseado, chabón, y se fue a seguir peleando, preparando y apuntando y fuego.

Y hacia el final del jueves, en la hora en que la policía salió a cazar manifestantes por los alrededores de la plaza, yo sé que mi padre salió a buscarme por las calles y que no me encontró entre las sucesivas marejadas de personas que corrían, avanzaban y retrocedían según la policía retorcedía o avanzaba en los combate que se trababan caóticamente por acá y por allá, en las calles laterales, en los improbables y múltiples recodos de la ciudad más rota y fragmentada que nunca bajo una respiración acechante y agotada. Mi padre me contó muchas veces que esa tarde estuvo hablando un rato largo con unos compañeros peronistas que habían llegado desde Los Polvorines y después con unos anarquistas del barrio de Barracas que le compartieron el agua y el pan dulce que habían saqueado

del Carrefour de Bartolomé Mitre y Bernardo de Irigoyen, y que seguía buscándome cuando lo salvaron unos pibes de una avanzada de la Policía Montada que había soltado sus caballos contra los que huían por las veredas angostas, por las calles mojadas con el agua que tiraban los vecinos desde los balcones para revivir a los luchadores, porque esa tarde eramos todos pueblo y bienvenidos y finalmente estábamos todos abrazados, escoltados por una centuria de motos que hacían rugir sus aceros como una caballería a campo traviesa para poner a correr a los otros caballos, los de sangre, y para avisarnos de cada nueva excursión de las tortugas, como llamábamos a esos cuadrúpedos blindados que parecían telecomandados por economistas angloparlantes.

Sin embargo, esas anécdotas de mi padre estuvieron siempre en espejo con lo que realmente había sucedido aquel 20 de diciembre de 2001, porque fuimos nosotros, los hijos, quienes trajimos a los jóvenes que nuestros padres habían sido de regreso a la historia. Fuimos a buscar a esos jóvenes que habían sido nuestros padres, crecidos entre prescripciones y dictaduras, sexualmente reprimidos y liberados, censurados y perseguidos, torturados, asesinados, secuestrados y aniquilados para que una Argentina con sueños de grandeza muriera y volviera a nacer como una democracia republicana, representativa y federal, como una democracia occidental madura que nunca más se atreviera a tocarle el culo a los dueños del país y a los señores internacionales de la guerra.

Esos eramos nosotros, los hijos de aquellos a los que ni el flaco consuelo del alfonsinismo había aliviado. Los herederos de militantes y ex militantes que escuchaban el rezo laico del preámbulo con ganas de tener ganas pero sin poder ser la vida ni la paz porque lo que fatalmente seguían sintiendo era la rabia cuando la rabia era una emoción malvenida en la nueva concordia cívica. Nosotros, sus hijos, tomamos la ciudad el 20 de diciembre de 2001. No fuimos los únicos, había gente de todo tipo, pero sí que eramos muchos y fuimos, como suele suceder con los jóvenes, los que fuimos al frente. Nosotros, los hijos, sin saberlo, estábamos llamando a nuestros padres para que volvieran a la fuente y a las fuentes. Los invitamos a la plaza para lavar sus pies e inventamos de esa manera a los padres que necesitábamos para ese momento de la historia.

Había hecho un calor de perros la noche del 19 de diciembre e hizo un calor sofocante el 20 de diciembre en que ese dios de los noventa se dobló ante la patada justo en medio de las bolas que le dimos. Y quizás esa emoción rabiosa, largamente contenida, fue el punto de partida del pacto implícito que estábamos a horas de firmar con nuestros padres.

Los compañeros realpolitik tienden a pensar el 2001 como una tragedia y a la tragedia como algo meramente triste y doloroso, apenas dos de sus dimensiones. Subestiman la fuerza creativa de la tragedia y la autenticidad que revela. A los compañeros realpolitik les gusta repetir, en general a la hora de los postres, un teorema inventado y difundido por militantes radicales, que afirma que cuanto más lejos se está del ejercicio del poder más audaces son las decisiones políticas y más sensatas y conservadoras son las decisiones políticas en cuanto más cerca se está del ejercicio del poder. Hay que comenzar por hacer reserva acerca de la homologación entre conservadurismo y sensatez. Luego, la forma del "teorema" sirve para jugar a contraponerle otro "teorema" diferente, uno que venga a decir que cuanto más cerca estamos de las grandes movilizaciones populares más posibilidades hay

de realizar grandes cambios sociales a favor del pueblo y cuanto más desmovilizados están los pueblos más disminuyen sus chances de hacer grandes transformaciones en su beneficio.

Es un teorema que, al menos en Argentina, se muestra bastante correcto.

Ambos “teoremas” son en verdad, claro, perogrulladas, es decir, verdades de poco valor, pero a éste último le encuentro al menos la virtud de tener más que ver con la historia y la dinámica del peronismo, un movimiento que tiene por hecho fundante una movilización de masas muy siglo veinte, muy subsuelo sublevado, con mujeres capitanas y hombres descamisados y aluvión zoológico, todo lo que parecía muy poco real, aunque fuese bastante politik y más bien patada en las bolas de dios.

El 19 y 20 de 2001 ha sido, en buena medida, la condición de posibilidad de las conquistas alcanzadas durante el kirchnerismo. Contra esta idea, el propio kirchnerismo ha intentado siempre duda consagrar el 25 de mayo de 2003, el día que Néstor asume la presidencia, como el momento fundante, lo que es una forma de presentar un certificado de libre deuda con ese universo caótico del 2001 que los precedía, pero en el 2003 no hay ruptura, hay continuidad.

El balance de los primeros 20 años de democracia era un lugar común para la sociedad argentina y arrojaba una enorme desilusión empujada por un inapelable fracaso económico. En especial estaba claro el balance sobre el menemismo, hasta que hace un par de años, algunos compañeros que estuvieron en las mismas plazas que uno se volvieron a preguntar como si recién se hubiese caído del catre: che, ¿qué hacemos con Menem? Ahora que las promesas de libre mercado están de regreso se hace necesario contar una vez más las viejas historias para un público renovado. Por más que no haya demanda, lo producimos y lo ofertamos.

El sueño de la libertad de mercado había terminado en la restricción de la libertad de disposición sobre las propiedades. Para mantener la convertibilidad del uno a uno de la moneda nacional al dólar, se prohibió la extracción, por un plazo de noventa días, de cantidades mayores a los doscientos cincuenta pesos por semana, pero en los hechos eso tampoco era sencillo de realizar para los ahorristas. Todos los movimientos se hicieron casi imposibles, cheques, giros, depósitos, y créditos. Ante la inminencia de la devaluación el que tenía pesos se apuraba por cubrirse en dólares o en ladrillos. En los comercios las ventas caían en vertical, se cortó la cadena de pagos, los industriales mandaban telegramas de despidos en masa. En las rutas del país los cadáveres de los piqueteros iban siendo dejados atrás por la velocidad de los camiones y de los acontecimientos. Los estatales no cobraban su sueldo o cobraban la mitad y en cuasi-monedas, así se convirtieron en una milicia en guerra contra la policía en todos las capitales del país. Estalló Neuquén. Estalló Córdoba. Estalló Salta. Estalló la clase media en Buenos Aires.

El estallido era la palabra para nombrar una furia sin premeditación ni trayectoria, sin teoría ni modelo de revolución. La furia como un estallido sin big bang a la vista. Un estallido que era sólo bang y boom y crash y todo hacía suponer que sí, que en breve iba llegar a ser de verdad algo big pero realmente big. El estallido en sí y no para sí que no era implosión ni explosión, que quería decir que la cosa acá no daba para más, que la cosa estaba que quemaba, que la cosa estaba tan caliente que pelaba. Había

que estar en Buenos Aires aquel diciembre para sentir la desesperación inflamable. Si te animabas a acercar un fósforo a tu propia piel sudorosa vos también, pum, ibas a estallar.

¿Y qué era lo precedente? ¿Qué era aquello a lo que el kirchnerismo vino a terminar y dar continuidad? ¿Qué hubo entre el 2001 y el 2003?

En la Ciudad de Buenos Aires entre el 2001 y el 2003 tuvimos muchos interrogantes, pero también unas cuantas certezas, y ambas se debatían en cientos de asambleas populares, en fábricas quebradas puestas a producir por sus trabajadores, en sindicatos, colegios y facultades, en los comedores y merenderos donde se mataba el hambre. Aquella Comuna de Buenos Aires, como la llamó María Moreno, no había florecido en ninguna primavera democrática. Era espuria. Montón más que pueblo y más que clase. Pero tenía la vitalidad suficiente para crear un Golem y animarlo. La Comuna de Buenos Aires no iba a legarnos una tradición gloriosa, la sangre de sus muertos no daría el color a las banderas de la clase obrera del mundo, sin embargo, muchas de sus certezas, compartidas con argentinos de tantos otros lugares, cambiaron la política argentina. La primera, el agotamiento del modelo represivo, sostenido por la impunidad de la que gozaban las fuerzas de seguridad por lo actuado tanto en la dictadura como en la democracia. La segunda, la necesidad de una respuesta estatal para garantizar bienes y servicios allí donde la mano visible del mercado había pasado y arrancado hasta los yuyos. La tercera, la reconfiguración del proyecto continental como horizonte estratégico porque el seguidismo a los Estados Unidos sencillamente no había funcionado.

A diferencia de Cristina, Perón siempre admitió sin problemas que el 17 de octubre, la energía que se condensó en esa jornada, fue la condición de posibilidad de la revolución nacional justicialista. En una entrevista que le hace Tomás Eloy Martínez, Perón dice que en aquello fue un juguete del destino, esas son sus palabras, que él sólo tuvo la virtud de dejarse llevar por sus propias ideas, pero aceptando los hechos que le traía la providencia. Perón se para sobre los hombros del 17 de octubre, del movimiento obrero al que reconoce como la columna vertebral del movimiento nacional, y desde ahí asume su proyección. Cristina no se acepta como continuidad del 2001, a pesar de que Néstor y ella interpretan sus demandas, las tramitan con coraje y hablan su idioma; igual no lo asumen. Eso produce un efecto en su concepción política, en la que la columna vertebral pasa a ser el estado para desde allí poder conducir al movimiento.

Ahora ya nadie lo recuerda, pero la recomposición de la autoridad estatal fue la obsesión del primero gobierno kirchnerista y quizás su mayor logro. Se reconstruye el sistema político y se restaura la autoridad que estaba rota. La novedad es que esta autoridad no está concebida para golpear al pueblo, sino para ganar autonomía frente a los poderes establecidos. Y pueden hacerlo porque detrás de ellos está el 2001, porque si seguimos avanzando en la línea de tiempo veremos cómo su poder de fuego se va debilitando en la medida que el 2001 va quedando cada vez más atrás ¿Y cuándo vuelve ese poder de fuego del kirchnerismo? Vuelve después de la movilización por la Resolución 125, más allá de las opiniones sobre la conveniencia o no de haberse trabado en ese conflicto con el denominado “campo”.

El 20 de diciembre finalmente cayó De la Rua, elevándose a los cielos en un helicóptero inolvidable. Entre los que celebraban estaba mi padre buscándome, pero eso decía él; en realidad se estaba divirtiendo. Yo lo había visto con otros de su generación en varias reuniones y asados y sabía que cuando nadie los veía, cada tanto, volvían a hablar en lenguas revolucionarias setentistas. Ellos, los setentistas, tenían con el recorrido y la astucia necesarias para traducir el aullido del Golem a un discurso de enriquecida semántica y sintaxis ordenada, de buena letra y ajustada ortografía. Y a pesar de que estaban rotos y exiliados de sí mismos, los setentistas no tardaron demasiado tiempo en darse cuenta.

-VIII-

Me puse en puntas de pie para asomarme sobre la balconada y fue ahí que entre hojarasca y envases vacíos vi el cadáver entumecido de un perro. El oleaje breve del rió lo cubría y lo desnudaba, lo apartaba del murallón y lo volvía a empujar contra él.

- Papá, ¿eso es un cadáver?

Mi padre asomó medio cuerpo al río y sonrío aliviado.

- Mirá si era Ricardo.

El perro llevaría unos diez días muerto, el estado de putrefacción era avanzado. Se parecía, o a mí se me hizo que se parecía, a Shajá, nuestra boxer. Una Shajá con los tejidos estirados hasta el extremo por los humores y los gases que pugnaban por su última liberación. Más allá del perro el horizonte se extendía en un cielo claro y luminoso, una pintura de celestes y amarillos suaves, difuminados, a la que casi no le presté atención porque me costaba apartar la vista del cadáver.

Corte.

Seguimos en los ochenta. Charly García habla con Jesús Quintero, el perro verde, un periodista andaluz que cultivaba el estilo de la entrevista intimista y que hizo unas temporadas en la televisión argentina. Charly intenta ajustarse, pero Charly tiende al desborde. El español le pregunta: Charly, ¿cuáles serían las primeras cinco medidas que tomarías si fueses presidente? Lo primero ponerme un testaferro, responde Charly sin pestañear. Hace una breve pausa y agrega que después se iría afuera para actualizarse. Charly termina esa frase, pasa apenas un segundo, el tiempo en el que se nos revela una imagen en la cabeza y agrega que daría vuelta todo Buenos Aires para que Buenos Aires mire al río y que haría del río una cosa maravillosa, lo pintaría, cualquier cosa. Termina de decirlo y afirma con la cabeza porque así gobernaría García, sublimándonos.

Corte.

Estamos en los noventa y con otro García, García Uriburu. El artista se sube a una lancha, avanza entre las aguas podridas y aceitosas del río, se detiene frente a las dos torres de la vieja usina y con un movimiento amplio y elegante de su brazo, en un alarde de aprendiz de brujo, espolvorea unos pigmentos sobre las aguas podridas y aceitosas que se tiñen, por esta alquimia y efímeramente, de un verde cargado de amarillo suaves. Es el sueño de los colores imposibles del río. El inconsciente colectivo. García más García.

Eso pasó, pero fue un instante. Más acá, acá, el río dejado de costado.

El río atrás. Preposiciones de lugar. Sur y aceite.

Más allá del alambrado y para los otros el río.

Para los nietos y bisnietos de los contrabandistas heroicos el río.

Más acá, acá, una larga caravana de barcos cargados con soja acelera en nudos hasta perderse en la gran noche fiscal paraguaya.

Adyacencias de la república. Un contenedor de productos típicos con olor a cuero del bueno se enmohece en un depósito. Una Cuota Hilton de reses alimentadas a pasto verde amarillo verde espera en el frigorífico. Cosas que entran y salen. Cigarrillos y cocaína. Código de aduanas. Más allá del alambrado y para ellos, el río. Cinco clubes de remo, uno de yatching, cuatro de pesca.

Para ellos los veleritos blancos.

Gente blanca vestida con ropa blanca de lino. Siete discos como pachá del cielo. Terrazas. Restaurantes. Estaciones de lanchas. Un club para los policías, uno para los liceístas navales, otro para los oficiales navales. El país ha sido repartido, la pampa alambrada, la costa loteada y lo que ha nos ha quedado se ha enrejado. Suerte si encontrás un parque abierto que te lleve al río.

El puerto balcanizado. El río para el que lo merece. Gesto de la ciudad. Charco.

Río de la Plata, nada queda de tu silencio hostil y fundante, sólo el viento volviendo con la corriente como el cadáver de un marinero paraguayo. En cada una de tus orillas, la oriental y la occidental, te ha crecido una ciudad, son dos y a veces parecen una sola, sólo las diferencia el tempo y el río. Una es un vértigo de pueblos y la otra un pacto entre muy pocos y las dos llevan el contrabando en su alma y en su música.

Hacia algo nos vas a devolver, río, después de mecernos y arrojarnos contra las murallas. Se reintegrarán tus aguas pampa adentro, por los arroyos desentubados, bajo un cielo de estrellas camperas porque el mar, lo dice el bardo, siempre vence. Será una retroversión del tiempo al espacio y ya no estarás ni atrás ni al costado ni adelante sino en el centro, porque hacia vos vamos, porque en vos está cifrada nuestra propia dimensión humana.

No recuperaremos el río, compañeros urbanistas, porque nunca lo tuvimos. El río siempre fue de los otros. Lo nuestro siempre fueron los pocos metros de los modestos balnearios en los que las parejas bailan cumbias los domingos por la tarde. Una ventana para colar la caña que pesque un bagre o un resfrío. Lo nuestro siempre fue lo que restaba, el camino de sirga, una silla plegable que se cierra y vuelve al baúl. Pero está bien lo de conquistar el río, está bien que la política no se agache nada más que ante la necesidad, superar la metáfora crasa del pan duro, dice María Moreno. Compañeros urbanistas, ecologistas, compañeros sin parque en el fondo, sin casa de verano, sin vacaciones, vamos a por el río hasta que los porteños comencemos a nadar en sueños. Empieza a correr el río entre el nervio derecho y el izquierdo y desciende hasta liberar un espacio en el pecho ahuecado, oprimido.

Hay una frase del escritor Martín Kohan que dice que el río le da la espalda a la ciudad y que hace bien. Es muy linda, es ingeniosa y amarga. Enuncia una ruptura irremediable, un fracaso. Merecemos el olvido de la naturaleza, el abandono a nuestras miserias neuróticas. Creo que la frase es buena por sentenciosa y porque habla del conflicto entre la ciudad y el río, habla del complejo que siente el porteño de izquierda o peronista o progresista, de ser porteño. Un complejo que como todo complejo

es autoflagelante. Me parece que la frase también expresa la inclinación fatal de la izquierda porteña hacia las pasiones tristes.

Pero nosotros, compañeros, no somos de ese espíritu, nosotros creemos que merecemos el río y que el paisaje nos hace. Y no esperamos que vuelvan desde el fondo del barro Ricardo y tantos otros amigos de mi padre, ni que los peces vuelen y naden los pájaros y la mierda que echamos se convierta en perlas y eso aumente el producto bruto interno y reduzca las necesidades básicas insatisfechas. Pero, de todas formas, creemos. Creemos en que más vale un pequeño país de personas felices que un país grande de personas infelices, ese el voto americano de la felicidad. Yo, por ejemplo, aceptaría una nueva religiosidad en la que el río sea sagrado, algo fuera del mercado y de las ambiciones, el río de la naturaleza solemne, un sol alrededor del cual todo los demás sea puro tránsito.

-IX-

La noche del 18 de diciembre de 2001, después de que Camila me dijo que no nos podíamos ver, me fui a lo de un amigo que alquilaba un departamento de la calle Chile. Era un dos ambientes de techo bajo en el que las murmuraciones bajaban y subían por las cañerías y por la ventana abierta que daba al corazón de la manzana entraban la humedad y las cumbias, conversaciones sueltas y ruido blanco de televisores prendidos, y muy muy cada tanto, un poco de brisa. Fumábamos porros mientras arriesgábamos alternativas para un guion de cine sobre Posadas, el legendario dirigente trotskista de los platos voladores. De Posadas se decían muchas cosas, la más conocida que pensaba que el acercamiento ovni no sólo significaba que los extraterrestres existían, sino que además manejaban una tecnología muy superior a la desarrollada en este planeta. El grado de desarrollo de los medios de producción tenía que ser superlativo por lo que esas fuerzas productivas tenían que haberse liberado de los límites de las relaciones de propiedad. Y eso, a Posadas no se le escapaba, significaba que había altas chances de que los extraterrestres hubiesen llegado al comunismo y que estuviesen explorando la posibilidad de ayudarnos. Esta suerte de silogismo dio nacimiento primero a la burla y después al mito, que circuló entre generaciones de militantes políticos como una genuina tradición oral.

Estábamos en el comienzo del plan, en la etapa de investigación, recabando data, preguntando por Posadas a ver qué nos decían. Pocas semanas antes, durante un piquete en Pacheco, mientras Malosetti tocaba blues al costado de la ruta en un recital en apoyo a los despedidos en lucha de la Ford, un viejo bolchevique nos contó una historia que nos juró que era de primera mano porque él mismo haber militado en el posadismo. Posadas, según el viejo bolchevique, no sólo estaba convencido de que se venía la tercera guerra mundial, estaba a favor. Quería acelerar la confrontación con el imperialismo, los tiempos de la revolución mundial, en definitiva, y para eso había hecho entrismo en el Partido Comunista para promover, dentro de su seno, una línea belicista.

¡Es o no una buena historia! Se jacto el viejo bolchevique

La verdad que sí, pensé: ¡Podría ser el argumento de una película! Una peli que sería más o menos así: Un grupo de ultraizquierdistas se infiltran en el Partido Comunista conducidos por un líder carismático y quizás un poquito chiflado y viven aventuras y desventuras mil. El espectador no termina de discernir si es un visionario audaz, si es un espía al servicio del enemigo, o si nada más se trata de un simple demente en estado de furia fría (o de guerra fría). Y en ese punto de incertidumbre estaba la clave de la peli.

A mi amigo y a mí la historia nos gustó de verdad y acordamos que ibamos a comenzar a escribirla, pero después de unos meses, en esa reunión en su casa de la calle Chile en la semana de diciembre, supe que iba a hacerlo yo solo porque mi amigo no se resolvía a sentar el culo en una silla y escribir, le gustaba más charlar al respecto, le gustaba más la idea de que no se realizase nunca. Unos días más tarde, el primer domingo después del 20 de diciembre, o sea el 23 de diciembre, almorcé con mi padre y en la sobremesa y le conté sobre mi proyecto porque necesitaba compartirlo para afianzarme, para traerlo a la vida y sus cosas. Aprobó la película, siempre le gustaban las películas de acción, pero se

acordaba muy vagamente del personaje Posadas. Me comentó de un amigo suyo que había juntado la mayor colección de publicaciones y documentos del movimiento obrero argentino en una biblioteca en el barrio de Flores. Mi padre tenía que pasar a buscar una carpeta por ahí antes de fin de año, pero si quería podía pasar yo en su lugar y aprovechar para preguntarle si tenía algo sobre Posadas. Si Gemma no tiene buen material sobre posadismo, me dijo, entonces nadie en este punto mundo lo tiene.

El lunes fue noche buena, el martes navidad, recién el 26 de diciembre a la tarde me pudo escapar a Flores, después de pasar por la Escribanía y cumplir con los trámites que el doctor me había dejado encomendados. La biblioteca estaba en una casa elegante de los años treinta algo venida a menos como todas las de su cuadra, aunque en relativo buen estado. Toqué el timbre y tras unos minutos de espera asomó el señor Gemma, que me hizo pasar. Gemma caminaba de un modo rectilíneo, uniforme e invariable porque era muy viejo y cada movimiento le consumía un aliento. Se movía por la casa con desplazamientos predeterminados y racionales, austeros, adoptados para economizarle una equis cantidad de metros a sus piernas. Era distante en su amabilidad y nunca escuchaba con atención porque comprendía antes de que terminases la frase, o al menos eso te hacía creer. Me enseñó la disposición de los materiales que le había requerido y me pidió que me sintiera a gusto porque en su biblioteca no había motivos para el apuro. Balbuceé un principio de agradecimiento que Gemma interrumpió con un gesto de bajarle el precio al asunto para marcharse enseguida y dejarme a solas con su colección.

Esa misma tarde leí el primer tomo, 1948-1958, de La Voz Proletaria, órgano quincenal del Grupo Cuarta Internacional, sección argentina, periódico del Partido Obrero Revolucionario, maliciosamente rebautizado La Voz Planetaria. Me sorprendió leer en sus artículos editoriales que Posadas realmente pensaba, al igual que Perón, en el inminente inicio de la tercera guerra mundial. Tomé nota. Me reafirmé en que la preparación para una guerra que nunca sucedería era una buena dinámica para el guion y en que, además, envolvía a nuestro personaje en la estética de la paranoia macartista y el espionaje de los primeros años de la posguerra. Era, sin dudas, un filón del que se podía sacar mucho provecho, sobre todo porque la línea del posadismo no era pacifista, por el contrario, estaba destinada a terminar con la etapa de convivencia pacífica que era el principio mismo de la guerra fría. En ese sentido, me había encontrado con buenas noticias.

Trabajé con dedicación hasta el anochecer. Antes de irme me despedí del Señor Gemma y le pregunté si podía regresar al día siguiente. Me respondió que podía volver todas las veces que tuviera ganas. Si bien no me había transmitido nada de calidez no tuve dudas de que hablaba con total sinceridad, por lo que regresé al día siguiente y continué la lectura en orden cronológico de los tomos de La Voz Proletaria. Era mucho menos divertido de lo que esperaba. El estilo era bastante similar al de cualquier periódico trotskista en cualquier momento de la historia de la humanidad: mucho análisis, informes de huelgas, declaraciones, caracterizaciones, un poco de injurias y calumnias a los otros trotskistas. De platos voladores, nada.

Al promediar la tercera tarde, ya harto de Posadas y La Voz Proletaria, resolví dejarlos de lado y me distraje con unos tomos verdes, en ellos estaban las colecciones más antiguas. Publicaciones

anarquistas y socialistas escritas en un castellano que a veces se pasaba de rudimentario y que parecía recién aprendido, y que otras veces era super castizo y redentor, un idioma tan lírico que se hacía complicado de digerir.

Leí todo lo que pude y hasta le dediqué unos minutos a hojear las imposibles publicaciones en alemán y en yiddish, en polaco y en ruso. Leí el ABC Sindicalista que traía los diez mandamientos obreros, el primero estar afiliado al sindicato, el segundo no traicionar jamás a la clase obrera. Leí La Vanguardia, La Protesta, Claridad; Lavoriamo, L'allarme, Umanitá Nova; Nervio, Piquete, El Burro; La Barricada, El Marino Rojo, El Proletario; La Vanguardia Feménina y Símbolo, revista abierta a todas las tendencias nuevas del espíritu.

Me detuve en un periódico llamado L'Avennire, el futuro ¿Se acuerdan del futuro? Il problema del sovraffollamento dei lavoratori richiede un'azione immediata. El futuro estaba en la cabeza de esa clase obrera que venía de todos los lugares del mundo a buscarlo a Buenos Aires cuando en Buenos Aires comenzaba a haber demasiada gente. En los conventillos, hasta en los patios había gente. La abuela duerme sobre la nieta y la nieta sobre el papá. Mucha gente, muchos pedos y enfermedades, la mancha sobre la piel y sobre la raza el peligro de la infección. Para esos cuerpos amontonados control de médicos, para esas almas desasogadas control de policías en las calles y próceres e himnos en las escuelas, y para esas europeas medio putas ligas de buena moral y familia. Si se tragaban ese presente los obreros estaban en condiciones de ir hacia el futuro, pero para eso antes había que ir a trabajar todas las mañanas y sin quejarse. Ese futuro, decía el periódico, era una mentira burguesa, había, en cambio, otro futuro por el que organizarse y pelear: L'Avennire, en el que la tierra sería el paraíso, la patria de la humanidad.

Il problema del sovraffollamento dei lavoratori en los conventillos de los barrios del sur. Nada o muy poco sabían estos obreros europeos recién llegados acerca de los negros que se habían ido a combatir al Paraguay y nunca habían regresado, ni de los que habían muerto en las sucesivas oleadas de fiebre amarillas, amarillos los negros que habían partido en terrible agonía de dolores de cabeza y chuchos de frío. Y sin embargo compartían un mismo techo, aunque no al mismo tiempo. En esas mismas habitaciones donde la fiebre había sobrevolado con su manto de muertes, ahora se apretaban para dormir los nuevos negros; europeos vascos, gallegos, griegos y occitanos, los negros de repuesto de los oligarcas porteños, los negros del mundo, negros de todos los países uníos, sean hoy más hermanos que nunca.

Los que van llegando nada saben que son parte de una misma historia. El ritmo de los tambores de los negros está en los tangos de los patios de los conventillos, pero los negros ya no están, sólo el eco. El trance de los negros quedó flotando en el ritmo. El ritmo de los tambores de los negros está en los tangos, pero los tambores no están. Están en el trance los tambores, en la abstracción musical va la historia de los negros porteños y sobre el ritmo se montan las líneas melódicas de violines y los bandoneones para hacer de todos los tiempos de la ciudad, uno sólo, presente.

De igual manera, en el extraño trance de la lectura de aquellas publicaciones yo sentí la voz de aquellos proletarios porteños venidos desde los puertos más distantes. Yo seguí leyendo sus artículos

y proclamas corriendo por el tiempo, pasando de los años diez a los veinte y de los veinte a los treinta y de los treinta a los cuarenta y así, lea y difunda. Y me di cuenta que estos hombres y estas mujeres pensaban en nosotros, que eramos su futuro, y que, de no haberlo hecho, de no haber pensado en nosotros, ellos no hubiesen tenido historia, se hubiesen consumido en experiencias y placeres y no en periódicos y en luchas. Y lo cierto es que después de horas de leer se empieza a correr la tinta de las palabras, las letras de molde se agrupan a diferentes velocidades y todos los periódicos parecen uno solo, una única fraseología revolucionaria con variaciones, diferentes momentos y expresiones de una misma materia.

Se actúa y se escribe. Se escribe y se actúa.

Por eso no me sorprendió cuando mirando las páginas de un ejemplar de La Vanguardia de principios de los años cuarenta pude leer un artículo de mi abuelo Vincenzo Suppa, dirigente del Sindicato del Vestido. Mi abuelo Vicente que se hizo peronista en el 45 y que fue peronista hasta su muerte.

Por eso tampoco me sorprendió cuando encontré en otro ejemplar de La Vanguardia de finales de los años cuarenta una foto de mi abuelo José Jacobo con otros jóvenes socialistas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Mi abuelo José Jacobo que no se hizo peronista en el 45 ni nunca, pero que mi madre decía que era más bueno que el pan y que atendía gratis a los pobres de Barrio Norte, a las empleadas domésticas, a los choferes, a las cocineras y a los encargados de edificio.

Nada de todo eso era sorprendente, todos nuestros abuelos podrían aparecer en algunas de esas páginas por aquellos años porque las tradiciones de izquierdas europeas estaban por todos lados, eran parte de la vida diaria de la ciudad, al igual que las tradiciones de derechas europeas y las tradiciones ocultistas europeas. La ciudad misma estaba llena de europeos. Estas ideas metabolizadas, segmentadas, fragmentadas, también estaban en los comités radicales, cosas como el krausismo y otras ideas de ese orden. Y nada de todo aquello era extranjerizante, Buenos Aires, en su potencia, era capaz de deglutirlo y resignificarlo todo.

La tarde del jueves 27 de diciembre di por concluida mi tarea, le dije al Señor Gemma que no iba a volver, que ya había leído suficiente, que con el surgimiento del peronismo muchos de esos periódicos que habían sido portadores de una lengua de dignidad y humanismo se habían adaptado al idioma oligárquico de los golpes de estado, de las alianzas con los norteamericanos y con los rusos, inclusive habían evolucionado a propagandistas de revoluciones que no socializaban ni anarquizaban pero que bombardeaban y fusilaban. Era una pena, pero la vida era triste a veces. Sobre Posadas ya había conseguido todo lo que necesitaba, el trabajo estaba hecho. Por otro lado ese tiempo era tiempo robado a la militancia y necesitaba retomar contactos, leer cosas nuevas, armar algunas actividades ahora que todo estaba en caliente.

El Señor Gemma escuchó mis razones en silencio, evitando hacerme notar que ya había escuchado eso muchas veces, aunque yo, en mi juventud, pensaba que había estado muy afilado con los conceptos. Ahora pienso que me había quedado corto, que el socialismo había empezado antes, con el apoyo al golpe del 30, por ejemplo. En fin, lo cierto es el Señor Gemma, en el gesto más vivaz que le recuerdo, me puso una mano sobre el brazo pidiéndome que le dé un minutito y luego se fue muy

despacio hasta uno de los estantes donde se demoró para volver con una pila de fotocopias ajustadas adentro de una carpeta. En la tapa pude leer: *"La Campaña del MNPRP (Movimiento Nacional Popular por el Retorno de Perón)".* Manuel Dobarro.

Lo recibí con cierta perplejidad.

Esto se lo tiene que llevar a su padre, dijo Gemma. Son cosas demasiado viejas, agregó, no pierda tiempo leyéndolas.

-X-

Ensayistas a ensayar porque nadie va a pagar la encuesta que nos explique el origen del derrotismo que debilita al peronismo porteño. No va a concursarse ninguna cátedra universitaria que incluya el punto en su temario de contenidos mínimos y nos aporte una bibliografía que aborde este estado de ánimo que se ha instalado entre nosotros, dirigentes, militantes, simpatizantes y electores, que no esperamos ganar la ciudad, que si vemos una chance remota pensamos que va a ser viajando en la panza de un caballo de troya y tramoya que deberá tener la cara y la cabeza de algún otro, de un radical amigo, de un progresista amigo, de un liberal amigo, porque el caballo ganador siempre es de los otros.

Creemos que la ciudad es de los otros y que los otros siempre vencen; vencen los hombres de los contratos y los barrios privados, los liberales vencen; nosotros, que hemos dado a esta ciudad sus mejores días, en estas crueles comunas derrotados. Los peronistas de la ciudad, sin pasión ni rebeldía que nos endiose el pecho, derrotados, juramos haber encontrado nuestro destino porteño: siempre perder.

Nos lo han dicho nuestros mayores, la ciudad es gorila. Es. Conclusión doctrinaria, vigésima primera verdad justicialista. Es. No concede a la ilusión ni a la revisión histórica, está escrito en una tablilla cuneiforme tallada a mano por Carlos Grosso. Es. Jamás el peronismo ganará la ciudad, ¡Jamais! ¡Maldición eterna a los militantes peronistas porteños! Se retiran cabizbajos los sociólogos y los politólogos a ofrecer sus recursos a los intendentes. Los consultores proponen mitigar los daños, hacer lo posible, no volverse loco, poner un candidato radical ¿Para qué discutir la ciudad cuando hay un país sobre el que mandar? Negociemos ¿Y si no nos queda ni el país? Negociemos. Los intereses se negocian, pero el derrotismo es un pecado. Es. Conclusión que no precisa de validación académica. La ciudad es gorila. Es. Un mito. Nos lo han contado y si queremos escuchar otra historia, más nos vale que la contemos ahora.

Entonces, el mito. Levy-Strauss cita a Michelet para definir al mito como un relámpago de eternidad. Michelet habla de la revolución francesa, el hecho mítico de todas las izquierdas del mundo sólo interrumpido por el nacimiento de otro mito, el de la revolución rusa. Levy-Strauss afirma que el mito se refiere siempre a acontecimientos pasados, sucedidos hace mucho tiempo, y que el valor intrínseco atribuido al mito proviene de que estos acontecimientos, que se suponen ocurridos, forman una estructura permanente en la que se condensa, simultáneamente, el pasado, el presente y el futuro.

En la ciudad el peronismo perdió por quince puntos en el ballotage de la última elección presidencial, podrá alegarse entonces que de mito nada, que es la real realidad real, pero la sucesión de derrotas no es lo mismo que el derrotismo, que es una estructura del pensamiento que genera hechos políticos alrededor de la idea de que la derrota es una situación inmodificable, esencial. Es. ¿Y cuál es el origen del mito? En la narración clásica del 17 de octubre hay algo para volver a leer.

Si les digo 17 de octubre ustedes imaginan columnas que avanzan desde más allá de la General Paz por las avenidas principales de la ciudad y a su paso a los vecinos que bajan las ventanas y se encierran. Los porteños azorados se dicen a ellos mismos guarda que ahí viene la negrada, alucinados por la

aparición de esta murga estrambótica, pesadillesca, inexplicable, zoológica. Nosotros somos esos otros, se dice el peronismo de la ciudad, la negrada, los monstris del subsuelo, los critters en esta secuencia. Somos los bichos en una peli de esas con bichos que te quieren copar el rancho, somos los bichos de los que los protagonistas se protegen clavando listones en las ventanas y en las puertas, cargando las armas y subiéndose al techo con un rifle. Pero esas pelis son películas norteamericanas. La narrativa del otro que se contó a sí misma la Buenos Aires de la oligarquía y el medio pelo fue diferente y creo que más lúcida. En la mirada del oligarca el otro ya estaba en la ciudad, tomando mate y escuchando cumbias en la habitación del fondo de la casa, que como entrevió Cortázar, ya había sido tomada.

En esa línea, en 1970, Borges escribe un cuento en el que el protagonista parte a descansar a una casa de campo que le presta un primo. Pocas noches más tarde un temporal deja el campo inundado, lo que obliga a nuestro protagonista sin otra opción que permanecer en la casa. En ese contexto de convivencia forzada comienza a charlar con los cuidadores de la estancia, unos peones que vivían en una modesta casa muy cerca de la principal. Espinosa, el protagonista, una noche, para matar el tiempo, les lee un fragmento de la Biblia, un libro que no conocían, porque así de salvaje es esta gente. Para el agrado de Espinosa la lectura los impresiona, les provoca interrogantes, se toman con una seriedad mortal lo que están oyendo y preguntan por la crucifixión y por la redención, si acaso eso ha sucedido, si acaso eso puede suceder. Otra noche, en la penumbra, ocurre un hecho de carne, pecaminoso, entre Espinosa y la hija de los cuidadores, que es poca más que una niña. Otra noche estos peones de cara aindiada y pelo rojizo, hijos toscos de una mezcla desafortunada, esa es la descripción de Borges, reducen con violencia a Espinosa y lo arrastran y lo vejan durante todo el camino hasta llegar a un galpón al que le habían arrancado las vigas del techo para construir una cruz, una cruz del tamaño de un hombre como Espinosa.

El mito de la ciudad gorila presupone dos territorios enfrentados: el conurbano contra la ciudad. La mirada gorila parte de otra sensación, no hay dos territorios, hay una casa y ha sido tomada y como la casa es nuestra tenemos derecho a la legítima defensa. Ellos, cabecitas negras, estaban adentro de la casa, estaban entre nosotros, subordinados, y de esa intimidad, que ha llegado hasta la carne, el carácter siniestro de las representaciones de la oligarquía.

Es verdad que en relatos como *"La fiesta del monstruo"*, el cuento escrito a dos manos por Borges y Bioy, se replica la disposición espacial de la invasión que viene del Conurbano, quizás porque con nuestros adversarios al final siempre hablamos una lengua anfibia. De hecho, ese cuento, desafortunado más por sus formas que por lo que dice, está escrito en una supuesta lengua popular que no es sino un énfasis de la distancia que interponen los escritores con la lengua de la chusma, a la que trascriben como una lengua exageradamente extranjera. Los peronistas porteños asumieron esa extranjería, ese jugar el partido de visitante, al punto de hacer carne, es, que los okupas en la ciudad eramos nosotros, como si el pueblo trabajador de Buenos Aires no tuviera nada que ver con su ciudad. Eso ha prendido, queramos o no, nos sentimos extranjeros, okupas, incómodos, ante la exhibición de los títulos de propiedad de los antiguos señores.

Es muy posible que el equívoco que dió inicio a la mitología de la ciudad invadida tenga que ver con una idea de ciudad que ya entonces era sesgada. Quizás cuando decían Buenos Aires querían decir el centro de la ciudad. Quizás desde el centro de la ciudad se había perdido de vista que la ciudad ya tenía otras dimensiones. Cuando Hipólito Yrigoyen era el caudillo de Balvanera, como antes lo había sido su tío Leandro Alem, Balvanera era un suburbio más equiparable a la actual La Matanza que al moderno y bellamente horrible Once, un suburbio como el Palermo de los cuchilleros. En momentos como aquellos en los que la ciudad ya estaba creciendo como una inmensa mancha expandiéndose por la pampa sin control ni planificación como la pura atrofia del capitalismo periférico, los límites se deben haber perdido de vista y quizás se siguió pensando la ciudad como la ciudad vieja, la que terminaba en la 9 de Julio. El contorno en algún momento se puede haber desdibujado y lo relativamente lejano por lejano se presentaba como otra cosa, por más que todos supieran que no lo era ¿Eso puede haber pasado? No lo sé, pero sí sé que el 17 de octubre bajaron columnas a la Plaza de Mayo desde Boedo, Mataderos, La Paternal, Liniers y desde el mismo Centro. Y sé también que la división entre centro y suburbios no alcanza, por ejemplo, para excluir a estos barrios de la historia de la ciudad. En la literatura, por ejemplo, era Florida y Boedo y Florida no excluía a Boedo de ningún modo. Inclusive, volviendo a nuestros días, conviene relativizar la frontera actual entre el Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, porque no deja de ser un continuo urbano. Hoy en día los políticos van y vienen de un lado al otro de la frontera, los peronistas porteños gobiernan en la provincia y los gorilas bonaerenses gobiernan en la ciudad. Los electores no se sienten invadidos por eso, lo naturalizan porque muchos de ellos, casi todos, también viven sus vidas de los dos lados de la línea.

Lo cierto es que sea cual sea el origen del mito, Buenos Aires ya no es aquella ciudad de supuestos europeos supuestamente bien comidos asaltados por hordas de cabecitas negras. Esa ciudad ya no existe, aunque sus voces nos lleguen y a veces nos aturdan en el trance. Buenos Aires es otra y también son otras sus camadas de militantes políticos. Es llamativo que el derrotismo, a la larga un esencialismo, siga existiendo en esta ciudad que es como una torre que nunca deja de arrojar gente desde lo alto mientras por la puerta de servicio va entrando gente nueva, muchas veces los mismos que acaban de haber sido arrojados. Desde su fundación Buenos Aires tiene el linaje de un perro callejero, los cambios son rápidos y evidentes de una generación a la siguiente. Por otra parte ¿será verdad que el peronismo en sus inicios sufrió un rechazo unánime, o tan marcadamente mayoritario, en la Ciudad de Buenos Aires? El peronismo porteño sobrerreacciona a la Ciudad de Buenos Aires con resentimiento, con el gesto agrio y el culo fruncido, con un sentimiento negativo.

Buenos Aires, a la larga, fue para nuestros padres el escenario de un gran fracaso político y económico, de una gran estafa, el lugar donde todo se fue yendo progresivamente a la mierda. Su generación, que empieza en estos años su retirada, ha sido la de la lucha armada, la del internismo, la de la dictadura, la de la gran quiebra política, la de la renovación peronista, la del menemismo y el kirchnerismo, y a pesar de su inicial coraje y su resiliencia y adaptabilidad y capacidad inventiva, ha sido la generación del largo tobogán, la de la decadencia apenas interrumpida. Son los fajados, los desaparecidos, los reventados, los renovados, los primermundistas, los progres, y nada de eso ha tenido su consagración en la historia. De lo que nos legan nosotros, y los que nos sigan, debemos seleccionar qué recuperamos y qué guardamos, qué palabras revitalizar, qué imágenes y qué

artefactos intentaremos empujar para que se integren en la gran máquina de la cultura. Es obvio que lo legamos todo, pero ese trabajo de selección y discusión debemos hacerlo, es un momento inevitable. Propongo con modestia que al derrotismo del peronismo porteño no lo conservemos.

¿Y por qué una refundación desmíticadora del peronismo porteño? Porque nosotros no somos como nuestros padres, nosotros vivimos otro Buenos Aires y amamos ese Buenos Aires y lo odiamos lo justo y necesario. Y además porque conviene, compañero realpolitik, porque como mito fundante, uno que no nos deja crecer es bastante malo y hace necesario defenestrarlo para poder forjar otro nuevo, mejor.

-XI-

Yo tenía entre mis manos *"La Campaña del MNPRP (Movimiento Nacional Popular por el Retorno de Perón)",* de Manuel Dobarro. Conocía ese nombre. En 1991 mi padre abrió la "Unidad Básica Manuel Dobarro" en Tonelero y José León Suárez, allá por los fondos de Liniers. Había pasado muy poco tiempo desde su apertura cuando un día encontramos que le habían reventado la puerta y habían entrado con malas intenciones. Eso había sido diez años atrás, en 1991, cuando mi padre participó de una lista que terminó perdiendo las internas con el menemismo. Tras esa derrota casi todos los participantes de esa lista se hicieron menemistas. En cuanto a la Unidad Básica la decisión de mantenerla abierta se fue postergando y ya nunca más me llevaron a pasar los sábados con los compañeros bajo el sol del oeste. De ahí, del cartel colgado en la puerta de la Unidad Básica, me sonaba el nombre de Manuel Dobarro.

Salí de la biblioteca del Señor Gemma con el cuaderno de fotocopias bajo el brazo y me fui caminando por adentro de Flores hacia el Centro. Era una tarde de verano y no tenía mucha plata, pero casi nadie tenía plata en esa época. Lo que sí tenía era porro porque en esa época casi siempre tenía porro y siempre que me estaba por quedar sin, diez minutos antes, alguien dejaba en mis manos una tuca o un pequeño bagullo, inclusive en ocasiones en que no lo buscaba ni quería tener encima, aunque la verdad es que en esa época casi siempre quería tener porro encima, por eso, supongo, que la divina providencia me abastecía. Me senté en el umbral de una casa en un pasaje muy elegante y usando el cuaderno de base me armé el faso. Cada cincuenta segundos miraba a cado lado por si se acercaba un policía. Prefería fumar en lugares aislados para que no me metieran preso, eso era lo principal, pero también porque nunca me gustó fumarle encima a la gente. Eso era parte de mi buena conducta comunitaria.

Después de las primeras secas el coco se me acomodó a la dimensión paraguaya. Ya bastante loco crucé la avenida Rivadavia hacia el parque y me dejé caer en un asiento cerca de la zona de la feria de libros, quería ver en detalle eso del MNPRP. Me distraje unos segundos releyendo unos afiches ya viejos, amarillos, que convocaban a un acto-homenaje a un skinhead que había sido asesinado por hordas drogadas anarcobolcheviques. El afiche no decía skinhead sino patriota, pero sí que decía eso de las hordas drogadas anarcobolcheviques. Yo, que venía de leer tantos La Protesta y Orientación y Claridad, coincidía en eso de que de lejos los anarcos y los bolcheviques podían parecer un bloque, pero nombrarlos de un solo tirón era confundirlos en la ignorancia y nada más. La lengua política tiende a la generalización, por eso también se arroja el calificativo de fascista para nombrar cosas de lo más diversas, a veces esos usos terminan por imponerse y cambiar el significado de la palabra, pero eso nos molesta a los degustadores de los matices de las derechas e izquierdas. Este patriota en particular, por ejemplo, había militado junto a Federico Rivanera Carles, un autoproclamado caudillo nacional sin pueblo acaudillado a la vista. Rivanera Carlés era autor del libro *"Buenos Aires, ciudad conversa",* y había colaborado durante años con el mensuario El Ataque, nombre paradojal para quien muriera a la defensiva. Años más tarde tuve la posibilidad de ver a Rivanera Carles en persona, pero esa, compañeros, es otra historia.

Me sacudí del cuerpo aquella tarde de la batalla con los skinheads porque la recordaba con bastante detalle. Había visto la cabeza de skin cayendo de la vereda a la calle sin resistencia mientras la horda lo arrastraba por los pies hecho una bolsa de huesos rotos y sangre. Había sentido piedad por él. Otros, personas más grandes que yo, porque eso había sido hacía cinco o seis años, intentaban sin éxito frenar a la horda anarcobolchevique que lo seguía pateando. Recuerdo también a unas chicas pankis tratando de mediar entre sus amigos anarcobolcheviques y el skin. Una en especial, colorada y bajita, lloraba desbordada y se quedó junto a lo que quedaba del muchacho. Dejé de lado esas imágenes y me senté a la sombra de un árbol para ponerle atención al texto. MNPRP, ahí vamos.

El Movimiento Nacional Popular por el Retorno de Perón se crea en 1963 como parte del Partido Socialista Argentino de Vanguardia, una escisión del Partido Socialista que tendrá, por su parte y poco más tarde, una división interna entre por lo menos dos grupos; uno que se orientará hacia el peronismo y otro que hará lo propio yendo hacia el maoísmo. En la primera etapa publicaban una revista a la que llamaron CHE. El cuaderno que me había dado Gemma tenía un anexo con algunos números de la revista reducidos, tan reducidos que daba un poco de jaqueca leerlos. Lo mismo los hojeé rápido, leí sus títulos y destacados, me fui convirtiendo de a poco en un lector de la Revista. CHE, una publicación que conserva los temas de los viejos periódicos socialistas y los actualiza con las nuevas inquietudes políticas y estéticas del momento. En 1960 publican una cobertura de la revolución cubana escrita por Rodolfo Walsh, que manda algunas notas que podrían catalogarse más como aguafuertes habaneras que como artículos estrictamente periodísticos. En una nota, por ejemplo, Walsh se dedica a delirar al enviado especial de Clarín que había observado en diferentes puntos de la capital cubana un cártel con la leyenda *“No te fías… de un extraño”.* El enviado de Clarín había tomado estos mensajes por propaganda castrista y lamentaba que se dedicase recursos a sembrar la desconfianza en la población de cara a la prensa internacional. Al enviado la parecía un rasgo censor. Walsh había descubierto que *“No te fías… de un extraño”* no era otra cosa que el título de una película de la Columbia Pictures y a partir de eso se ensaña con el periodista y se mofa hasta de cómo titula la nota: *“Hay nubes rojas en La Habana”. “Vagamente me pregunto si las nubes rojas serán una metáfora*- se burla Walsh-*, yo creía que esa clase de metáforas estaban fuera de uso.”*

Confieso que, a pesar de mi admiración por Walsh, gran cuentista, a mí lo de las nubes rojas me había gustado y aún hoy, compañeros, pondría mi firma para amnistiar a todas las palabras y metáforas expulsadas del estilo corriente de cualquier época. En el caso de la política son muchas las metáforas y las palabras que han caído en desuso, lo que podría llevar a pensar que los fenómenos que nombran han dejado de existir; revolución, liberación nacional, imperialismo, burguesía, colonialismo, consciencia de clase, opresores, oprimidos. La salida de circulación de estas palabras puede llevarnos a pensar que los fenómenos que nombraban han desaparecido, dije. Puede ser que por un milagro de la democracia y del rezo laico del preámbulo constitucional hayamos resuelto la condición semi-colonial argentina y que entonces ya no necesitemos pensar el colonialismo como categoría, pero no sé, algo en el estado financiero del país y en las ideas que circulan me hace sospechar que no es tan así. Pienso que habría que bucear en el barroso fondo del Río de la Plata y tantear con las manos si esas palabras también han quedado allí abajo. Todo muy sudestada.

En la Revista CHE escribía Dobarro. Lo primero suyo que leo es un balance de los tres años del gobierno de Frondizi. El artículo está en el número que tiene como tapa la pregunta "*"Paredón ¿o no?".* Paredón, otra palabra que ha dejado de circular. Los editores de la Revista CHE se cuestionan sobre si está bien que en Cuba se fusile mucho, poquito o nada. Dobarro de Cuba no dice nada, en cambio analiza si los partidos tolerados, o sea los no-peronistas, tienen la fuerza y la convicción para resistir a la dictadura militar que se aproxima. Para Dobarro eso no era muy probable y por eso pone sus expectativas en los obreros proscritos, ellos serán, asegura, los protagonistas de la lucha que asoma. Los obreros y no la CGT que, en el análisis de Dobarro, parece no tener nada que ver con la organización y la fuerza de esos obreros.

Dobarro dice lucha social, esa casi no se lee hoy en día.

Dice CONINTES, esa es para coleccionistas.

Dice ejército, oligarquía, legalidad, integracionismo.

Vuelvo al texto principal, dejó de ver las revistas. El texto se hace aburrido hasta que empieza a hablar sobre cómo el MNPRP había combatido. Eso, Dobarro lo que quiere dejar claro. Se hace una larga enumeración de las acciones realizadas por el MNPRP durante la resistencia, la más espectacular el desvío de un tren cargado de soldados colorados, supuestamente institucionalistas, durante el choque que tuvieron con los azules, los que se declaraban resueltamente opuestos a cualquier transigencia con la democracia.

Cerré los ojos, agotado. Me volvió a la cabeza Posadas. Seguía ahí.

En La Voz Planetaria no había encontrado lo que esperaba, lo único interesante había sido descubrir el detallado seguimiento que hace Posadas de la crisis armamentística, muchas precisiones sobre modelos de aviones, bombas, helicópteros, mucho texto, bastante comprensible como inquietud de época, pero, había que admitirlo, no tan común entre las publicaciones de izquierda contemporáneas. El problema era que no había conseguido material que me sirviera para el guion. El Posadas encarnado y real era mucho menos desopilante que lo que me habían prometido las anécdotas que hablaban de un tipo que hacía plantar lechuga a sus militantes por sus características nutricionales anti radioactivas, o sobre cómo había salvado a Tito durante la residencia argentina del partisano yugoslavo, o sobre su pasado de cantor de tangos que había compartido escenario con Gardel.

Era tanto mejor lo que se decía de Posadas que lo que efectivamente había dicho, que el proyecto se encaminaba a emanciparse sí o sí de la historia documentada. Podía montar algo como Las locas locuras de Posadas, el musical. Una de Posadas yendo de ciudad en ciudad con extraterrestres, sabotajes nucleares, fútbol, tango, el mayo francés y las nubes rojas.

Llegué a mi casa tarde. Mi padre estaba viendo un programa de cable en la tele del living. La luz se proyectaba verde y amarilla sobre su cara. Se estaba divirtiendo. En la tele dos tipos discutían al borde de cagarse a palos. Uno con medio cuerpo lanzado hacia adelante sobre la mesa del estudio gritaba exasperado ¡No me rompas más las bolas con la patria! ¡La patria está en tu mente!

¡El socialismo está en tu mente! Dije en voz alta y sin pensar.

Mi padre, que no se había dado cuenta de mi presencia, desvió un momento la atención para mirarme. Me miró torcido. Después me interrogó: ¿Y a vos qué mierda te pasa?

No respondí, pero en ese mismo momento decidí que no iba a entregarle el cuaderno. No todavía. Me faltaban leer algunas páginas. Seguí hacia la habitación, pero me llevé el teléfono…

Llamé a mi amigo el Figaza.

Crack, qué onda, qué pasa, qué tenés entre manos, le pregunté.

Qué haces, crack, acá estoy, me estaba echando unas buenas pajas pensando en tu vieja. Cuchame, hay una fiesta por Plaza Alemania, es la casa de una piba de la facu que le pintó la generosidad, invitó a todo el mundo, va a ser de una cosa de masas, va media Universidad de Buenos Aires.

¿Quién es?

¿La piba?

Sí, la piba.

Cata Wolfsteller ¿La tenés? Es una que estaba medio con el PTS y después se fue con los independientes. Una rubia tetona.

Ah, Catalina ñam-ñam, sé muy bien quién es.

Salí eyectado de la silla. Abri el armario. A ver esta mierda, me dije. Entre la porquería encontré mi pantalón veraniego, que era uno azul de algodón, y la parte de arriba tenía muy claro que tenía que ser mi remera amarilla de Beastie Boys, check your head, que de todas era la mejor ¿Qué otra cosa necesitaba? Un abrigo liviano, sacar unos pesos del canuto y hacer un retiro de bienes de mi cajita feliz. Antes de salir me animé a llamar a Camila, no quería hacerlo antes de que me llamara ella pero me moría de ganar de verla. Me atendió el contestador automático, por favor, después de la señal, deje su mensaje.

-XII-

El primer trago de vino pasó rojo y ácido por mi garganta y por fin se asentó dulce y liviano en mis párpados cansados y en mi sonrisa regalada de perro de verano. Era un buen vino, frutado, ligero. Me tomé un trago más largo y mi atención se apartó de la conversación que a mi lado mantenían Harry con Emilio, que los agitaba y que yo, en ese momento, necesitaba que me importase menos. La noche traía un alivio de brisa. Los árboles de la Plaza Alemania sacudían sus ramas acompasadamente y desde el balcón el follaje parecía tan a mano que uno podía acariciarlo. Miré hacia el cielo. Era una noche estrellada. Algunas estrellas, las más brillantes, refulgían más allá de la densa luminiscencia de las lámparas, muchísimas en esa plaza en particular y en esa zona de torres erigidas una al lado de la otra, apenas interrumpidas cada tanto por el breve descanso de un edificio modesto que había logrado sobrevivir al rasero de la especulación inmobiliaria o por una casa que se mantenía de pie fuera de tiempo, en la escala que durante milenios ha sido la de las construcciones humanas.

Me alegró ver tantas estrellas. Tengo para mí que las noches estrelladas son de buen augurio ¿Y Camila? ¿Por dónde andaría, Camila? La había llamado y no estaba en la casa ¿Sabría de la fiesta? Era jueves, quizás no supiera de nada. Sentí unas ganas nerviosas de verla y abrazarla. Emilio estaba pasando de la agitación al grito, quería que se garantizase una guardia en una fábrica recuperada la noche de año nuevo y Harry decía que no, que algo de su familia en Chivilcoy. No, yo no estaba para esa, no en ese momento. Miré para el otro lado del balcón. Tres chicas instaladísimas en una mesita y bien abastecidas de cigarrillos y bebidas se reían a gritos. Tomé otro trago y agucé el oído. Una morocha contaba una anécdota sobre un pibe y las otras interrumpían, pero demasiados nombres propios. Harry y Emilio seguían subiendo el tono. Escapando de ellos reingresé a los interiores justo cuando Mariana y Diana estaban entrando. Me saludaron levantando unas botellas de sidra de tercera marca. Esas etiquetas brillaban salvajes en la fiesta de Palermo Chico. Fui hacia ellas cruzando el primer grupito de bailarines que animaban el living bailando don't you want meee, baby? don't you want me? Ooooh! Me di cuenta nada más verlas que Diana y Mariana venían algo tiesas, con un gesto que pretendía ser descontracturado, pero no estaba ni cerca de serlo. Diana me dijo algo de la música. Quejarse de la música es una forma de querer charlar de algo, pero a mí me gustaba esa música, para mí esa música era la música de mi infancia mucho más que Los Parchis o María Elena Walsh, podía tararearlas todas, por ejemplo, esa que empezaba a sonar, don't you forget about me, mentes simples. El método es muy conocido, se canta la catch line en inglés y todo lo demás se tararea. Diana no compartía mi sensibilidad porque sus padres eran unos psicobolches línea silvioplablojoanmanuel y ella sí que tenía mucho María Elena Walsh encima y Promúsica de Rosario y esas cosas. Mariana intentaba abrir su sidra con un pucho en la boca y me preguntaba si Camila andaba por ahí. No, ni idea de Camila, anda por ahí, pero no sé por dónde, pensé que quizás ustedes. No, ellas no tenían ni idea tampoco. Tomé otro trago, ese vino estaba bueno, ya lo dije, iba a tener que ir a llenarme el vaso otra vez. Plop! Maríana había logrado abrir la sidra y era la mujer más feliz del mundo. Se metió uno largo trago y dictaminó un ahora sí, esto es casi mejor que el ananá fizz. Unas olas de recién llegados cruzaron la puerta, gente de otra agrupación, autonomistas de esos que a su paso hacían sonar todas las canciones de Manu Chao, perdidos en el siglo, siglo XX. Diana me tiró del brazo y nos metimos por un largo pasillo. Era un piso enorme, el piso de madera sueca, cuadros del abstracto argentino,

plusvalía bien invertida, con buen gusto. El primer baño estaba ocupado, pero sabíamos que tenía que haber otro, y seguimos por el pasillo hasta que una puerta se abrió y salieron de un fondo de azulejos blancos y negros dos chicas, que nos sonrieron con una sonrisa tiesa al paso. Una de ellas, la del vestido marrón y los ojos verdes, se me quedó mirando, ajustando la señal, con expresión de ¿acaso te tengo de algún lado a vos? Quizás comunicándome, en una variable optimista, con ese breve muy breve mensaje, alguna cosa que yo iba a tener que averiguar más tarde, siempre que Camila no asomara sus lindas piernas por la fiesta. Nos metimos en el baño y cerramos con traba. Diana sacó la bolsa e hizo las veces de ceremonial. Les conté que por ahí andaban Harry y Emilio y que estaban discutiendo lo de la guardia de año nuevo en la fábrica recuperada. Mariana levantando la cabeza sin solución de continuidad desde el rastrón del pase, terminando de subir la coca por el tabique dijo ah sí, yo me anoté para esa, me parece super importante sostener a los compañeros en una fecha tan sensible. Me sentí un poco sorete de no tener ni por asomo el mismo sentimiento. Terminamos la faena y Diana propuso que vayamos a rescatar a los chicos. Cuando salimos del baño el pulso acelerado del sintetizador de I feel love, de Donna Summer, nos anunciaba que la fiesta zarpaba a una zona de mayor intensidad, it's so good it's so good, it's so good, oh! y de hecho el living estaba mucho más poblado que apenas unos minutos antes. Fui a buscar más vino y me encontré a Pedro, que me contó que se había tenido que pelear con el vigilante de abajo que no quería que subiera la bici. No dije nada, pero pensé que el vigilante tenía razón ¿Cómo vas a ir a una fiesta en bici? Es malísimo. Salí de la cocina e hice un avistaje de reconocimiento de situación, un poco por acá, por allá, y ahí la reconocí en el sillón, era la chica del vestido marrón. La miré, me miró, perfecto. Ahí estás. Me pegué una vuelta por el balcón. Ahora Harry y Emilio contaban anécdotas sobre las asambleas en las que estaban participando. Se les había sumado el Figaza. En su asamblea de su barrio, empezó a contar entre risas que hacían muy complicado seguirlo, un viejo con el que se había picado de una porque seguro le había sacado la ficha que era militante, le tocó el culo mientras hablaba, insistentemente. Figaza creía que para desconcertarlo justo cuando estaba explicando lo de piquete y cacerola la lucha es una sola, pero como no dejó de tirar su discurso en ningún momento y por ninguna circunstancia, el viejo le había dejado de tocar el culo, abatido. El Figaza fue el que más se rió de su propia anécdota. El resto estaban tan pasotas que ni podían tirar una carcajada. El grupo del balcón no tomaba alcohol ni se estimulaba con drogas duras, pero era un scalextric humano de porros circulando a máxima velocidad que nada más se detenían para una pasada por boxes si quemaban mal o se desarmaban, de lo contrario seguían girando hasta que se acababan y entonces eran reemplazados por otro porro que ya estaba listo y pronto. Las chicas de al lado seguían ahí, y creo que eran de la misma dinámica, pero lo de ellas era escabiar cerveza. A la larga, calculé, eso les iba salir más caro en términos de resaca. Iba a ser interesante ver cuál de los dos grupos aguantaría más. Una vez adentro estuve por ahí y por allá, llenándome de vino el vaso, compartiendo con unos y con otros pequeñas charlas y pequeñas chicanas de salón. La fiesta se dividía entre apocalípticos y desdeñosos. Los primeros decían que la situación nacional iba hacia el caos, que Adolfo Rodríguez Saa la iba a chocar y que por eso no había que descartar ninguna salida, ni siquiera la salida militar; era imprescindible prepararse. Los desdeñosos, por su parte, le bajaban el precio a la crisis, preparaban sus vacaciones en Polonio, daban por descartado que en la Asamblea Legislativa ya se había acordado una suerte de gran pacto nacional que incluía la devaluación y que los gringos iban a aflojar un poco la correa con el tema del pago de la deuda. Yo estaba mucho más cerca de los apolípticos, pero tras unos espadacheos verbales me retiré

hacía la zona sillonera. Cuando decimos la zona sillonera estamos hablando de unos sillones inmensos Roche Bobois y de inmensas mesas bajas de gruesos vidrios cortados a medida en curvas irregulares y suaves. En esa zona de la fiesta predominaban las caras de aburrimiento, pero yo estaba de buenos ánimos y no le temía a nada, la noche estaba estrellada, el vino era muy bueno, la música me gustaba. Sometimes you're better off dead there's a gun in your hand it's pointing at your head you think you're mad, too unstable kicking in chairs and knocking down tables; west end girls. Eso sonaba, Pet Shop Boys ¿Y ustedes también son amigos de Cata de la facultad? Los del sillón me miraron desde sus alturas y me respondieron con bastante buena educación y sin emociones que no, que ellos eran sus amigos del colegio. Ah, ¿y de qué colegio? Del San Martín de Tours. No lo conozco, dije. No te perdés de nada, es el peor lugar del mundo. Así lo catalogó el varón del grupo, un muchacho muy delgado, pecoso, de pelo muy negro, que al parecer la había pasado muy mal en la secundaria. Como estaba a dos personas de mí en el sillón, lo dejé de ver cuando se hundió en el sillón después de hacer ese comentario, pero la verdad que me pareció mejor, algo en su cara pálida y pecosa me irritaba, además mi objetivo era quedar mano a mano con la chica del vestido marrón, que estaba a mi lado y que era bastante guapa. Y lo logré, pero no logré mucho con ella. Era estudiante de cine y, me lo dejó muy en claro, no le gustaba la música de la fiesta. Le pregunté qué música le gustaría escuchar y me dijo que música que yo no conocía. Estás llena de prejuicios, decime que seguro conozco esa porquería. Ok, ¿Escuchás Dead Can Dance? Le dije que no, pero sí que lo conocía y me hacía mucho sentido que le gustasen a ella. El chiste no le resultó gracioso, pero nada le resultaba gracioso. Igual ahora me voy a otra fiesta, ¿Vos te pensas quedar acá? En la pregunta se deslizaba una afirmación sobre la calidad de esa fiesta y en una de esas también algo de interés, quizás, aunque no lo dejara brillar, un apagado pulso hacía su trabajo en ella. Todavía es temprano y no la estoy pasando mal, de hecho estamos hablando y para mí está muy bien charlar con vos. Sí, puede ser, acordó suavizando el gesto, pero la música me está matando. Supe un par de cosas más de ella: que se decía apolítica, así que tenía tendencias derechistas, y que lo que más le gustaba de estudiar cine era el vestuario y la fotografía porque le costaba la narrativa. A su favor no parecía tener problemas con eso. Era linda y creo que era buena, pero esa cara de haberlo visto todo y de tener el culo triste, no me resultaba tan interesante, pero insisto en que sí que era guapa y que cuando cruzaba la pierna y el vestido se le subía desnudando su muslo, realmente me inquietaba bastante. En un rato vuelvo, voy a por ahí, a buscar más vino ¿Vos querés algo? Prendió un cigarrillo y negó con la cabeza. Creo que también estaba triste. Solía pasar en esa época que la gente estuviera triste o furiosa. Encaré para la cocina a buscar ese vino. La casa estaba estallada de gente. En el camino me crucé a Diana y Mariana que bailaban never gonna fall for modern love, walks beside me modern love walks on by. Marian, Marian, me colgué de su brazo, ¿hacemos uno más? Salimos los tres y en el camino nos cruzamos con Laurita que acababa de llegar y ya se había clavado media pasti y bailaba con uno de Arquitectura que yo conocía de cara, pero no sabía el nombre. Laurita, saliendo del mareo del amor, se acercó a preguntarme por Camila. Ni idea dónde está Camila. Seguimos hacia el baño. Para el primero había cola, en el segundo tuvimos que esperar que saliera una parejita. En el baño hablamos un poco sobre la gente que había en la fiesta y Mariana nos contó que le había preguntado a la dueña de casa y le había dicho que en un rato arrancaba la electrónica. Entonces no tomemos esto, propuse yo, traje dos pastis, tomemos media cada uno. Bueno, dijo, Diana, tomemos la pasti pero antes nos tomamos otro pase. Salimos del baño y retomé mi camino hacia la cocina. La música había cambiado. Estábamos en el bloque

sesentoso. Yeah, the river runs red down the legs of a city, she came, the women are cryin' and rivers are weepin', she came. Temazo, pero el baile se apagó un poco así que enseguida volvieron a subirla con la electrónica. La data de Mariana siempre era buena, se hacía amiga de todo el mundo en dos minutos y dominaba el cómo y el qué de la fiesta o de lo que fuera que estuviera metida. Entré en la cocina. Ya no había tantas botellas llenas, sin embargo, estaba lo que necesitaba, un vino rojo. Lo miraba caer en el vaso mientras lo servía, rojo como una cereza madura. Ay, yo también quiero de ese vino. Escuché la voz a mis espaldas. Era Cata ñam ñam Wolfsteller, muy ñam ñam, vestida con un sobrio vestido negro y el pelo rubio suelto sobre los hombros desnudos. Cata, ñam ñam venía muy borracha, de mínima borracha, y me reconoció y gritó ahhh ¡Los malos comunistas! Y cuando digo que gritó, gritó. Shhhhh, le pedí, que se va a dar vuelta la mitad de la fiesta. Y vos preferís algo más íntimo, ¿no? Era rápida para los tiros ñam ñam. Y yo ni lo pensé un poco y admití con la cabeza, porque cuando los astros se están portando bien con uno no hay que ser ingrato. Cata me empezó a atacar por algún motivo político equis que no importaba porque lo cierto es que en estábamos en tren de coqueteo, un coqueteo que venía de los pasillos de la facultad, al que yo no le había tendio fe, pero que ahí estaba, dando frutos. La paciencia y el amor los secretos del bueno agricultor. Cata ñam ñam hablaba muy rápido y el trance de ideas que recitaba venían del pequeño grupúsculo marxista hiperteórico en el que participaba. Dijo algo que no supe de dónde venía ni hacia dónde iba, pero que ella, con la copa en la mano y con muchas ganas de lucirse con su lenguaje, ordenó más o menos así; el papel principal del modo de producción capitalista en el desarrollo de la humanidad fue crear un sistema de necesidades universales, de relaciones universales y de capacidades universales, y que esas necesidades y capacidades estén portadas en los individuos ¿En cada individuo? Pregunté. En cada individuo, respondió. Y agregó: un sistema universal de necesidades, relaciones y capacidades, check your head, me dijo apoyando su dedo índice en la remera. Perdido entre las palabras y los labios de dónde venían, resolví salir del laberinto por arriba. Cata ñam ñam, le dije al oído, me gustaría seguir debatiendo sobre los cuadernos de Marx, pero en otro lado. Y sin más me tomó de la mano y me llevó a su habitación de la que salimos felices y menos verborrágicos y justo para cuando la fiesta estaba por llegar al máximo de su performance. En la pista lo estaban dando todo. En el sillón se había renovado el plantel y estos nuevos seguían aportando sus caras de suficiencia, pero en el fondo se notaba que estaban a gusto. Camila no estaba por ahí y ya no iba a llegar. Una pequeña punzada me cortó el aire cuando me acordé de ella así que para cambiar de tema mental busqué con la mirada a la chica del vestido marrón, ella tampoco estaba, seguro que se había ido a una fiesta en la que sonaba Dead Can Dance. Ojalá esté en esa fiesta, lo deseé de corazón, porque al final me había caído bien. Llegando al balcón un grupo de compañeros varones voceaban no sé qué cosa en modo cancha, pero no eran canciones de fútbol sino de política. Cerca de ellos, pero en otro canal, Mariana y Diana ya estaban comiéndose a besos. A unos pasos Laurita seguían en el mismo swing con su chico de los planos. Sin nadie con quien hablar me quedé bailando solo en el radio de ese grupito. A la distancia podía ver que en el balcón se habían fusionado los grupos y mis amigos ahora hablaban con las chicas y todos fumaban porros y tomaban cerveza.

Todos mis amigos estaban felices y nada mejor se le puede pedir a una noche estrellada.

-XIII-

¿Y ustedes, qué sois ahora, porteños? ¿Vecinos? ¿Eso sois? ¿Seres humanos uno al lado del otro, un registro catastral, espacial, una larga fila y nada más? ¿El infierno genérico, sois? ¿Individuos? ¿La gente, sois? ¿Mauricio, Gabriela, Maru, Horacio, Leandro, Mariano, Juanesmanueles, eso sois? ¿Un código QR debajo de una foto? ¿Un código QR sin foto siquiera? A mí, que he sido acusado de tratar a mis paisanos como vacas de estancia, vuestra indolencia me recuerda a ellas, me aterroriza vuestra falta de alma y de coraje. En eso de las vacas los unitarios también mentían porque en Buenos Aires durante mi gobierno cada hombre ha recibido el trato cristiano que nunca en otros tiempos. En mi Buenos Aires un hombre era ciudadano, pero además era parte de una familia y de una estirpe y cada mujer una patriota y una familia y una estirpe. En cambio, escuchen ahora a lo lejos, agucen los oídos para escuchar esos que son los gritos de la barbarie que entra a la ciudad y que es una ronda de mil demonios que se toman de la mano y giran y giran.

¿Pueden oírlo? ¿Oyen? Es el infierno ¿Qué habré hecho yo para que el Señor me abandone en esta hora? Si no hice más que servirlo ¡Qué misteriosos son sus caminos! Cuanto lo que de nosotros exige. Se escuchan los pasos mezclados, extraviados de los brasileños, de los orientales, todos los invasores saqueando, destruyendo, violando. Yo escucho los llantos y los gritos y pienso que algunos de mis hombres estarán ahí, descentrados, arrastrados por el calor, aturdidos de pólvora. Buenos Aires ha caído y con ella todo orden. Pronto serán todos fusilados. Más de quinientos sin juicio previo. En los patios de la policía, en las esquinas, todos los que sean atrapados con cosas robadas, con las manos en la masa rompiendo escaparates, trepados a los techos de los depósitos de mercancías, rapiñando en los grandes almacenes. En la guerra civil todo va en la misma baraja y habrá fusilados que pagarán la cuenta por viejos rencores, por lejanos ajustes de cuentas, por latrocinios más sofisticados, menos hoscos. Vienen degollando los invasores, calor y sangre como en aquel comienzo, más sangre y más calor que en cualquier polca mazorquera. Son complicados los calores porteños, la sangre se contamina de humedad y arrastra.

Brilla feroz la luna de febrero sobre el río. Navegando se comprende mejor esa danza y esa contradanza de bocas que se buscan por siempre, aunque estén destinadas a no tocarse jamás. La luna se acerca y se remueven el agua y la sangre. Todo lo he dado, todo por este río y por esta pampa igual al mar. Río y pampa que me anteceden y me verán partir. Un cantor en su rancho ya estará intentando traducirte e inmortalizarte noche de febrero, punto final de nuestro tiempo juntos, Buenos Aires. Ya el cantor compone dos tristes cielitos de sur, uno para mi gloria que cantará solo y en secreto, y otro para mi escarnio con el que se ganará el pan y una invitación a una copa. Porque seré prohibido, calumniado y hasta mi nombre será perseguido. Pero el cielito guardará la palabra justa que me nombre y entonces será relativa mi derrota, será contradanza.

Yo, Buenos Aires, te he dado la paz y la industria y ahora que me voy escucho detrás de mí a la anarquía corriendo porque la anarquía suena así, a ronda enloquecida que gira estúpidamente. Yo domé a la anarquía en el 29 después del fusilamiento del gobernador aquel verano, aquel otro diciembre de 1829, otro de esos calores porteños que arrastran. Fue un hecho tan amoral que no podía sino ser perfecto en su capacidad destructiva y fue para todos muy claro que las guitarras que se rasgaban

para elevar los cielitos enlutados a la memoria de Don Manuel Dorrego no hacían sino anticipar los cielitos enlutados que las guitarras iban a elevar años más tarde en honor de Don Juan Lavalle. Algo estaba terriblemente mal en ese acto, algo que olía a la presencia del mismísimo diablo metiendo la cola.

Me acuerdo del 29 cuando se levantaron los federales porteños y se reagruparon las milicias vencidas en Navarro para volver de vuelta. Yo he visto la campaña en armas: pueblitos de la provincia, criollos a caballos que llegaban desde Luján, Navarro, Lobos, Montes, Chascomús, y me reclamaban que me pusiera a la cabeza y reivindicase la sangre del fusilado porque se había derramado y era nuestra. Vendrían meses y meses de guerras. Y yo, que había lidiado con los ranqueles, casi que no pude con los unitarios ebrios de sangre, pertinaces, tan viscerales que sólo podían ser llamados salvajes como yo los llamé. Y si no hubiese sido por el favor y el coraje de los labradores y de los pastores y de los peones y hasta de los indios que galoparon conmigo, yo no hubiese podido con toda la furia desatada entre hermanos. Halperin Donghi dice que Buenos Aires estalló por el largo sitio al puerto y que fue una consecuencia, otra, de la guerra en la Provincia Oriental. Y dice el profesor que el trabajo era escaso y que era bajo el salario y que la seca había quemado los pastos y que la hacienda baguala caía vencida al jagüel, como en el famoso verso de Hernández. Puede ser, digo yo, pero también digo que el orden argentino estaba mal parido.

Lo que quiero decir, porteños, es que Buenos Aires no ha sido esa ciudad que les contaron y que, por debajo, aunque ahora estén entubados, los arroyos todavía corren porque ellos siempre vuelven porque, lo dijo el bardo, el mar siempre vence. Y a este río y a esta pampa hemos sido nosotros quienes las hemos defendido contra los ingleses. Nosotros, los hijos de la invicta Buenos Aires, con nuestras milicias, codo a codo con los compatriotas llegados más tarde desde todas las provincias para que la gloria sea de todos los argentinos, de todos los americanos. Y hemos vuelto a defender nuestros ríos y nuestras tierras contra los realistas, contra los franceses, contra los brasileños, contra todo los que han intentado someternos.

Solanas y Getino, en La hora de los hornos, definen al Buenos Aires de los años 60 como el epicentro de la política neocolonial. Una ciudad blanca en una América mestiza. Una ciudad crecida a expensas del país. Millones de habitantes, un millón de extranjeros, una ciudad apéndice de las grandes metrópolis donde un gaucho es tan exótico como en París, Londres o Nueva York. Ciudad de funcionarios de colonos, profesionales de colonos, administradores de colonos, intermediarios de colonos, capataces de colonos: el medio pelo. Yo digo que Solanas y Getino eran básicamente dos porteños de la izquierda nacional y que Buenos Aires nunca fue ni será Argel. Algunos creen que conviene el maniqueísmo de trabar el conflicto entre la ciudad y el resto del país como si fuesen dos lados, como si la ciudad fuese la ramera babilónica y el país profundo una espíritu telúrico, soberano y pastoril. Yo vengo a decir que no, que en el interior siempre hubo unitarios lo mismo que siempre hubo muchos federales en Buenos Aires. Aún más, digo que en el interior lo mismo se agachan ante un dólar que en Suipacha y Sarmiento. No hay lados puros, ni hay acá y allá, nada nos libera de la tarea de pensar y distinguir en cada momento y en cada lugar.

Porteños, aquí estoy, parado en el medio de la historia para decir que en nuestro gentilicio no están implícitos los intereses de nuestra oligarquía, que porteño y oligarca no son sinónimos. Que los hijos del pueblo de esta ciudad han creado su propio camino, sus propias expresiones, sus movimientos, y sus días heroicos. Que Buenos Aires y su historia deben estar en disputa porque de disputas está hecha y que en eso los maniqueísmos entre porteños malos y provincianos buenos son pavadas que no ayudan a comprender los actuales problemas argentinos. Buenos Aires está en el corazón de la independencia americana y a nadie conviene cuando de ella se desentiende.

¿Escuchan los ruidos? Es Buenos Aires que se debate entre la desesperación y el fuego, es el saqueo ¿Cuántos son los traidores que avanzan desde el norte y que entregarán los ríos? ¿Cuántos los que desde sus provincias han apoyado a los franceses y a los ingleses? ¿Cuántos los que prefieren vivir a orillas de un lago de agrotóxicos que renunciar al modelo sojero? ¿Cuántos los que votaron a Milei y la destrucción del estado nacional? ¿Cuántos los que han entregado la patria en el Congreso Nacional con tal de defender algún interés local? ¿Escuchan? ¿Cuántos los amigos que el cuatro de febrero de cualquier año me negarán tres veces?

Porteños, despójense de los mitos heredados, les presto mi nombre, ningún porteño nace mitrista. Vine aquí a recordarles las milicias de pardos y morenos, a traerles las voces de los hombres y mujeres de la revolución de los orilleros, los argumentos de los dorreguistas federales porteños contra los constitucionalistas rivadavianos. Yo mismo he dirigido una milicia bajo la orden de Dorrego para extender los dominios de Buenos Aires hacia el sur, expansivamente. Dorrego, que advertía que Buenos Aires nunca había necesitado de la administración general y que por el contrario ésta la perjudicaba y entorpecía su vida y la hacía concurrir con mucho más de lo que proporcionalmente le correspondía en todas las cargas, en numerario y gente para la guerra, pero que, a pesar de estas razones, creía en la convicción mayoritaria del pueblo porteño a favor de la Federación.

Es hora de volver a discutir Buenos Aires. Es el mejor aporte que podemos hacer al país. Buenos Aires debe contraerse, autolimitarse, y si logra autolimitarse de forma virtuosa significará que el desarrollo del país será verdaderamente federal. Mientras no lo haga seguirá desplazando la agenda federal con sus discusiones sobre el país televisadas desde Buenos Aires. Los porteños naturalizamos que la política en la que nos toca intervenir es la política nacional, pero en una de esas el federalismo no es que Teddy de Belgrano, o Romina de San Cristóbal, piensan en cómo industrializar Catamarca, sino en dejar que el debate político se exprese en forma, justamente, federal, y entonces suceda la magia de vernos obligados a leer y escuchar lo que dicen los santafecinos, los correntinos, los fueguinos, a debatir los asuntos argentinos con los argentinos de todas las provincias y no entre porteños para que nos miren desde el resto del país detrás de un vidrio mientras los obligamos a optar entre porteños al que les parezca el más federal de los porteños. Un día, mientras sigamos en esta, nos daremos cuenta que el país ya cambió de canal porque no resulta tan interesante ver a dos porteños discutiendo cómo industrializar Catamarca. Eso, me animo a decir, un poco ya está pasando y todavía no nos damos cuenta.

-XIV-

Nadie quiere discutir Buenos Aires porque en Buenos Aires lo qu se ha discutido siempre es el país. De la gente que vive en la ciudad casi nadie, muy poca, atiende a la política de la ciudad. No tiene punch. Los porteños extendemos toda nuestra acción política y social a los cuatro puntos cardinales y lo hacemos con las más sanas intenciones, la mejor formación académica y la más entusiasta de las voluntades. No estamos solos, vienen de todo el país, llegan de todas las provincias los compatriotas que vienen a tomar decisiones. Ministros, secretarios y subsecretarios, legisladores, jueces, fiscales, periodistas, banqueros, militares, médicos, técnicos de fútbol, modistos, modelos, empresarios, todos llegando a Buenos Aires para conducir un país.

La cultura política de la Ciudad de Buenos Aires, una ciudad politizada hasta la histeria, no existe, porque la cultura política de la ciudad es el centralismo. Desde un principio, Buenos Aires se proyectó sobre un mar de tierras y sus inmensas riquezas. El sueño del cerro de la plata animó a los fundadores y no hubo cerro ni plata, pero sí mucha tierra fértil, un paraíso para las vacas y para los terratenientes. Sede de los poderes españoles, de los poderes revolucionarios, de los poderes restauradores, de los poderes del orden y del comercio, de los poderes nacionales y extranjeros. Sede de los poderes, Buenos Aires, por decreto real, nació para mandar. La Ley de Federalización de Buenos Aires, corolario de la larga disputa sobre la organización nacional y el control de la aduana, separó a la ciudad de la provincia a la que dio nombre y dispuso que se rija como un principado del presidente, que delegaba la administración en un intendente.

Desde la federalización, y durante más de cien años, el régimen político de la ciudad fue errático. Según la época, el Congreso Nacional cumplía funciones legislativas municipales o se las cedía al Concejo Deliberante. La federalización castró a la ciudad, provocó el traslado definitivo de sus instituciones a la nueva capital provincial y dejó al pueblo que la habitaba con una soberanía limitada en la que no podía elegir a su propio gobierno local. La restricción democrática, que fue la base del proyecto liberal del voto calificado y de los fraudes, duró para los porteños hasta finales del siglo XX.

El centralismo, la federalización, la falta de una cultura política propia, aparecen como posibles explicaciones de por qué a los peronismos porteños, a todos los que queramos nombra o inventar; el cultural, el silvestre, el orgánico, el progre y el conservador; a todos y a cualquiera; la política de la ciudad le parece un asunto menor porque siempre lo será en relación con la política nacional. A nuestros adversarios, en cambio, gobernar la ciudad les importa y bastante. Los constituye y les da prestigio y sobre todo los exhibe como gestores de la modernización y del cosmopolitismo ante los ojos del resto del país. Pero a nosotros, los peronistas porteños, nos cuesta discutir la ciudad y nos parece que obtenemos poco eco cuando intentamos interpelar desde ese lugar. Sin una tradición local en la que sostenernos, el derrotismo es una narrativa que nos consuela porque por lo menos nos explica cuál es la fuente de nuestra impotencia: la ciudad es gorila. Es.

Uno de los mayores logros del primer peronismo fue terminar con las restricciones a la participación democrática del proyecto liberal. Nueve territorios nacionales fueron constituidos como provincias entre 1951 y 1955 y la población que vivía en ellos y que anteriormente no había podido votar sus

autoridades ni darse sus propias instituciones, durante la revolución nacional justicialista pudo hacerlo y de este modo incorporarse al debate federal. Sin embargo, en relación a la Ciudad de Buenos Aires, el peronismo actúo en un sentido opuesto, es decir, reforzando en ella a la autoridad central. Cuando Perón asumió la presidencia en 1946, la Ciudad no contaba con un órgano legislativo propio y estaba en debate la refuncionalización o no del Concejo Deliberante. En 1941, el Presidente Castillo había intervenido el Concejo y lo había reemplazado por una «Comisión Interventora de Vecinos», cuyos miembros eran nombrados por el Poder Ejecutivo Nacional. La intervención se fundamentó en la necesidad de sanear a la institución de su corrupción endémica. Posteriormente, en 1943, la Comisión Interventora de Vecinos fue disuelta y las funciones del Concejo Deliberante cedidas al Intendente.

Como dijimos, Perón sostuvo el control del poder ejecutivo sobre la ciudad y delegó las funciones municipales en el intendente, Emilio Siri, un médico de Mercedes, Provincia de Buenos Aires, que venía del radicalismo. El peronismo impulsó la sustitución del título de intendente por el de comisionado, porque esta palabra, "comisionado", expresaba la ausencia total de mandato ya que la idea de mandato implica el imperio de la voluntad popular. La función legislativa, en tanto, era ejercida por el Congreso de la Nación.

"Si bien el caso de Buenos Aires es particular, por ser la Capital Federal, la lógica delegativa se hacía presente también en el modo en que el peronismo encaró el gobierno de las principales capitales provinciales del país. Luego de la reforma de la Constitución Nacional de 1949, se instaba a las provincias a hacer lo propio para incorporar los nuevos principios constitucionales a sus cartas magnas. De este modo, por ejemplo, grandes ciudades como La Plata, Córdoba o Santa Fe pasaron a estructurar su gobierno de manera delegativa, aunque en este caso en relación a los poderes políticos provinciales" (Landau, 2013).

La idea centralizadora estaba en la Constitución del 53, en línea con la orientación de Juan Bautista Alberdi de avanzar hacia un centralismo simple y racional. En esa idea la ciudad es un ordenamiento urbanístico, no es el lugar de la actividad política de los ciudadanos. Es más alumbrado, barrido y limpieza que la sede del ejercicio de los derechos. Las grandes cuestiones sociales y humanistas que el peronismo se planteaba resolver, en la ciudad, el Poder Ejecutivo Nacional las atendía sin mediaciones.

Recién sobre lo que sería el final del primer peronismo, entre 1954 y 1955, durante la intendencia de Bernardo Gago, la Municipalidad fomentó la creación de juntas vecinales estructuradas alrededor de las sociedades de fomento y encabezadas por delegados municipales. En su discurso de asunción, el intendente Gago se comprometió a utilizar el valioso aporte de los directamente interesados, o sea, de los habitantes de la ciudad y sus organismos, abriendo la posibilidad de un gobierno participativo y comunitario. Perón, en una reunión con las sociedades de fomento, afirmó que éstas eran los entes naturales y lógicos de colaboración con el gobierno municipal y que había llegado el momento de descentralizar hacia los barrios el gobierno y la vida misma de la ciudad. En el discurso inaugural del 1er. Congreso Extraordinario de Sociedad de Fomento de la Ciudad de Buenos Aires, que se realizó en abril de 1954, Perón dijo que *"en el futuro la Intendencia Municipal pueda orientarse y formar con*

cada delegado de las comisiones de fomento de cada barrio, el verdadero Concejo Municipal que nos está faltando. Entonces, sí, probablemente tendríamos un buen Concejo para la municipalidad que representase los intereses municipales de cada uno de los sectores" (Acha, 2008). Esta experiencia no llegó a desarrollarse, el alzamiento cívico-militar interrumpió el ciclo peronista y abolió el conjunto de las libertades democráticas en 1955

El acercamiento a las sociedades de fomento y otras formas asociativas clásicas apuntaba a ampliar la red comunitaria del peronismo porteño que, de todas formas, por la fuerza y la profundidad de la revolución justicialista, existía y aunaba una densa cantidad de unidades básicas, sindicatos, cooperativas, y asociaciones. En la medida en que se alejaba del centro de la ciudad esta red tendía a buscar con mayor intensidad el apoyo del estado, porque representaba a barrios en formación o en proceso de consolidación, con mayores carencias que el centro de la ciudad, donde la realidad política era otra, más compleja y complicada, con múltiples capas, porque la revolución justicialista no era la primera revolución que había visto Buenos Aires ni mucho menos. Para 1946, Buenos Aires ya contaba con un entramado político y con la presencia de muchos partidos y tradiciones que ya habían forjado sus propias formas de asociativismo. Desde las sociedades de beneficiencia típicas del conservadurismo y la oligarquía hasta el movimiento cooperativo promovido por socialistas y comunistas, sin pasar de largo por los comités radicales y las múltiples organizaciones intermedias de signo religioso, predominantemente católico. El pueblo peronista las tenía muy bien identificadas a todas y fue a ellas que les dio *"leña y fuego"* durante los acontecimientos que siguieron a los atentados antiperonistas de 1953 y en las manifestaciones posteriores al bombardeo de junio de 1955.

Sin embargo, a pesar del peso y la importancia de todas sus tradiciones políticas, en la Ciudad de Buenos Aires la fórmula Perón-Quijano ganó en las elecciones a presidente del 24 de febrero de 1946. Perdió en Córdoba, en Corrientes, en San Luis y en San Juan, pero en la Capital Federal ganó y ganó por bastante diferencia, por un 53,8% de los votos que le garantizó los 68 electores del distrito para el Colegio Electoral. Y no fue un hecho aislado. En 1951 el peronismo volvió a ganar en la ciudad ampliando la ventaja a un 55,9 % de los votos. En esa ocasión sólo pierde, y ajustadamente, las legislativas en los barrios del primer tramo de la avenida Santa Fe y en una parte de Almagro y Caballito. En su regreso para las elecciones presidenciales de 1973, en la Ciudad de Buenos Aires Perón gana con más de 18 puntos de ventaja sobre la fórmula radical que quedó segunda.

Más allá de la intensidad de los grupos antiperonistas y de su indudable capacidad de irradiación cultural, Juan Domingo Perón fue un líder invicto entre los porteños, inclusive tomando la acepción más restrictiva del término, que limita el gentilicio a los habitantes de la Ciudad de Buenos Aires. Es cierto, corrió mucha agua bajo el puente desde 1945, inclusive desde 1973, tan cierto como que hablar de una *"naturaleza antiperonista"* resulta sencillamente injustificado. El punto de inflexión, en todo caso, fue en el año 1983, cuando la fórmula de la Unión Cívica Radical de Alfonsín-Martínez arrasó en la ciudad con el 71% de los votos contra el 20% de la fórmula peronista de Luder-Bittel. Es el comienzo de una saga histórica en la que el peronismo terminará por representar de una manera bastante estable más menos el 20% del electorado porteño.

La ciudad se ganó y se perdió. Pero no se perdió el 17 de octubre de 1945, el 17 de octubre de 1945 el peronismo ganó la Ciudad de Buenos Aires.

-XV-

El 24 de diciembre a la tarde ibamos a ir en familia a visitar a mi abuela al geriátrico. La cita era a las cuatro, pero al mediodía mi madre avisó que no llegaba a cocinar la cena, que pasaba la visita para el día siguiente. Mi hermana, unos minutos más tarde, también se bajó porque el ex, que había quedado en pasar a buscar a mi sobrino, no daba señales de vida, así que me avisó que no iba a poder ir a lo de la abuela y que se sumaba a la visita navideña con mamá. Yo recibía los llamados mientras me aburría bonachonamente sin decidirme entre sentarme a leer o ponerme a mirar series. Había estado toda la mañana en la Villa 31 acomodando mercadería y donaciones en la casa de una compañera, mientras Harry y Mariana atendían a los vecinos que se llevaban lo que podían y preguntaban invariablemente si ibamos a conseguir más cosas para año nuevo y si teníamos pensado volver con el roperito. La verdad que sabíamos ninguna de las dos cosas. Lo del ropero estaba complicado con la facultad cerrada. Los armarios de nuestros familiares ya habían sido saqueados y mi abuela, la otra, la que no estaba internada, todavía se quejaba por la expropiación sin indemnización de un abrigo de montaña que me llevé porque total cuando mi abuela iba a volver a la montaña con su condición de cadera, quebrada, y sobre todo con lo que cobraba de jubilación. En relación a la mercadería para año nuevo insistíamos en que había que movilizarse porque esa era la única garantía. Tenían que hablar con Paola, la dueña de la esa casa que funcionaba como local político y merendero, para estar al tanto de las novedades. Esa semana había un corte en la puerta de Desarrollo Social de la ciudad. Los funcionarios habían prometido cumplir con la entrega de una canasta navideña pero esa gente no solía cumplir si no sentían la presión de la calle. Los vecinos nos decían que ya habían hablado con Paola, pero que nosotros eramos los que traíamos las cosas. Nosotros nos apurábamos en refutar que no, que eso lo conseguían ellos organizándose, que nosotros sólo ibamos a dar una mano.

De la villa volví prácticamente insolado, pero después de la ducha y una pausa de vagancia ya estaba recompuesto y en condiciones de continuar y la idea de ir a ver a mi abuela me pareció mejor que seguir lagarteando porque siempre es mejor lagartear de a dos. Había sido un año difícil para mi abuela. Alfredo, uno de sus hijos, había muerto de un accidente cerebro-vascular fulminante. Tenía cuarenta y tres años. Un empleado lo encontró al final de la jornada sentando en un banco de la Estación Ministro Carranza del subte. El empleado les contó a los médicos que cuando lo tocó ya estaba frío y que parecía tranquilo, entregado a un sueño dulce. Todos temimos que para una anciana como mi abuela el impacto fuese insoportable, pero lo cierto es que no se la veía tan afectada. Algo corre con el tiempo y es como una anestesia. Se muere tanta gente en la vida y el dolor es un recurso finito, o lo era para mi abuela que nunca había sido una persona especialmente emocional. Se espera que la maternidad sea un estado de desgarramiento eterno y por eso la entereza de mi abuela nos resultaba perturbadora, casi que nos disgustaba.

En el geriátrico las visitas se realizaban en el jardín del fondo. Era una buena idea evitar el olor dulzón de los interiores de la casa, pero mi abuela, me comunicó la enfermera, no se sentía con ganas de salir a tomar aire y prefería recibirme en la sala común por lo que pasé al salón, un lugar sin alma, de paredes color crema y potus colgantes, en el que encontré a mi abuela en frente del televisor mirando un culebrón imposible. Mi abuela me saludo sin estridencias ni afectación, no creo que me esperara a mí ni a nadie, había aprendido a llevar su estado de asilo con rectitud y sobriedad. El culebrón

imposible era un enlatado mexicano en el que dos mujeres gemelas, una buena y una malvada, se enfrentaban a muerte por el amor de un macho recio y fecundador de jopo al spray y mandíbula cuadrada, o al menos eso fue lo que pude captar. Como el sopor me empezaba a hundir en el sillón se me ocurrió hacer una pregunta de catálogo que nunca antes le había hecho a mi abuela, una de esas que en algún momento todo nieto formula.

Abuela, ¿cómo se conocieron con el abuelo?

Mi abuela sin sacar la vista de la pantalla soltó un ¿eh? Que creo yo que es la interjección más desagradable de la lengua castellana. Es gutural, es poco amable, y para peor descuelga la mandíbula de una forma en la que la cara del emisor adquiere una expresión simiesca.

¿Eh?

De verdad no sabía nada sobre cómo había empezado ese matrimonio. Mi abuela y mi abuelo eran dos tomos completamente separados, era la materia oscura de la vida familiar. De mi abuelo José Jacobo tenía las semblanzas de sus hijos, un poco etéreas y un poco genéricas como necesariamente son los recuerdos con nuestros muertos queridos. Mi abuela no hablaba del pasado ni con rencor ni con malicia ni con nostalgia, ella era una mujer que hacía cosas. Tampoco le daba vueltas al futuro. La especulación no era lo suyo en ninguna de sus variantes. José Jacobo había muerto seis años antes de mi nacimiento por eso nunca los había visto juntos. Lo único que sabía sobre ellos era que sus temperamentos eran diametralmente diferentes y que el final de aquella relación había sido especialmente turbulento, con mi abuela marchándose del hogar conyugal dejando a los hijos al cuidado de la madre de mi abuelo, Rebeca, una polaca que se regocijó en el fracaso de un matrimonio al que condenó desde el primer momento por el hecho más que suficiente y maldito de que mi abuela no era judía. Pero eso había quedado muy atrás y más que atrás, debajo, y los involucrados, amigos, familiares y allegados, se iban muriendo en subtes, en habitaciones de hotel en el extranjero, en garajes, en impersonales salas hospitalarias, en la soledad de los baños en la madrugada, y con ellos iba muriendo la chance de rehacer la historia.

La televisión seguía sonando.

Saqué la vista de la pantalla y la miré durante unos segundos. Detrás de ella, en el ventanal, el verde fuerte de la luz de diciembre. Hubiese sido mucho mejor estar afuera, los dos sentados en el jardín.

Que cómo te conociste al abuelo.

¿Qué abuelo?

Mi abuelo, José Jacobo, el papá de mamá.

El día de las bombas conocí a tu abuelo.

¿Bombas?

El día del bombardeo en Plaza de Mayo.

¿El 16 de junio del 55?

Sí. Era junio.

Mi abuela cabeceó sin sacar la vista de la pantalla. Me gustaría decir que era una forma de contener o suspender la emoción, pero no, estaba mirando la novela con mucha concentración y yo la estaba importunando.

No lo puedo creer ¿En serio? Necesito saber más, abuela. Nunca nadie me lo había dicho.

No hay mucho más.

Pero si no me contaste nada, no sé, decime con quién estabas, qué hacías.

Con Alicia. Ibamos en el trolebus con Alicia, ibamos a trabajar, y de golpe bum, un ruido tremendo que casi nos deja sordas. Al rato bum, otra vez. Hasta que de golpe una explosión y algo que suena mucho más pesado, buuuuuuuum, y ahí se movió todo como si la tierra temblara, buuuuuuuum, quedó todo torcido. No entendíamos nada. No sabíamos qué estaba pasando y no sé cómo hice, pero le agarré la mano a Alicia y junté fuerza de no sé dónde y la arrastré hasta que logramos salir del tranvía. Pasé por encima de gente que gritaba y de otros que ya estaban muertos, que habían quedado muertos ahí. El chofer tenía la cabeza partida al medio.

Como un tomate.

No, nada que ver con un tomate.

¿Eso en Plaza de Mayo?

En el Ministerio de Economía.

¿Y Alicia estaba bien?

Si le pasaba algo a Alicia, mamá me mataba, así que no sé cómo, pero la saqué del coche aunque ya escuchaba nada, sólo veía. Alicia estaba inconsciente. En un momento pensé para mí: ésta está muerta. Pero tenía pulso. Lo sentí con los dedos porque estaba aturdida y encima enseguida cayó otra bomba que nos voló otra vez a las dos no sé cuántos metros. Cuando me recuperé Alicia estaba tirada más lejos que antes y no sé cómo pude porque todo me daba vueltas, pero vi un charco de sangre al lado del pie y me desesperé. Me puse a buscar como loca dónde estaba herida.

¿Y qué era?

Una esquirla le había sacado tres dedos del pie. Busqué los dedos y no los encontré, pero saqué fuerzas de donde no tenía y me aguanté hasta que llegamos al hospital. Me daba vueltas todo, pero aguanté.

No sabía que Alicia tenía tres dedos menos, es impresionante.

Tu abuelo hizo un gran trabajo con ese pie.

¿El abuelo se lo cosió?

Era el médico de la guardia y los heridos no paraban de llegar y como yo era enfermera recibida, era de la primera camada de la escuela de enfermeras de Evita yo, que en ese momento era la mejor escuela, eso hay que reconocerlo, le dije: doctor, yo me quedo y lo ayudo porque solo no va a poder. Esa guardia estaba desbordada y llegaba más gente todo el tiempo. Y así fue, me quedé toda la tarde ahí, un día de mucho trabajo, la gente llegaba herida, uno peor que el otro venían. Y fue ahí cuando me vio trabajando que tu abuelo me echó el ojo. Se enamoró. Después me ofreció trabajo como secretaria en su consultorio particular y después me confesó que apenas me vio pensó yo con esta me caso y tengo hijos.

¿Y vos?

No, yo no me enamoré, pero tu abuelo era un buen hombre y trabajábamos tan bien que en un momento ya lo quería. Mamá se puso firme porque le parecía que era un buen partido y tenía razón, era un buen partido, era un buen hombre, José.

Le seguí preguntando, quería saber cómo se siente el impacto de las bombas y la incertidumbre del momento, quería que me contara sobre el hospital y la clase de heridos que llegaban. Me resultaba asombroso que la historia le pasase por al lado sin que reparara en ella. Había estado en unos de esos acontecimientos que cambian una ciudad, un país, y no se le había ocurrido que era algo interesante para contarle a sus nietos. Lo mismo con lo de la escuela de enfermeras de Eva, aunque eso era más comprensible. Años más tarde descubrí que mi padre guardaba una foto de mi abuela al lado de Evita entre muchas otras mujeres muy jóvenes, todas vestidas de enfermeras, mi abuela los ojos muy brillantes, los labios muy llenos, a la derecha de Eva, pero sin mirar a Eva, sino a la cámara. Evita parece en la foto una figura insertada desde otra dimensión u otro tiempo, ya algo descarnada o es que acaso ya no podemos verla de otra forma que casi como a una santa. Lo cierto es que en ese gesto de Evita había algo ajeno y presente, muy poco común, esa es la mirada de Evita, contenta entre las enfermeras, mujeres a las que había preparado para la misión de mitigar los dolores del pueblo. Mi padre le había robado esa foto a su ex suegra porque en ella estaba Eva. Mi abuela nunca fue peronista, al contrario, siempre votaba a los radicales y era en el sentido profundo de la palabra gorila, porque su aversión por el peronismo era visceral más que de principios. Era una aversión estética y elemental y por eso mi padre se creyó asistido por el derecho justicialista para quedarse con la foto. El gorilismo de mi abuela era de acciones y no de palabras, ella era muy callada y esa reserva era su forma de estar, aunque en ese momento yo percibí que algo en ella había cedido y que se había adentrado en las aguas del trance. Así que no dudé y aproveché para preguntarle por qué votaba siempre a los radicales.

Por papi.

No sabía que había sido radical.

En el conventillo todos eran radicales.

Y así en una misma tarde me enteré del conventillo y de mi bisabuelo paraguayo, que había sido encerrado durante años en el armario genealógico familiar. Yo sabía que esa rama de mi familia había vivido en un conventillo en el barrio de La Boca, eso me lo había contado mi madre, pero no estaba al tanto de mi bisabuelo marino mercante, lo que tenía mucho sentido siendo del barrio de La Boca, y mucho menos sabía que se había muerto en un naufragio hacia finales de la década del treinta. Su barco se había hundido durante una tempestad cerca de la Isla Martín García. Fue noticia de tapa de todos los diarios, quince muertos, cero sobrevivientes.

La desgracia enlutó el vecindario durante semanas. Mi abuela hablaba más rápido y empezaba a parpadear más rápido sin sacar la mirada de la tele donde unos gauchos for export desplegaban destrezas de malambo. Mi abuela recordaba cómo de un solo golpe habían quedado huérfanos sus hermanos y ella y también muchos otros niñas y niños del colegio y de su calle. Se acordaba que los equipos de rescate tardaron en encontrar los cuerpos de los desaparecidos y que eso había intensificado el drama y el morbo de los diarios. Para peor, cuando los cuerpos fueron finalmente recuperados estaban todos menos el de su padre. Mi abuela estaba viendo otra vez la larga fila de los ataúdes ordenadamente dispuestos en el salón de los Bomberos Voluntarios de La Boca y veía también el jardín de coronas de flores que detrás de ellos se imponía con su verde congoja mientras los niños y las niñas vestidos de negro con moñas negras lloraban amargamente, todos menos ellos, todavía en agonía. Durante algunos días siguientes tuvieron que seguir recibiendo la visita de muchos periodistas que se acercaban al conventillo para hacer la nota sobre los chiquitos que aún esperaban a su papá, acaso con esperanzas, acaso desesperanzados. Mi abuela veía pasar, una vez más, el cortejo fúnebre que siguió al velatorio, la larga saga de carros lustrosos, a todos los muertos, los muertos amados y homenajeados, todos menos el de ella.

Muchos años más tarde, en el departamento que había sido de José Jacobo, encima del sillón blanco que presidía el living, yo vi colgado en la pared un cuadro de Quinquela Martín que solía mirar durante largos ratos. Como casi todos los cuadros de Quinquela era un paisaje del puerto de La Boca. Me gustaba ese cuadro porque yo me metía en los barcos, en los rostros de los muñequitos que cargaban paquetes, que hombreaban bolsas que eran todas diferentes e iguales, subiendo y bajando por las pasarelas del puerto al barco y del barco al puerto. Me gustaba meter la nariz en el cielo rojo y en el agua azul y negra y amarilla y cuando nadie me veía me gustaba tocar con las yemas de los dedos el pincelazo espeso que en un único movimiento dejaba un bote sobre el agua y después subir con el mismo dedo hasta el cielo nocturno blanco y azul y negro. Mi madre y mis tíos no me reprimían, por el contrario, estaban satisfechos que entre todos los cuadros de la casa yo estuviera obsesionado por ese, al que ellos también veneraban porque era luminoso, y sobre todo, porque era el último cuadro que había comprado mi abuelo.

José Jacobo se lo había comprado a Quinquela mano a mano. Los dos se conocían por la afición de mi abuelo a la pintura y por los vínculos de ambos con el socialismo. Mi abuelo había sido socialista desde esos tiempos en los que aparecía junto a otros estudiantes de medicina en La Vanguardia y hasta donde sé nunca cambió de ideas. Siendo en los hechos el administrador de un patrimonio compuesto

de numerosas propiedades inmuebles sentía, al igual que Quinquela, una hermandad cargada de idealismo hacia los proletarios, pero también un gran interés en el futuro, también como Quinquela. Es esa época, finales de los años cincuenta, comienzos de los sesenta, los artistas de Buenos Aires se animaban a ser parte de un futuro de formas puras y aventuras espaciales, de cinetismo y abstracciones, y había cuadros de esas escuelas en el departamento, pero a mí no podían atraerme entonces como lo hacen ahora e intuyo que a mi abuelo le pasaba lo mismo, que a pesar de su comprensión y entusiasmo por el arte nuevo, lo seguía emocionando de una manera mucho más íntima la vitalidad y la humanidad del Quinquela. Su obra se prestaba más a una personalidad sentimental como la suya y ese Quinquela que estaba colgado en el living de su casa había sido su ballena blanca, algo que perseguía y lo perseguía, algo que deseaba y lo amenazaba.

La tarde en que finalmente se concretó la compra del Quinquela, a la alegría de mi abuelo, que había tenido que pugnar con otros ofertantes, le siguió una cansadora discusión con Felisa, su madre polaca, que no quería destinar esa cantidad de dinero a un cuadro Yo sospecho que la polaca sospechaba, y sospecho que sospechaba bien, que su hijo compraba ese cuadro como otra forma de pensar en su ex mujer, la goy que había partido años atrás y a la que su hijo seguía amando con enfermiza melancolía. Cuando discutían de temas que no querían que los chicos entendieran seguían usando el yiddish, así que ninguno de los hermanos pudo saber cuál fue la palabra que hirió a mi abuelo, pero debió ser como un acero frío porque José Jacobo se paró de un impulso y tras dudar entre responder o no, se alejó de su madre sin encontrar las palabras o habiéndolas encontrado y callándolas, le dio un beso a cada uno de sus cuatro hijos y se fue dando un portazo. Se supo después que una vez en La Boca aceptó un café de Quinquela y que se quedó unos minutos charlando. Que parecía entre feliz y atribulado y que se disculpó varias veces por tener que irse tan intempestivamente. Que acomodó la pintura en la parte de atrás del auto y que lo vieron pasar rápido por Callao a la altura de la calle que entonces todavía se llamaba Charcas, y que hizo una maniobra brusca y dobló al límite de las posibilidades para desaparecer en la rampa del garaje de su edificio. Se supe después que estacionó en un movimiento brusco pero preciso en su cochera de siempre en la que fue encontrado muerto de un derrame cerebral fulminante pocas horas más tarde. Un mes más tarde, su madre, Felisa, también iba a morir, de culpa, en su cama.

Mi abuela conocía ese cuadro de Quinquela, pero no la conmovía ni le recordaba a nada en especial, ni siquiera al barrio al que retrataba, que era el suyo. Lo sé porque esa nochebuena se lo pregunté.

Se hizo la tardecita. Una enfermera corrió la cortina de la ventana que daba al parque y el ambiente de un momento a otro se opacó. La televisión, en cambio, siguió con su catódica composición línea sobre línea y en los ojos de mi abuela, en esos ojos reptilianos que han curado tantas heridas, que han asistido en tantos dolores, que siempre me parecieron tan serios, vi por primera vez el brillo de la niñez y no me miró, en ningún momento me miró, pero por primera vez dejó caer la vista de la pantalla en la que ahora línea tras línea los rayos catódicos componían a un señor con acento cordobés haciendo chistes. No me miró, posó la vista en algún lugar del suelo que se le presentó como un buen refugio y me dijo que un día, cuando ya los periodistas no los visitaban y el luto del barrio había cedido al bullicio de los días, su papi volvió y que era un cadáver hinchado, casi irreconocible. Lo vieron los boteros que trabajaban trayendo y llevando gente de la ciudad a la isla. En un principio quisieron creer

que era otra cosa pero no, era un cadáver que llegaba arrastrado por las aguas podridas, que había flotado desde el otro lado del río para entrar por la boca del riachuelo y meterse por última vez en el barrio, como si hubiese querido despedirse, dijo mi abuela, cediendo a un pensamiento poético que en el mismo momento en que lo pronuncia se le hace demasiado pesado.

-XVI-

Variaciones. Una misma melodía y variaciones. Variaciones armónicas, la disonancia y la distorsión viajando en el espacio y el tiempo. Variaciones en rojo. Variaciones nacionales. Variaciones rojonacionales, variaciones cristianas, variaciones revolucionarias. Variaciones cristianas al pimiento rojo nacional. Variaciones en blanco y negro, una fuga hacia la pureza última en la que todo podrá ser recomenzado, punto de llegada de la larga espera de una raza, de una clase, de un pueblo. Catarsis. Algo sucederá porque algo nos ha sucedido. Cambiar el ritmo, pero no la melodía. Estilos de interpretación. Trance de las variaciones.

¿Qué hubiese pasado si el adoctrinamiento peronista no hubiese sido interrumpido? Perón, dice: La doctrina justicialista pivotea, ese el verbo que elige, sobre una obra de gobierno y un pueblo organizado.

La obra realizada durante el primer peronismo, tal como preveía Perón, terminó por ser la auténtica escuela de los cuadros dirigentes formados durante la proscripción. Todo lo demás, las escuelas de formación, la obra escrita, incluso el comprensible desagrado por el culto a la personalidad de muchos trabajadores, se debilitó ante la dimensión de la entrega colonial y de la criminalidad antiperonista desatada. Bajo el terror de una dictadura que no se abstuvo de ninguna de las formas de la violencia florecieron los mil perones de la ausencia diseñados a gusto del consumidor, los perones fascistas, los perones centristas, los perones comunistas. Todos falsos pero no tanto, todos hechos de las necesidades y las ganas como esos amores de los antiguos caballeros andantes que por ausentes y lejanos son ideales y buenos para tributarles los mejores esfuerzos y aventuras. Contra la pedagogía de la violencia de los liberales de izquierda y de derecha, montada sobre niveles de infamia y censuras absurdos y sostenida con proscripción política, cárcel, tortura y fusilamientos, el pueblo peronista, y el no tan peronista, se replegó sobre la memoria y la oralidad más que sobre la obra escrita, que también existía y aún existe. Como defensa ante la violencia desatada el peronismo aluvional fue más aluvional que nunca.

Dije antes que los nacidos durante el proceso trajimos a nuestros padres de vuelta. Siguiendo con las exageraciones ahora digo que nuestros padres en su relación con los suyos, nuestros abuelos, fueron muchos más lejos. El rasgo distintivo de su generación fue el de entregar sus cuerpos para que algo nuevo y hermoso nazca y en ese afán redentor sus propios padres también tenían que morir, porque eran quienes habían forjado esa sociedad y los mayores defensores de su conservación. La revolución para nuestros padres no era una restauración ni una puesta en valor, a pesar de que por prepotencia argentina asumiera ese lenguaje y esos símbolos, y ese conflicto se hizo evidente en la relación parricida que muchos de ellos tuvieron (y tienen) con el mismo Perón. Para la generación de nuestros padres la palabra revolución significaba un afán redentor, pero también un orden antes del nuevo orden y nuestros abuelos se dieron cuenta pronto de que aquello iba mucho más lejos, iba más allá de una variación beat del peronismo. Algunos de sus padres habían sido peronistas originarios, por caso mi abuelo Vincenzo, que para hacer el peronismo habían empezado por renunciar las ideas del socialismo que habían traído de su tierra, habían querido seguir con Perón y no tenían ninguna gana

de volver al marxismo porque era precisamente de donde se habían ido. Fueron ellos mismos los que desde los sindicatos gritaron que esos pibes, sus hijos, eran bolches infiltrados.

Nuestros abuelos habían sobrevivido no a una guerra sino a dos o tres. El mundo había ardido ante sus ojos, literalmente, y desde las cenizas lo habían vuelto a levantar y ese nuevo orden además les parecía bastante exitoso porque todavía estamos en el período que se conoce como los treinta años gloriosos del capitalismo del siglo XX. Nuestros padres tenían muy buenas razones para rechazar las supuestas bondades de ese mundo del capitalismo y lo hicieron a fondo, con crítica económica y política, claro, pero también con crítica sexual y cultural que devino en una producción contracultural a la que le seguimos exprimiendo el jugo hasta el día de hoy. El mundo estaba que estallaba y ellos fueron a fondo. No todas las generaciones tienen un Schoklender que grite muerte a todos los padres y además lo ejecute. No todas las generaciones tienen un Manson que con los dedos remojados en sangre escriba en la pared del living de la fastuosa casa de sus víctimas *"cerdos"*. A partir de la segunda mitad de los sesenta los viejos se sintieron amenazados. En el *"Diario de la guerra del cerdo"*, novela publicada en 1969, Bioy escribe sobre unos sucesos que ocurren en Palermo, en las inmediaciones de la vieja penitenciaría donde cayó fusilado el General Valle, actual Parque Las Heras. En la novela los jóvenes empiezan a perseguir y matar a los viejos que, poco a poco, van asumiendo la situación y organizando la respuesta. La guerra de clases era también una guerra entre generaciones.

En esa guerra perdieron los jóvenes y en el 2001 nosotros trajimos de regreso a nuestros padres, pero no a todos, porque muchos quedaron en el río, en zanjas cavadas en parajes recónditos o con la cara hundida en el polvo al costado de la ruta, entregados a una terrible belleza, como la llamó John William Yates. Los irlandeses que hicieron nacer esa belleza terrible de la que hablaba Yates, tomaron Dublín en las pascuas de 1916 y fueron sumariamente ejecutados por los ingleses. Sin embargo, pocos años más tarde, el nacimiento de la República de Irlanda daría cuenta de que, en verdad, ellos, los mártires de las pascuas, habían ganado. El levantamiento de pascuas había sido el punto de partida indiscutido de una revolución victoriosa. Nuestros padres, en cambio, perdieron. Nuestros padres sobrevivientes y reventados devinieron en lo que probablemente haya sido la peor generación de padres de la historia. Cuando nosotros llegamos estaba todo roto porque ellos mismos estaban rotos. Hicieron un levantamiento de pascuas y perdieron y cuando la luz de la belleza terrible de la violencia política se desvaneció pudieron ver de frente al hechizo que maldice al mundo, pero ya no enfrente sino de su propio lado. Allí había envilecimiento y miserias, corrupción y entrega. Para ellos, los jóvenes de la segunda mitad de los sesenta y de los setenta llegaron los noventa y la consciencia de vivir en el triunfo de los otros y quizás hasta las buenas razones de ese desgarramiento y esa crisis con la autoridad. Después llegamos nosotros y garabateamos un millón de libros y documentales de boludos grandes que preguntamos papá, por qué, mamá, por qué.

Para mi padre el cliché de la infiltración bolchevique era parte de su humor. Ante cualquier problema doméstico inesperado, menor, decía cosas como mmm, yo acá percibo la mano negra de la subversión marxista, o cuando mis hermanas o yo decíamos algo subido de tono, nos apercibía por mancillar, ese era su verbo, la moral occidental y cristiana. Detrás del chiste (que ni en su origen había sido tan gracioso imagínense a la millonésima vez) asomaba la sombra puntiaguda de una amenaza que todavía era necesario desacralizar. Ese chiste venía de lejos, de la clandestinidad ¿Estaba ese pasado

remoto explicado en *"La Campaña del MNPRP (Movimiento Nacional Popular por el Retorno de Perón)?* De ese grupo una parte se había hecho peronista, otra había migrado al maoísmo y algunos se habían quedado nadando en aguas cruzadas hasta el final de los tiempos ¿Eran ellos parte de la infiltración? ¿Lo habían sido siempre? ¿Todo aquel que venía de otras lecturas, de otras experiencias, era, es, de alguna forma, por derecha o por izquierda, un infiltrado?

El infiltrado como personaje de otra época, un espía, alguien que se aproxima, que saca de su bolso herramientas y trabaja lo más calladamente posible en montar una canaleta que lleve el agua para otro molino. El infiltrado como un ingeniero. En la televisión de los ochenta todavía se podían ver latones de los años sesenta, series sobre el recontra espionaje y misiles siempre a punto de ser lanzados y muchos aborten la misión. esa línea de abierta y asumida infiltración bolchevique estuvieron los grupos trotskistas de Nahuel Moreno entre los cincuenta y los sesenta. También es cierto que la tiranía de Aramburu se ensañó con los comunistas apenas un poco menos que con los peronistas, lo que significa que también los censuró, encarceló, torturó y asesinó, y eso terminó por promover un cambio de situación de hecho entre militantes obreros de todas las corrientes políticas.

Pero entre infiltración e infiltración nació una narrativa mutante entre el ojo rojo del sucio trapo rojo y el ojo rojo del rojo federal. Y digo a dos ojos por decir lo menos, en realidad fue un mutante de decenas de ojos rojos, los ojos rojos le crecen como hongos porque en Buenos Aires hay tantos sincretismos como personas hay y la aceptación del sincretismo es una cualidad americana que en Buenos Aires hiperdesarrollamos. A mis trece años, era el año 1993, mientras buscaba otra cosa en el armario de mi padre encontré un maletín. Ahora en mi recuerdo vuelvo a la primera vez que saqué todos los objetos de aquel maletín y los vuelvo a observar con interés y con algo más de información. Ese maletín de cuero negro de mi padre era su cuarto propio dedicado al peronismo, su unidad básica bonsai, un espacio en el que la mirada y el tiempo de los otros quedaba afuera. En ese maletín de la época en que los hombres usaban maletines encontré *"El libro rojo de Perón",* una edición de bolsillo para bolsillos muy pequeños, un librito que casi que cabía en el dobladillo de un pantalón, un objeto hecho para ser escondido o pasado de mano en mano subrepticiamente.

"El libro rojo de Perón", editado por un tal A. Peña (¿Arturo Peña Lillo?), ofrecía un Perón recortado, fragmentado, tuneado, casi un videoclip para correr por izquierda a quien sea en la puerta de cualquier colegio o universidad y ponele que fábrica. Yo, por ejemplo, lo usé para resistir las avanzadas de los trotskistas en mi colegio y me había sido útil, algo de aire había podido lograr cuando me venían con los acuerdos petroleros o con la Triple A o con la admiración por Mussolini. Con El libro rojo, el fifty fifty y la quema de iglesias, a mis trece, catorce años, yo sentía que tenía las dos cartas que me permitían dominar cualquier maximalismo estudiantil.

Pero había más cosas en el maletín. Mi padre guardaba una edición de *"El Descamisado"* de febrero del 73 con un titular que decía *"En el Movimiento Peronista siempre hubo derecho a disentir"*. Una frase a la defensiva en la línea de *"los leales pueden disentir, los obsecuentes siempre traicionan",* de Dardo Cabo, que es mucho más lograda. *"Hemos verificado y comprobado en la práctica, todo el pueblo, que estábamos dispuestos a morir y hemos muerto".* Eso dice entre otras cosas el documento firmado por la conducción de Montoneros, Jotapé, Jotatepé y Jup. Y a mí, esa primera persona que

ha muerto y enuncia y que es la verbalización del que ha muerto y sigue viviendo en la lucha, me sigue pareciendo aún hoy después de tantos homenajes y museos, el elemento decisivo, el arrojo redentor que se puede cuestionar pero que es decisivo porque el que pone la vida pone en juego (otra vez, la redención de pascuas) vuelve a nacer cada vez que se lo nombra y tiene derecho a hablarnos desde la muerte y eso, compañeros, es el trance.

La infiltración por todos lados y el peronismo como la desconfianza organizada. Los dirigentes de la juventud de esa época se preguntan por qué leales los vandoristas si eran los traidores de hasta hace dos minutos y medio. Existe también la infiltración de la infiltración. Algo de eso dice Firmenich cuando habla del asesinato de Rucci, dice que tiene sospechas, información, algo que no puede contar. Cada quien una mancha, una impureza, una traición. Acá los compañeros realpolitik, media sonrisa en los labios, dicen, claro, es que la traición es parte necesaria de la política y se van por la estética de la traición a la pregunta sobre cómo se debe orquestar y cuándo se debe poner en escena. La traición se eleva al arte de la traición porque en la traición algo se sacrifica, es un momento dramático de la historia. Compañeros realpolitik, no sean golosos, recuerden que entre compañeros no debe haber traiciones y que esa es la Sexta Verdad Justicialista.

Volvamos al maletín, a lo que había en él. Uno, el libro rojo. Dos, la edición de *"El Descamisado".* Tres, una divisa punzó que dice *"Mueran los salvages unitarios Viva la Santa Federación".* Cuatro, un informe político escrito a mano en letra perito mercantil con clase de caligrafía dos veces por semana. El informe me resulta raro e interesante. Habla sobre las reformas en la Unión Soviética y algo sobre la socialdemocracia y los radicales, es un trance de unidad básica de principios de los ochenta. Cinco, una sentencia judicial que desestima una presentación de mi padre pretendiendo ser reconocido como exiliado forzoso, denunciando como destino de su exilio a una ciudad brasileña, estableciendo como período del exilio forzoso un lapso de tiempo en el que le habían nacido tres hijos, acá, en Buenos Aires. Mi padre había sobrevivido, había sido uno de aquellos, los relumbrados por la belleza terrible, pero había perdido y sobrevivido y entre sus pérdidas esa presentación judicial perdidosa. Seis, una foto de Eva Perón con mi abuela, su ex suegra, cuando era muy joven, en la Escuela de Enfermería de la Fundación Evita.

No hay otro destino que la variación, es parte del proceso de la genética, de la herencia y la adaptación. La derrota tiene entre sus consecuencias amargas la de avivar la pulsión por buscar chivos expiatorios y en eso estamos en estos comienzos de la década del 20. Los otros, los nuevos, los diferentes, siempre tienen más chance de ser los culpables, pero esa es otra faceta de esta misma discusión. Sobre aquella infiltración comunista, la de nuestros padres, se suele criticar con énfasis democrático su violencia, como si en la sociedad argentina de los setenta la violencia no hubiese estado por todos lados, trepada a todo el cuerpo social como un enredadera. La crítica a las formas puntuales de esa violencia es otra cosa, algo que sobre lo que se puede debatir.

Fogwill define como encanallamiento de la militancia revolucionaria al fulminante tránsito hacia la participación de los grupos armados en un mercado para el que había cuerpos que valían más y cuerpos que valían menos, cuerpos de empresarios que valían millones y que se ocultaban en las cárceles del pueblo y cuerpos que no valían nada y que eran daños colaterales. No es la violencia la

que equipara a los dos bandos, nada los equipara, en realidad, pero en donde existe el riesgo de mímesis es en las formas de la militarización, eso dice Fogwill. El problema de los grupos armados no fue la violencia sino la militarización que expresó otro montón de limitaciones políticas, que creo que Walsh sintetiza bien en sus cartas a la conducción de Montoneros y que podemos resumir en la palabra vanguardismo. El Proceso tuvo la inteligencia de instalar que estaba en una guerra contra la guerrilla cuando en realidad estaban ejecutando la guerra social de la oligarquía contra el pueblo argentino, una guerra extravagante en su delirio represivo. La oligarquía de Buenos Aires devenida burguesía diversificada fue su impulsora principal, una primus inter pares con los oligarcas diversificados de provincias, sus socios de toda la vida y parejos en responsabilidades. Y en el viaje se llevaron puesto todo, hasta a sus propios hijos, en toda la Argentina hay más de ciento cincuenta jugadores de rugby desaparecidos, porque el peronismo, ahora mutado a peroncho-comunismo, se había metido en la casa otra vez. La infiltración familiar.

Compañeros, yo en aquellos tiempos quería saber por qué y cómo funciona la lógica del infiltrado, porque eso me podía servir para el guion de Posadas, con su delirio del entrismo en el Partido Comunista para el desencadenamiento de la tercera guerra mundial.

Y una tarde que estaba en la facultad y hacía tiempo entre dos materias, se me ocurrió meterme, lo hacía seguido, en alguna de las salas de conferencias; el Aula Magna, el Auditorio, el Salón de Actos, el Salón Azul, el Salón Rojo. Era una tarde temprano, la luz llegaba débil por los ventanales que dan al río. A través de ellos podía ver en recuadro a la Villa 31 y sobre las casas el cielo duro color de plomo. La idea de hacer tiempo me puso a andar, me puse a caminar, empecé a buscar si había algo, alguna actividad para matar el rato, y no tardé mucho en encontrar entreabierta la puerta del Salón Azul.

Al fondo del salón, detrás de un escritorio de roble oscuro, un hombre muy bajo, muy blanco, de grandes ojos azules, poco pelo y muy lacio, muy fino el pelo, estaba entregado a un trance de voces. Las voces lo empujaban a denunciar de entre los prohombres de la patria quién había sido un buen cristiano, es decir un cristiano viejo, y quien un cristiano converso, un marrano, de eso iba la cosa. Hablaba y hablaba y hablaba. Su público eran ocho personas que permanecían atentas, la cabeza un poco inclinada, un poco perdidos por momentos pero presentes, aparentando seguir el hilo y aprobar, entender que le habían contado una historia falseada, que en realidad Cornelio Saavedra era un secesionista, un converso, que por el lado materno estaba lleno de sambenitos de inquisición sevillana porque los Saavedra venían de los Tarifa, que fueron quemados por judaizantes y además descendían de los Santa Cruz y todos los Santa Cruz eran conversos y lo demuestro en este libro, decía el hombrecito. Además, Saavedra no era una aristócrata, era un tendero, y un tendero no es un guerrero: es un tendero. Los tenderos son falsificadores, estafadores, se juntan con los escribanos, también conversos, eso lo tengo probado en mi libro, y se inventan títulos, letras, monedas, además los conversos prácticamente que invaden la España de Ultramar. Una invasión de gente. Invaden Buenos Aires, se quedan con el puerto, hacen plata y le van comprando los terrenos a los pobladores originales de la Ciudad de la Santísima Trinidad, que así se llamaba la ciudad que Pedro de Mendoza fundó Buenos Aires en 1536. Los que habían venido después con Garay en 1580 eran cristianos viejos, pero poco a poco fueron expulsados por los tenderos del puerto, cediendo solar a solar hasta que hacen de la Trinidad una ciudad conversa y como venían del puerto le empiezan a decir Buenos Aires.

Una de tantas estafas de los conversos en América donde se dedican a comprar títulos de nobleza, son todos comprados esos títulos que exhiben y también compran los hábitos militares, desplazan a la aristocracia, que eran los mejores entre los mejores, los fieles a España, y pasan a ser ellos, los conversos, prácticamente la oligarquía. En Chile, O'Higgins y Carreras, conversos. O'Higgins por parte materna. En Venezuela, Bolívar era converso, le dedico treinta y cinco páginas a la genealogía de Bolívar. Y para definir si es converso o no, no me baso en las definiciones mías, me baso en la definición oficial de España, que estableció por primera vez en el mundo los estatutos de limpieza de sangre, quinientos años antes que Hitler. Todos los conversos se pueden identificar por el odio visceral hacia todo lo español, que un republicano español, por ejemplo, jamás tendría, un odio de matar, el odio de Bolívar, de San Martín. San Martín que es el único del que no tengo pruebas, aunque tengo fuertes indicios que me llevan a tener la íntima convicción de que era converso.

Rivanera Carles siguió hablando, pero yo lo solté, lo dejé ir por el salón azul, todo azul. La música de pasos empezó a sonar, esta vez no eran las hordas anarcobolcheviques sino el cambio de hora. La gente empezaba a circular por la facultad buscando un aula, despidiéndose, yendo a mear al baño. Todo azulado el salón. Los Alvear, la genealogía de una familia, rama materna, rama paterna, está en el libro, miren los detalles de la vieja casa de los Alvear, las estrellas de seis puntas. Los conversos, a la mayoría se los reconoce por el fenotipo.

¿En qué barrio vivirá este tipo? Aunque suene raro, eso fue lo que pensé. Después me puse de pie y me fui de ahí, antes de que se dieran cuenta que yo ahí era un infiltrado.

-XVII-

Estábamos en San Telmo, el hombre empezó a hablar. A la flaca no la vimos nunca más, dijo, y apenas terminó esa frase yo vi en sus ojos, y por primera vez en mi vida, la densidad del subsuelo.

La mujer a su lado miraba el piso y respiraba pesado. Sus hijos, calladísimos, no se movieron de la mesa. La mujer dijo: Yo no sé por qué me pasa esto a mí, por qué Dios me hace pasar por esto. Hubo un largo silencio. Mi padre tomó las manos de la mujer entre las suyas. El hombre retomó la palabra. Al principio había sido una puntada, la nena se tocó un poco arriba de la cintura, la habían operado del apéndice hacía poco, debe ser eso, pensamos, ella dijo es una puntada acá, mami, y no podía moverse, así horas, entonces yo le dije a mami, mami que los chicos se cocinen algo, pero a esta nena la tenemos que llevar acá al hospital, entonces fuimos los tres y creo que estuvimos como dos horas ahí, con la flaca que estaba en un grito y nadie nos daba bola, pasaban los doctores, doctores había, pero no nos daban bola, entonces yo no me aguanté más.

El hombre con su cara inmensa y roja intentó contener unas lágrimas y en el esfuerzo soltó un sonido ahogado.

Yo tenía diez años, era una mañana gris, y me habían arrancado de la cama para subirme a un auto, hacerme bajar en una confitería y luego cargarme un paquete con una pasta frola y dos docenas de facturas. Llegamos a una casa de dos pisos en San Telmo, un barrio que entonces no tenía ni colores ni promesas ni turistas ni buena onda. La casa era antigua, tenía una puerta a la calle de dos hojas, alta, que parecía estar siempre abierta y las escaleras de mármol empinadas con los filos de los escalones gastados y rotos. En los pasillos muchos afiches del Frente Amplio que me gustaron por sus estrellas de cinco puntas y sus soles orientales. Mi padre me contó que eran de políticos uruguayos y que más o menos la mitad de los que vivían en esa casa tomada eran uruguayos. Golpeamos la puerta, nos esperaban. Al entrar los chicos nos miraron calladísimos, los adultos se pusieron a hablar enseguida sobre el norte porque ellos eran salteños. Mi padre, me daba cuanta, hacía un esfuerzo por que la conversación caminara. Comimos facturas y pasta frola, me ofrecieron mate, me preguntaron de qué cuadro era, esas cosas que siempre les preguntan a los chicos. No los conocía y mi padre no me había prevenido de nada. En un momento el hombre había empezado a hablar sobre una nena, un dolor agudo y un hospital y se había quebrado, después retomó la historia.

Entonces me fui a buscar a los doctores y les dije que tenían que hacer algo y recién ahí me dijeron bueno, tráigala a la nena, vamos a ver qué pasa. Entonces yo volví y casi que la tuve que alzar en brazos, estaba hecha un planta, sin fuerza ni nada, tan flaquita, me parece mentira que esa fue la última vez que la vi, porque después que cruzó la puerta ya no la vi más a la nena, y ella, que estaba conmigo, desde el principio sintió algo, pero no hablaba, ella es callada, pero el tiempo iba pasando, pasaron como tres horas, y nada, ninguna novedad, y ella me aprieta la mano fuerte, nada más, y yo ya sabía, y no me aguanté y fui, entonces me dijeron que la habían llevado a operar porque había tenido una complicación de la operación anterior, por eso la nueva operación, pero llevaba mucho tiempo ahí adentro, me respondieron que no, que era el normal, que me iban a avisar apenas pudiera verla, entonces me volví y le dije a ella lo que me habían dicho y ella me dijo no sé, no sé, tardan

mucho, y miraba la puerta que a veces se abría pero siempre eran otros los que salían y así siguieron pasando las horas y ya no aguantábamos más, era insoportable, además los chicos acá, solos, que ellos se manejan, pero igual, no me quedó otra que ir por tercera vez y me dijeron que me quedase tranquilo que nos tenían en cuenta pero que estaban con muchas cosas, que apenas estuviese todo listo iban a salir a decirnos, pero yo ya no les creía, la doctora era una nueva, no era la misma, y se dio cuenta de mis nervios y me puso una mano sobre la mano y me dijo ya ya, usted no se preocupe, estas cosas llevan tiempo, ya la van a poder ver, y me volví a sentar y le dije: negra, esto viene para largo, pero al rato salieron y nos hicieron pasar a una piecita, un doctor estaba ahí sentado detrás del escritorio, no lo habíamos visto antes ni habíamos hablado nunca, pero ahí fue que nos dijo. Qué sé yo. No sé qué pasó en ese momento, fue como un mareo, un dolor de panza, como que las cosas ya no están quietas, se mueve todo, dan ganas de vomitar pero no vomitas, y ahí escucho la voz de ella que me dice que quería verla, y le digo al doctor que queríamos verla, y el tipo como que se incomodó, se acomodó en la silla, todo paradito, y dice que todavía no se podía, por los papeles, los trámites, pero a ella ya no le importaba nada, y empezó a gritar que quería verla y el tipo como asustado por los gritos se va rápido pero al rato aparecieron otros dos, un hombre que parecía camillero, una señora que parecía monja, pero era doctora y hablaba todo despacito y nos dijo que podíamos bajar pero que en realidad no se podía, que era una cosa porque ella estaba muy mal pero que tenía que ser cortito, y entonces fuimos pasillos y pasillos y pasillos, ya sería de noche, noche tarde, y llegamos a la morgue y el hombre entró y parecía un sueño eso de estar esperando en la morgue para ver a la flaca, yo la había llevado en brazos y estaba tibia, pero salió, cuando vi la camilla, la sábana blanca, pensé en ella, que no iba a aguantar, que le iba a dar una crisis o algo, era la mayor, pero no, al contrario, yo no podía pero ella la destapó, la acarició, y como de la nada, en una caricia, le levantó los párpados, y ahí vimos los ojos que no estaban, los huecos, los ojos que eran todo hueco, todo hueco.

Yo me imaginé a la flaca en una barca, entre ramos de cipreses, perfumada, en cada ojo una moneda para pagarle al barquero por el descenso a la ciudad de los muertos. Lo había leído poco tiempo atrás, así se iban los muertos en Roma. Para entonces yo ya tenía una larga experiencia en reuniones y trances y pude reconocer el fenómeno que sucedía ante mis ojos. Ese hombre que había hablado y que ahora ya no podía hablar más porque estaba muy nervioso, había contado algo sin meditarlo, siendo fiel a los recuerdos que iban llegando como podían, desmarañados. Se había dejado encontrar por las palabras, no las había elegido. Era un trance diferente, sin embargo, alejado de las visiones del futuro que siempre estaban en los discursos políticos que estaba acostumbrado a oír. Ese hombre buscaba a tientas una línea, una señal, que lo sacase del subsuelo, ese lugar que habitaba y no lograba comprender.

Pocos días después, en uno de esos programas de noticias de desayuno, Carlos Grosso, el intendente de la ciudad, hablaba sobre el tema. Aseguraba que en el hospital habían actuado con absoluta idoneidad médica. La chica se había infectado, estaba inflamada, tuvo un paro cardíaco y termina muriendo por bronconeumonía, lo que es absolutamente normal y consecuencia del proceso como sabe cualquier médico.

Grosso acusaba a los abogados. El representante de la familia se había enterado de forma ilícita porque actuaba en connivencia con el personal administrativo del hospital que le mandaba clientes.

Después contó que la chica había sido atendida unos meses antes en el mismo hospital por heridas de arma blanca que le había producido el padre, que había sido encontrado en estado de ebriedad por la policía y luego detenido. Grosso acusó a un político desaprensivo, que no identificó, al que acusaba de ser capaz de cualquier cosa, hasta de denunciar a un hospital público con tal de sacar ganancia en una interna política.

Yo miré a mi padre buscando una explicación, pero se mantuvo impasible. Siguió viendo las noticias, terminó su café, me dio un beso y se fue. Unos días más tardes le pregunté qué había pasado con la familia y la historia de la chica. Le dieron guita para que se callen, el tipo es un borracho, me respondió. Le pregunté si sabía que habían hecho con los ojos. Qué ojos, me respondió.

Lo de los ojos lo había escuchado solamente yo. Como en una ensoñación había cabeceado ligeramente y me había pasado de carril. Así es el pasaje al subsuelo.

El subsuelo. Aún no sé si es un espacio o una forma inasible que se cuela por los orificios, que se mete junto con las palabras y sus confusiones o si va en los humores corporales como la miasma o si es una dimensión o un plano; lo que sí puedo asegurar es que una vez que la información del subsuelo se mete en tu cuerpo, el descenso es irrefrenable y te arrastra al trance.

Son tantas las escaleras como mujeres y hombres hay en la ciudad.

Subsuelo de los cadáveres.

Subsuelo de los mundos submersos, reflejos, adversos.

Subsuelo, ruinas.

Subsuelo, calabozos.

Subsuelo. Satanowsky.

¿Sabes que justo acá abajo torturaron a mi viejo? Mi amigo parado debajo de una autopista, vestido de futbolista porque recién terminábamos de jugar un partido a dos cuadras de ahí. Yo no lo sabía, pero no me sorprendió. Miré hacia abajo, no se veía nada. Era el año noventa y nueve.

Subsuelo. Túneles entre la ciudad y el puerto. Contabilidad paralela y clandestina, registro de viejos comerciantes, almacenes de mercancías donde la riqueza de los porteños se endulza como la miel en el panal.

Ezequiel Caraguel, el urbanista, me había dicho una vez que para entender una ciudad convenía verla desde arriba porque desde arriba se ve el plano puro y que, aunque nadie suele deparar en eso, el subsuelo es entre todas las construcciones la que más fiel suele mantenerse a la versión original del proyecto. Ezequiel Caraguel era muy amigo de Camila, habían ido al secundario juntos, y ahora es un reconocido urbanista, pero en aquel tiempo recién empezaba a ser un meticuloso estudiante de arquitectura. Ezequiel trabajaba en el estudio de su padre, arquitecto también, muy prestigioso, uno de la Generación del Sesenta. En el estudio Ezequiel se encargaba de modelado y base de datos,

manejaba los programas que existían por entonces que eran más limitados, aunque ya bastante eficientes. Me acuerdo de él por esto que les contaba, que en un momento lo había llevado a proyectar un paper sobre los subsuelos de los edificios racionalistas de la ciudad, una idea que terminó por dejar de lado para estudiar un momento específico del racionalismo argentino, su progresiva desaparición durante el apogeo del llamado estilo internacional.

A Ezequiel le interesaba eso, el racionalismo como proyecto interrumpido e inacabado, yo le seguía la corriente porque el tema era interesante y también para preguntarle en algún momento sobre el otro lado, sobre eso que yo llamaba la compensación esotérica. Su abuelo y su padre eran reconocidos masones, en cambio él decía que no lo era y que no iba a serlo jamás, no sé qué será de esa convicción en la actualidad. Ezequiel me caía bien, hablando con él entendí lo que era el racionalismo y conocí sobre sus mejores exponentes, aunque fuera para olvidarlo poco más tarde. Sobre la logia, en cambio, nunca pude sacarle nada. No me interesaba saber cómo funcionaba o quiénes eran o habían sido masones, lo que me interesaba era entender por qué al final del día los racionalistas necesitaban vincularse con lo sagrado y oscuro, lo mismo lo mismo que el supuestamente más crédulo y rudimentario de los campesinos. Ezequiel me decía que no sabía pero que la fe es un don.

Ezequiel, que era un hombre de una belleza pálida impresionante, estaba enamorado de Camila y eso a mí no me molestaba. El suyo era un amor desplazado porque el diálogo entre ellos se había artículado en un plano demasiado intelectual. Camila lo recibía con frecuencia en la casa de su familia en Palermo Viejo, un castillo irlandés pequeño pequeño con un jardín delantero verde y exuberante. A veces coincidíamos los tres y la dinámica en esos encuentros era que Camila y yo hablábamos y él le respondía casi siempre a Camila y alguna vez me respondía a mí. Era así porque yo no le generaba ninguna curiosidad, creo que inclusive le caía mal, y por eso nunca avanzaba gran cosa, me contaba nada más que lo básico, lo del gran ojo, la escuadra y el compás, los grados, los rituales, esas cosas que sabe cualquiera que se interesa un mínimo en la masonería. Yo le dije que tenía muy presente lo que había escrito Roberto Arlt en su monografía sobre las ciencias ocultas en la Ciudad de Buenos Aires, que no sería extraño que estas sociedades, por su organización y su potencia, llegaran a gobernar el país. Arlt hablaba sobre Teosofía y eso es otra cosa, me refutó, los masones ya gobernaron el país muchas veces, dijo para completar. Camila comentó lo que decía Trotsky sobre Rasputín, a cuento de cómo funciona esa articulación entre el la superficie y el subsuelo. En época en la que el proyecto político está agotado como Trotsky pensaba que estaba acabado el absolutismo en Rusia, lo esotérico surge como la única orientación espiritual posible. O algo así creo que dice, relativizo Camila antes de continuar. Rasputín, el monje, era la encarnación de la oscuridad de una era, la condensación de una impotencia histórica, la del proyecto zarista, entonces no es el monje el que hace a la oscuridad sino la oscuridad la que hace al monje.

Yo creo que conviene separar el sueño de vigilia, cerró Ezequiel.

Ah, pero qué con la información del ensueño, preguntó Camila.

¿A qué llamás ensueño? Preguntó Ezequiel, de golpe muy atento.

Y Camila, que sabía desde antes que iba a responder con esa pregunta, no tardó dos segundos en extender su mano para señalar con su dedo el bajo relieve de unos trísqueles tallados que adornaban los muros exteriores del castillo irlandés pequeño pequeño, los trísqueles que eran unos símbolos de tres espirales unidos por un centro.

Pero no sé si Ezequiel entendió. Buena parte de la gente, buena parte del tiempo, prefiere no mirar para no ver, por eso la secta perversa que vivía en el inframundo del centro porteño era una secta de ciegos, por eso el escritor que bajó al sótano de una casa en Constitución y lo vio todo y uno, se quedó ciego. Y si bien ya dije que no sé si el subsuelo es un lugar, una idea, una herencia o una dimensión, sí sé que una de las características de los subsuelos es que no quieren ser vistos o al menos no quieren ser vistos a primera vista y por cualquiera.

Cuerpo, mente y espíritu. Pasado, presente, y futuro, le explicó Camila a Ezequiel, lo que era para ella el trisquel, dimensiones cruzadas, como en el trance, como en el mito, como en el ensueño.

Pero Ezequiel no entendió.

En el símbolo de poder está el poder, eso es tan antiguo como la discusión sobre si es uno, es dos o es tres, abundó Camila.

Pero Ezequiel no quiso ver.

Continuamos.

Subsuelo, sotto governo.

Una baticueva en una isla del Pacífico, filas y filas de computadoras, salas de reuniones, comedores, microcine, oficinas y mantenimiento. Un cuartel. Una máquina de control. Eduardo Nevado esconde dentro de un cubo rubik una ficha con las pruebas de que los datos de todos los usuarios de internet, absolutamente todos, están siendo robados. Toda la actividad se analiza, se trabaja con ella, se procesan los datos, se obtienen patrones, se disciplina, se manipula y también se mejoran los servicios que internet ofrece a los usuarios. Para salir con esa ficha en su bolsillo, Eduardo había jugado durante meses al rubik y había logrado mejorar muchísimo. Los guardias de seguridad habían visto su progreso y lo alentaban. Era Eduardo Nevado, el loquito del cubo, alguien inofensivo.

El aparato de seguridad es un punto ciego de la democracia. En particular la vigilancia de datos funciona como una inmensa caja negra, una oscuridad que registra, un regulador tácito, una perversión sobre las perversiones. El monitor se alimenta con la miseria humana, la registra, la pone en un tupper y llegado el momento la recalienta y la sirve en la mesa de la increíblemente vigente prisión moral. Es una red oscura, es una red profunda que deja jugar a la sociedad coimeada y coimeadora, drogada y drogadizante, prostituida y prostituyente, conspiradora y conspiranoica: la sociedad de las vidas secretas. Los nuevos servicios censores y sus terminales periodísticas están todos subidísimos en guiones de fantasías realpolitik en los que hoy son reventadores y mañana serán reventados, en los que hoy son los infiltrados y mañana los Infiltradísimos porque el que a hierro mata a hierro termina.

Eduardo Nevado se exilió por nosotros, cordero de Dios, y antes de subir a un avión hacia el frío ruso nos dijo: no hay ojo más perverso que el ojo que todo lo mira.

Subsuelo. Centro de llamadas. Muchachos que no son los más listos de la clase siendo ingeniosos en X-pajarito piador, jugando a los gnomos y las larvas de moscardones, rodeados de cajas de pizzas vacías, cigarrillos, cocaína y cocacolas y viendo el sexo de los otros. Un día estás de un lado y al día siguiente ya estás del otro y querés borrar con la mano lo que escribiste con el codo, pero no se puede, la marca del servicio te seguirá como un estigma, es un club que no se abandona tan fácil. No te diste cuenta y ya no estás en condiciones de salir. El subsuelo es un desplazamiento rápido en cámara lenta.

Subsuelo, financiamiento de la política. De derecha a izquierda, no se salva nadie. Los argentinos son todos chorros dijo un presidente uruguayo y se puso a llorar: mi mamá era argentina, soltó entre pucheros. Cajas, cajas chicas, cajas fuertes, cajones, bóvedas, bolsos, bolsones, sobres, transferencias. Un sistema político financiado por el subsuelo. La democracia financiada por el subsuelo.

Subsuelo, Palacio. Pasillos. Tribunales. Comodoro Py. La Corte Suprema de Justicia de la Nación. Puertas que no van a ningún lado. Ascensoristas. Escaleras que no suben porque solo bajan. Un parque de diversiones para inversores con recursos. Servicios, servilletas, gente para todo servicio. El paraíso de la realpolitik. Clase media que se enriquece porque puede.

Subsuelo, subte. Asbesto, mineral aislante del calor, la electricidad y el sonido. Asbestosis.

Subsuelo, billetera web. Ahora también podés blanquear tus dólares aquí.

Subsuelo, blue. Dólares para el blanqueo por venir.

Subsuelo, mazmorra.

Yo también te quiero negar, subsuelo. Quiero volver a tapar con un pañuelo el revólver en el cajón de la mesa de luz de mi padre y abrir las tres trabas que siempre cerraban nuestra puerta a la calle y volver a la posición horizontal la llave que teníamos que poner vertical en la cerradura. Quiero no preguntarme por qué esa tarde mi padre pasó a buscarme por el colegio después de que lo habíamos tomado durante toda la noche para pedir más presupuesto al gobierno de la ciudad. Me sorprendió verlo en la puerta porque no pasaba nunca a buscarme y más me sorprendió cuando alzando la mano me señaló con el dedo un balcón del otro lado de la avenida Rivadavia y me dijo cuídense que desde ahí los están mirando.

Y con frecuencia logro negarte.

Esa tarde en el castillo irlandés pequeño pequeño mientras Ezequiel le hablaba a Camila de líneas puras y ángulos rectos y no sé qué, me quedé mirando a Camila que escuchaba atentamente y fue como verla por primera vez con sus cabellos castaños echados hacia atrás que le daban un aire de cariátide clásica entre el verde de los helechos y las madreselvas. Ella se dio cuenta y me dedicó una breve sonrisa y me tocó con uno de sus pies descalzos por debajo de la mesa y yo también estaba descalzo porque el pasto estaba fresco y húmedo. Por debajo nuestro, a pocos metros, por debajo de

los subsuelos y los túneles, pasaba el arroyo que daba al río que se confundía con el mar. Al final todo hace parte. Las aguas claras y las aguas grises, todas, sin importar el entubamiento ni la calidad de la obra y su material, finalmente corren y se van, pero el problema es para el que elige tomar de ellas, que fatalmente se enferma por no hay hígado que soporte tanta mierda.

-XVIII-

Cuando llegué la ciudad ya estaba rota y nada funcionaba. Bachelard, el filósofo francés, sostiene que en nuestra primera casa quedan alojados los recuerdos de la edad de la pureza y que por eso siempre estamos volviendo a ella en sueños y evocaciones, inventando y reinventando un lenguaje elemental. Pero qué pasa cuando no se tiene esa casa arquetípica, ¿adónde se va? Yo vuelvo en sueños a la ciudad de los ochenta. Y sé muy bien que distorsiono la escala y le doy unos colores que son otros, más cálidos, pero qué importa, si hace tanto que esas impresiones se emanciparon de las funciones del aparato ocular y que yo he hecho con ellas otra cosa, algo más que nuevo, prístino, algo original que me ha llegado más tarde. Los ochenta son un calor y una música, algo que llega en fragmentos. No hay prosa ni camino por el que recobrar el tiempo perdido, más bien hay fotos, polaroids, clips y videoclips.

En mis ochenta hay peronismo y peronistas, porque esa era mi tribu, ahí estaban mis amigas y amigos del mundo de los grandes, personas muy diferentes entre sí, de diferentes edades, unidas por la lealtad (aprendí rápido la palabra) al general de los afiches, que a veces iba vestido de militar (de los buenos) y otras con trajes puntillados, sonriendo y levantando las dos manos bien alto para ocupar todo el espacio posible. Tantas horas de Unidad Básica y reuniones y trances, me hicieron comprender muy temprano y con mucha naturalidad que había peronistas muy diferentes y que no se caían bien entre ellos y que, aún más, se detestaban. Los adultos en general no se llevaban bien entre ellos casi nunca. Lo mismo pasaba entre mis tíos, entre los amigos de mis padres y entre mis padres, separados poco tiempo antes, que se querían y eran amigos, pero a mí me parecía que no se llevaban realmente bien. Mi padre, por ejemplo, decía que los compañeros de mi madre, de la Unidad Básica Licurgo, Circunscripción Electoral N°19, Capital Federal, eran unos fascistas. Mi madre decía que los renovadores a los que apoyaba mi padre se parecían cada vez más a los radicales mientras que ellos nunca habían cambiado, eran lo de siempre, peronistas de Perón. En la Unidad Básica de mi madre se hablaba bastante de los renovadores. Una vez escuché a un compañero decir que detrás de Cafiero se escondían los mismos zurdos de siempre

¿Zurdos?

Le pregunté a mi madre por qué zurdos y me respondió porque son de izquierda, como los comunistas ¿Y quiénes eran los comunistas? Unos autoritarios que no te dejan elegir tu vida ni te dejan elegir qué comprar y qué usar ¿Cómo que no podés comprar lo que querés? Mi madre me dijo que así era, que había países comunistas en los que no se podía votar, no se podía viajar, todo el mundo tenía que usar lo mismo, las mismas sábanas, las mismas toallas, la misma ropa, inclusive comer la misma comida. De todo lo que me contó, lo de comer todos los días la misma comida me pareció pésima idea, en cambio lo de las sábanas y las toallas no me afectó. Yo iba y venía entre la casa de mis abuelos y las de mis tíos y a veces hasta la de mis tíos abuelos además del ping pong básico entre lo de mi padre y lo de mi madre, o sea, cambiaba mucho de cama. Más me convenía no desarrollar un gusto muy exigente respecto de la ropa blanca. En relación a la vestimenta mi madre era bastante comunista porque ella elegía por mí, sobre todo en invierno cuando me ponía unos pulóveres de lana pesada a pesar de mis quejas por lo mucho que me picaban y me picaban hasta la desesperación. En cuanto a

eso de que los renovadores fueran comunistas también me pareció muy raro ¿Mi padre y sus amigos, comunistas? Me resultó imposible. Si eran muy peronistas. Se la pasaban hablando de eso más o menos lo mismo que los amigos de mi madre. Si se conocieran seguro podían charlar sobre cómo hacer política.

Los ochenta me llegan en fragmentos, así los recuerdo, ahora cómo se recordaba en los ochenta, esa es otra cuestión. A la distancia me parece que se recordaba con una enorme dificultad, al menos entre mis adultos de referencia. Mi padre recordaba cosas que mi madre negaba que hubiesen ocurrido, por ejemplo, su lucha clandestina contra la dictadura. Fue en esos años que escuché a mi padre hablar por primera vez de sus misiones montoneras en las fronteras con Brasil y fue también por entonces que obtuvo su primera negativa de reconocimiento a su status de exiliado político mediante ese pronunciamiento judicial que encontré años más tarde en su maletín. Para mi madre durante todos esos años sólo había habido partos y puerperios, maternidad non-stop, y nada de resistencia clandestina. Eso era una mentira, otra más, de mi padre, decía mi madre comprensivamente, sin mala leche. Ya sea por cuestiones políticas, por el reciente divorcio, o por el aceleramiento más general de los acontecimientos, todo lo de los años inmediatos, los de la dictadura, parecía confundirse en un relato sobre el que no podían ponerse de acuerdo.

La cuestión de la continuidad o la no-continuidad entre la dictadura y la democracia y las formas que una y otra asumían era el problema de la época, algo que luego se cristalizó en los usos de la palabra memoria y que primero fue memoria contable hecha a partir de la intervención de un conjunto de instrumentos y saberes orientados a darle claridad y legitimidad procedimental al establecimiento de la magnitud de la obra criminal del Proceso. En los ochenta, en los ámbitos enfocados a pensar las palabras y las narrativas, pero también en la caótica vida cotidiana, el problema de cómo recordar el pasado reciente era evidente y polémico. Como niño, claro que recibí alguna explicación pedagógica acerca de la dictadura y los desaparecidos, pero aún si no la hubiese tenido, hubiera intuido lo mismo que aquella ciudad era una ciudad derrotada porque hasta un niño podía darse cuenta de que algo había salido mal. La dictadura había sido mala, la guerra la habíamos perdido, la situación económica era complicada, los teléfonos no andaban, la luz se cortaba, las veredas estaban rotas y llenas de mierda de perro, en los colectivos y en los bares había un humo de cigarrillo hostil que no te dejaba respirar. Yo tenía la certeza de que debajo de la fuente de Córdoba y Anchorena había un mundo de muertos, subsuelo, y evitaba quedarme solo en esa zona de la plaza, una de las que había construido la dictadura sobre el terreno de una villa expulsada. Aún hoy cuando paso por esa plaza recuerdo ese terror infantil y recuerdo el terror de ser niño y que te secuestren, otro terror infantil de época. Se hablaba de una camioneta blanca que se llevaba a los niños de las plazas y se difundían identikits de secuestradores de niños en los mismos diarios y noticieros donde se difundían las noticias de los secuestradores de empresarios.

En los ochenta había muchas revistas. Visto a la distancia fue la expansión antes del colapso de una industria casi extinguida, su efecto supernova. Un gesto de época era pararse frente a cualquier kiosco de diarios para recibir de un solo golpe la profusión de letras, fotos, recortes y dibujos que cifraban, en buena medida, el conjunto de la actividad cultural que la ciudad producía. No todas las revistas se dedicaban a debatir el pasado, no había nada de eso en *"El arte de tejer '85",* pero, sin embargo, bien

podría leerse todo esa textualidad bajo esa clave ¿De qué no hablaba cada publicación? Había una tensión entre la necesidad de una parte de la ciudad de ordenar el pasado reciente en una memoria histórica de reconocimiento y justicia y la necesidad de otra parte de la ciudad que necesitaba dejar el pasado atrás lo más pronto posible por cuestión de buena conciencia, de vergüenza y hasta de incumbencias judiciales.

En Punto de Vista, una de las revistas más influyentes durante el temprano alfonsinismo, en agosto de 1984, Beatriz Sarlo publica el artículo *"Una alucinación dispersa en agonía".* En el primer párrafo Sarlo plantea una buena pregunta, lo que ya es muchísimo, y lo hace trayendo al colectivo menos implicado en lo que había sido el Proceso, a los jóvenes. En la introducción relata que estaba con un grupo de muchachos y muchachas en una mesa redonda sobre literatura y testimonio y que uno de ellos le preguntó *"cómo re-establecer una continuidad entre las experiencias de los últimos diez años y el presente".* Sarlo, reflexiona: "*Esta pregunta, que no es simple, encierra al mismo tiempo varios interrogantes y algunas comprobaciones. Para empezar por las comprobaciones. Parece ser un sentimiento difundido que la fractura vivida por la sociedad argentina, atraviesa también la dimensión subjetiva, afectando la trama de las relaciones entre los hombres y de los hombres con su pasado más inmediato."*

La subjetividad ha sido destrozada, dice Sarlo, y la izquierda y los sectores del peronismo que hace diez años estaban lanzados al futuro, ahora tienen que volver al pasado para entender qué nos pasó, por qué llegamos al fondo de los fondos. Luego, cuando dice que estamos en la hora del recuerdo, aparece la palabra memoria y Sarlo dice que el trabajo de la memoria no puede ser sólo el recordar lo que nos hicieron sino también recordar lo que hicimos, no para establecer una equivalencia tranquilizadora sino, justamente, para despejar cualquier equivalencia simétrica entre pueblo autoritario y régimen autoritario. Finalmente, y quizás este es el corazón del asunto, Sarlo decide encabezar *"Fragmentos de todos lados"* al apartado en el que aborda el problema de cómo contar el Proceso, y propone un contrapunto entre el tratamiento que recibió la narración del terror en el especial de la televisión pública en el que se presentó el informe del Nunca Más, y Carta a Vicky, de Rodolfo Walsh, redactada por el escritor al enterarse de la muerte de su hija, la combatiente montonera Victoria Walsh, acribillada en una terraza del barrio de Floresta durante un intercambio de fuego con los militares.

Sarlo encuentra truculenta la narrativa de Carta a Vicky, una truculencia que encuentra también en la carta en la que Montoneros asume el secuestro y ajusticiamiento de Aramburu. La truculencia, para seguir usando el término, que también está, aunque esté fuera del período delimitado y Sarlo no la mencione, en la carta que le escribe el General Valle al tirano Pedro Aramburu, antes de ser fusilado. Valle, dice:

"Entre *mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija, a través de sus lágrimas verán en mí un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta ellas, verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonríen y los besan será para disimular el terror que les causan. Aunque vivan cien años sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde*

pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos, bajo el terror constante de ser asesinados. Porque ningún derecho, ni natural ni divino, justificará jamás tantas ejecuciones."

Las tres cartas son parte de una misma tradición: una terrible belleza ha nacido.

Y el elemento que une las tres cartas es un eco wagneriano, trágico, crispado; esos son los tres adjetivos que elige Sarlo. *"Si la muerte había estetizado a la política, la redención le proporciona una dimensión teologal",* concluye. En oposición a este patetismo Sarlo propone un tono diferente y pondera el que ensaya el Nunca Más, el discurso de la razón, que se afirma en el uso de un *medio tono*, así subrayado en el texto, que permite hacer una reconstrucción *sin énfasis*, así subrayado, de los más descomunales excesos de violencia estatal. El discurso de la razón el discurso desplazado por la prédica totalitaria de la muerte. Sarlo señala que la evocación de estos hechos seguida por el silencio y no por los gritos de las víctimas, le daba una gravedad que las dignificaba en su condición de víctimas. El discurso de la razón es el discurso desplazado por la prédica totalitaria de la muerte.

Así, compañeros, se ensaya una impronta.

El artículo de Beatriz Sarlo condensa el sentido común que unía a los intelectuales que apoyaron al alfonsinismo y fue hablado enseguida por otros y hasta el día de hoy sigue siendo hablado, está en la sustancia del trance alfonsinista y oh, compañeros, es un trance que ha seducido a muchos, propios y extraños.

En otra revista de la época, El Porteño, se publica la oposición más contundente a esa impronta, quizás por urgente, quizás por inesperada, que es la que ensaya Enrique Fogwill, uno de los literatos más lúcidos de ese momento, uno que nunca les sacó los ojos de encima a ellos, a los milicos, a su mundo y a su ciudad, a los milicos que fueron comprensiblemente deshumanizados y punto, defenestrados de cualquier literatura. A ellos Fogwill no sólo los hace vivir y hablar en sus cuentos y en sus artículos, sino que además les da una dimensión política y humana que va más allá del juicio y la condena penal. Fogwill exploraba el procesismo sociológico entre los mismos procesistas.

Fogwill prevé el fracaso inexorable del proyecto alfonsinista y lo advierte con más franqueza que afán de escandalizar. Lo dice con una sencillez casi simplona. Dice que la democracia no es el triunfo de las luchas del pueblo, que la democracia fue resucitada por cuatro ñatos, los de siempre, en plan mal menor, que la política energética y la deuda externa resultan intocables y opacas, que la obsesión culturalista del alfonsinismo lo va a hacer chocar porque la inutilidad de las intenciones se vuelve contra la apariencia de las cosas sin operar sobre la verdadera entidad de las cosas. El trance culturalista volverá con el progresismo alfonso-albertista, porque una característica esencial del trance, ya lo sabemos, es siempre retornar.

En una larga entrevista de finales de los noventa realizada por Horacio González y otros miembros del staff de la revista El Ojo Mocho, Fogwill redondea esta idea diciendo que el proceso había empezado el arte que era el core de la acción política de esos ñatos, creo que incluía a los menemistas en eso, consistente en que todos los hechos que producían fueran adquiriendo la calidad de irreversibles porque iban generando, secundariamente, aparatos destinados a sostenerlos.

“¿Cómo se zafa de esta herencia cultural? Creo que el mejor camino es pensar lo que ella y sus administradores decretaron como impensable, y pensarlo con los modelos intelectuales que exorcizaron como intolerables. Algo que tal vez los radicales no puedan pensar, ni tolerar, pero que deberán pensar y tolerar si quieren tener una política propia y dejar de administrar las políticas del régimen anterior”.

Así cerraba Fogwill el artículo *“La herencia cultural del Proceso”,* de mayo del 1984. Fogwill no logró imponer esta impronta con el mismo suceso que los intelectuales alfonsinistas. Los modelos intelectuales que resultaron intolerables para el Proceso, el peronismo y el marxismo los principales, no fueron rehabilitados y los vientos de la historia, por el contrario, giraron hacia un hiperrealismo capitalista.

Sarlo confía en la razón, que es uno de los atributos que debe tener cualquier sentencia judicial, ser fundamentada y razonable. Fogwill no confía en la razón porque sabe que ese Buenos Aires es un Buenos Aires en el que el programa de la dictadura ya se ha realizado, eso está en sus cuentos. Es un escritor que entre el repudio y la sensibilidad frente a la Buenos Aires procesista se inclinó por la sensibilidad para tener un juicio más ajustado, intentó contar sus gustos, sus consumos y sus aventuras. Miró al monstruo a los ojos, conoció pila de argentinos que apoyaban a la dictadura, hizo pila de negocios con ellos. Por eso Fogwill cree, a pesar del aparente cinismo de su personalidad, en el carácter de clase de esa razón en la que Sarlo confía, porque la vio desenvolverse, ajustarse al cuerpo social como un pantalón que llevamos puesto desde hace días se hace a nuestra figura. Y a pesar de la multitud de críticas que tiene hacia las organizaciones revolucionarias, propone recuperar los viejos instrumentos para pensar, porque en la imposibilidad de pensar desde ellos radica el triunfo del Proceso; después de la dictadura sólo podemos pensar lo que no resulta peligroso pensar, lo que no nos (los) pone en peligro.

El peronismo porteño, a todo esto, sí que se dispersaba en agonía. Ya no estaba Perón en algún lugar para ir a preguntarle qué hacer, ni siquiera estaba en alguna otra ciudad del mundo. El peronismo había sacado la menor cantidad de votos en el distrito de toda la historia. Las dimensiones de la derrota eran catastróficas. Mediante la renovación, el peronismo de los ochenta intentó fundar un pacto con las clases medias en los términos de las clases medias, renegando en lo posible de ese papá casposo y vergonzante que resultaba ser el sindicalismo, al que todavía no puede dejar de aborrecer por las sangrientas y dolorosas disputas de un pasado demasiado reciente y cuyas prácticas patoteriles tampoco terminan de alejarse. Es una burocracia a la que parece justo cargarle en la cuenta la candidatura de Luder. Nunca había sido tan claro el contraste entre los jóvenes de ayer y los jóvenes renovadores, más atraídos por Olaf Palme, François Mitterrand, y especialmente, porque la sangre tira, por Felipe González y su socialdemocracia realpolitik que lo mismo se sumaba a la OTAN y enterraba a los etarras en cal que se conmovía con las Madres de Plaza de Mayo y el Premio Oscar para La Historia Oficial. El peronismo porteño, después de la paliza electoral, sufrió más que ningún otro la presión cultural del alfonsinismo, cuya hegemonía entre las clases medias parecía ser total.

El alfonsinismo, según la definición de Horacio González, funcionaba como un bonapartismo ético, prometía el ansiado regreso de la vida y la paz, se ponía por encima de todos los implicados y los

demonizaba. Creían que era la única forma en la que el país podía seguir adelante. Y como buen Bonaparte no dudaba en refregarle la bota por la cara a los setentistas; a los revolucionarios en armas y a los militares a los que sentó en fila delante de unos abogados para que los vea todo el país escuchando el alegato antes de que todos marcharan presos. Alfonsín se ponía por encima de la violencia argentina como un padre constitucional que marcaba los límites y repartía los castigos.

Mi padre constitucional, por su lado, una vez expulsado de la memoria oficial que no lo reconoció, parecía desinteresado de la construcción de la memoria CONADEP y mucho más atento a lo que se estaba cocinando en el presente. No dejo de hacer política. A veces, inclusive, parecía estar vivo y en paz, gozando de la promesa que Alfonsín y la Junta Coordinadora Nacional habían hecho a todos los argentinos. Leía muchas revistas, pero libros casi nunca. Mantenía una pasión casi coleccionista por la historieta argentina. Leía la Revista Fierro y todas las de Editorial Columba, como Nippur y D'Artagnan. Las leía y se sonreía solo, entonces yo me apresuraba por agarrarlas apenas las soltaba para ver de qué se reía tanto. Así encontré cosas muy graciosas, como las semblanzas deportivas de Fontanarrosa, y otras que eran extrañamente excitantes como las tiras eróticas que hacía Maitena en aquella época. Sin embargo, creo que lo que de verdad hacía sonreír a mi padre era que en la Fierro la lucha continuaba. En la Fierro seguían luchándose las grandes batallas argentinas y fue por eso, por ese gusto por la épica, que mi padre nunca terminó de consumarse como un progresista hecho y derecho, no se sumó a la deriva de muchos de sus compañeros, de muchos de los que habían sido parte de las organizaciones armadas que se alistaron a cantar afinadamente en el coro aperturista de la democracia representativa. Mi padre prefería perderse con Muñoz, Sampayo, Pratt, Altuna, y especialmente en los dibujos de los Breccia, en historietas en las que muchas veces se daba vuelta la taba y eran ellos, los hijos de puta, los que de una buena vez por todas perdían.

Otra de las revistas que leía mi padre era Cerdos & Peces, que me gustaba porque parecía formular desde la misma bajada de su título eso que yo sentía de que todo estaba roto y nada funcionaba, de que algo no podía seguir y seguía. Este sitio que era Buenos Aires, Cerdos & Peces decía que era un sitio inmundo. Eso leí en una de sus tapas y como era chico me causó mucha gracia, chancho inmundo, pero también me pareció intuitivamente cierto. La Cerdos & Peces estaba lejos de ser una revista para niños (Billiken, Anteojito, Cosmi-k, me llegaban vía mis abuelos) pero yo la leía sin ninguna censura ni advertencia. En general no recuerdo un solo momento en que mis padres trazaran una línea roja entre consumos infantiles, que los tenía, y consumos adultos, que estaban a mi alcance. No había vida para niños y vida para adultos, la vida era una sola.

Cerdos & Peces fue un actor relevante de la memoria posdictadura, un intérprete espontáneo que venía a completar una dimensión que nadie más se había mostrado interesado en poner en valor. Cerdos & Peces es otra de las articulaciones, la menos evidente, de ese poner en palabras lo pisado por el proceso, lo reprimido no politizado, lo reprimido por la moral común que unía a militares y guerrilleros, a obreros y patrones, lo reprimido que quedaba por fuera de la litis trabada entre los grandes proyectos nacionales, el popular y el oligárquico. Cerdos & Peces era lo reprimido por improductivo y contrarrevolucionario. Iba por el costado, por la paralela del lenguaje de la contracultura de Buenos Aires que había tenido sus propias batallas subversivas durante los cincuenta, los sesenta y los setenta y que ahora volvía por más. Lo reprimido sin programa ni próceres,

sin disputa del poder ni de la cultura de los pánfilos. Cerdos & Peces era el trance del otro subsuelo, del parakultural, del sumo subsuelo.

Pasando revista, mis ochenta terminaron con las imágenes de los cadáveres carbonizados y descosidos a balazos en la entrada del cuartel de La Tablada y la televisación de los saqueos de la hiper que fueron el final del ciclo alfonsinista. Entre las primeras medidas de Menem estuvieron los indultos a los militares y a los miembros de las organizaciones armadas, lo que reavivó el debate sobre los dos demonios y la que por entonces todavía se nombraba como la Guerra Sucia.

Un día le pregunté a mi padre qué había hecho él en la dictadura. Mi padre me respondió como si yo estuviera en condición de entender todo y los detalles porque como dije no había dos mundos, había uno solo. Mi padre sostenía, sostiene todavía, que fue parte de un comando montonero, que estuvo un tiempo exiliado en un país limítrofe del que entraba y salía con pasaporte falso moviendo toda clase de cosas y personas y que esas operaciones las había realizado guardando las apariencias de ser un correcto padre de familia.

-XIX-

Saúl querido. Perro fuerte, de estructura general firme, del pastor ovejero la cerviz y en la cerviz la cruz. Sube y tiembla y estalla la grasa del pueblo que reclama. Porque queremos avanzar, paramos. Una presentadora grita que en la huelga se siente, está presente, la patria, con humildad y honestidad un auténtico trabajador ahora habla al país. Con ustedes el compañero Saúl Ubaldini, que levanta los brazos y lo sacude la multitud. Es un bote a la deriva del movimiento oceánico, Saúl está en el quilombo de los negros que baten los bombos y hay papelitos blancos volando en el aire y suena la música y es maravillosa. Entra Saúl y el alrededor de Saúl entra en trance. El escenario es un desbande de compañeros. Saúl apenas logra estabilizarse en el atril, se aclara, mira hacia Constitución y dice: el único léxico del movimiento obrero es el de la justicia social y la justicia social se realiza.

Aplausos. El Buenos Aires que se había terminado y aún caminaba e iba por las calles en una larga columna de obreros, de villeros, de reventados y descendidos, aplaude, mientras el nuevo Buenos Aires postula la ciudad para el que la merece; residencial, con expensas altas, con perfil de negocios y servicios. El plan de la dictadura de reperfilar el sentido urbano de Buenos Aires se había llevado a cabo con eficacia.

Buenos Aires se refuncionalizó como en ese momento lo hicieron todas las grandes capitales del mundo, todas se desindustrializaron. 6.000 establecimientos industriales porteños dejaron de funcionar. 185.000 grupos familiares de inquilinos fueron afectados por la desregulación de los alquileres y el inclemente aumento de precios que vino en simultáneo a la contracción de sus ingresos. 200.000 villeros fueron arrancados de raíz del sueño de la ciudad. Se destruyeron las villas y la mayoría de sus habitantes, como los residuos urbanos, fueron relocalizados en el Conurbano. Algunos de ellos terminaron en el sudoeste de la ciudad en los barrios que crecieron alrededor de Lugano y Soldati, otros comenzaron el largo periplo de la precariedad por hoteles de alquiler por día y casas tomadas.

El Buenos Aires que se había ido y todavía caminaba estaba en la voz de Saúl, como los corralones, los patios con malvones y los vestidos de percal todavía siguen en los tangos. Saúl tenía el gesto de los cantores tristes y por eso todos lo imitaban, porque era fácil. Yo también lo hacía. Los adultos me convencieron de que era divertidísimo y se convirtió uno de mis números fijos en reuniones y presencias. Me gustaba Ubaldini, usaba campera negra, era su uniforme y en eso era como un superhéroe, como David Hasselhoff en del auto fantástico, como Mister Moto, como Los profesionales, los dos policías ingleses que pateaban culos en los suburbios londinenses durante la trasnoche de Canal 7 ATC. Ese uniforme estaba okey. La campera de cuero negra era del rock y lo distanciaba un poco de los cantores de tango de la tele. Ubaldini ya era demasiado el tango en fuga del primer peronismo y del movimiento obrero de Buenos Aires durante la transición y no le convenía sobrecargar ese estilo.

Ubaldini era el hijo peronista que mi abuelo hubiese querido tener, un peronista que no era montonero, pero tampoco un genuflexo, otro Kissinger del kiosco. Era parte de un peronismo silvestre que ni con ganas podía menear la cadera al ritmo de la primavera alfonsinista. Ese peronismo estaba alojado en otro tiempo y en otro plano y no evitaba decir que sí a la democracia, pero que la miseria

estaba igual y tantas otras cosas igual igual, igual que antes, igual que después. Eran los versos elegíacos del tango de los mataderos y los frigoríficos, del peronismo de las huelgas ilegales, preparadas en la clandestinidad de la dictadura, militadas en el mano a mano, compañero a compañero en silenciosos tratos y en audacias que se pagaban con la cárcel. Melodía de los arrabales. Notas, fusas y semifusas contra la racionalidad de las imposibilidades a cambio de un futuro de institucionalidad promisoria. El único léxico del movimiento obrero es el de la justicia social y la justicia social se realiza.

Y con Saúl marcha ese Buenos Aires que se está yendo. Van con él los que tomaron el Frigorífico Lisandro de la Torre del barrio de Mataderos, los que levantaron en huelga general a los obreros de todo el país. Va Felipe Vallese, obrero del barrio de Flores, secuestrado y desaparecido por comandos parapoliciales, bandera de la lucha por los derechos humanos, un grito que estremece: Vallese no aparece. Van los compañeros y compañeras de las 62 organizaciones que pusieron caños y aguantaron los años durísimos. Van los compañeros y compañeras que cumplieron en poner una ve y una pe en cada uno de los billetes para volver a ponerlos en circulación peronizados. Van los trabajadores y trabajadoras del Puerto de Buenos Aires en huelga contra el ajuste de Onganía, los que lograron la solidaridad de los obreros portuarios alrededor del mundo, que durante semanas boicotearon el ingreso a las embarcaciones de los barcos carneros argentinos. Van los villeras y los villeros. Van los estudiantes hijos de laburantes, los de la gratuidad de la educación universitaria del 49. Van los compañeros y compañeras de la CGT de los Argentinos, todos reunidos en Paseo Colón para salir otra vez. Van, claro, los compañeras y compañeros que se alegraron con el ajusticiamiento de Pedro Eugenio Aramburu. Van los compañeros del peronismo porteño que resistieron el ingreso de las tanquetas a la sede del partido en Avenida La Plata cuando se velaba a los asesinados en Trelew. Es el peronismo porteño que ha luchado contra la tiranía, hecho de estos y de tantos otros hitos de la lucha nacional, popular y democrática, momentos que son parte de la historia de nuestra ciudad, que vienen a negar y a disputar, a decir que esta Buenos Aires no se limita a ser el jardín de juegos de la salvajada oligárquica. Buenos Aires es eso y es todo lo contrario.

Saúl Ubaldini, hijo de un obrero del Frigorífico Lisandro de la Torre, se incorpora a la actividad sindical durante los años de la resistencia, y es encarcelado durante el gobierno proscriptivo del radical Arturo Illia. En 1980, enfrentando la prohibición del Proceso, funda la CGT Brasil, de la que es electo Secretario General. Desde allí, Ubaldini organiza tres huelgas generales contra la dictadura, lo que se dice rápido, pero una epopeya. La Marcha por Pan y Trabajo a San Cayetano, del 30 de marzo de 1982, llega a Plaza de Mayo y es brutalmente reprimida. Un muerto en Buenos Aires y en todo el país más de dos mil detenidos. Ubaldini es el rostro de la irrupción obrera contra el Proceso.

Ubaldini no es reconocido como el padre de la democracia, porque quizás sea bastante cierto en su simplificación eso que decía Fogwill, que el final del Proceso lo resolvieron cuatro ñatos que consideraron conveniente volver a sacar las urnas de donde estaban bien guardada. Pero es Ubaldini el que, en ese pasaje trascendental de la historia argentina, proclama: acá hay una clase y hay un léxico. Es quien señala la dimensión sagrada de la justicia social como si fuera la cuarta virtud teologal, algo que está en el orden mismo de toda justicia y fuera del marco de la razón financiera que limita el campo semántico de la democracia y el capitalismo argentinos.

La Unión Cívica Radical pega un viraje después de 1985, congela salarios y evita por todos los caminos posibles la convocatoria a paritarias libres. Ubaldini se opone. La clase obrera organizada realiza trece paros generales, y finalmente, entrando al final del mandato, le arranca una mesa de negociación al gobierno y las paritarias. Ubaldini también se opone a la política de privatizaciones y liberalización que lanza Raúl Alfonsín en 1987, de la que Rodolfo Terragno, Ministro de Obras y Servicios Públicos, se hace vocero en los medios. El proyecto de Terragno muere, como la Ley Mucci, en el Congreso de la Nación, a manos de la bancada justicialista, la misma que años más tarde, con otra composición, empujaría un proceso de privatizaciones todavía más feroz. Ubaldini, que apoyó a Menem en la campaña presidencial de 1989, cuando comprende de qué se trata esa cirugía mayor sin anestesia que el riojano promete, se opone argumentando que de la crisis se sale con soluciones justicialistas.

Tengo la imagen de Ubaldini en un acto en Plaza de Mayo. Ya no hay tanta gente ni arriba ni abajo del escenario. Tengo diez años. Estamos en contra de la privatización de las empresas públicas. Saúl en el escenario ya no tiene que hacer fuerza para mantenerse de pie entre una multitud de dirigentes enfervorizados. No hay ningún fervor ni papelitos flotando en el aire y casi que no hay bombos. Ubaldini se va quedando solo, pero sigue y es parte del armado del Movimiento de Trabajadores Argentinos que, de la mano de Hugo Moyano, y junto con la Central de Trabajadores Argentinos y los movimientos de desocupados, cumplirá una tarea esencial en la reformulación del movimiento obrero en la lucha contra el menemismo.

Muchos piensan que el tango fue adquiriendo con el paso de las décadas una lírica insoportablemente dramática. Los argentinos de antes atribuían esa influencia negativa a los italianos y en oposición realzaban las formas de la milonga criolla, en teoría más viriles. Alfonsín, que tenía en su forma de hablar el tono de la clase media de la pampa bonaerense, en medio de una seguidilla de dardos cruzados con la CGT, declara que la situación del país no estaba como para mantequitas y llorones. Los cronistas de la época cuentan que Alfonsín meditó largamente el discurso, que lo consultó con sus asesores más cercanos, que pensó si debía llevarlo al Comité Central del partido, pero que al final no anticipó a nadie que la decisión estaba tomada: sí, iba a decirles mantequitas y llorones, nomás. Una adjetivación semejante contra el Secretario General de la CGT no podía sino conmover al país ¿Qué diría Ubaldini? A nadie le gusta que le digan mantequitas y llorón, eso era seguro. Ubaldini le respondió a los pocos días desde su atril de la CGT. Le retrucó a Alfonsín que llorar era un sentimiento pero que mentir era un pecado. Una respuesta así coloca a Saúl Ubaldini, por derecho propio y para siempre, entre los grandes cantores de Buenos Aires. Por todo lo demás Ubaldini es el símbolo de un peronismo porteño diferente, posible, mejor.

-XX-

Cuando Carlos Grosso ganó la conducción del PJ Metropolitano en el 85, le daba rostro al surgimiento de la renovación contra el predominio de la agrupación Guardia de Hierro y del sindicalismo de Lorenzo Miguel, que venía de los años 70, cuando la conducción había sido ejercida por la Lista Gris, impulsada por Guardia de Hierro, que había ganado con el 40%, y que se mantuvo hasta que el Consejo Nacional Justicialista dispuso la intervención de todos los distritos. El peronismo porteño llegó con mucha participación a la apertura democrática. Algunos datos lo corroboran. Para las internas de 1982, el PJ presentó 119.530 afiliaciones ante la Justicia Electoral y se contaban 141 unidades básicas distribuidas en todas las circunscripciones de la Capital Federal. Según Farrés (1984), en realidad las unidades básicas eran 372, pero muchas eran transitorias y no reconocidas por las autoridades del partido. Entre las muchas agrupaciones que agitaban la vida partidaria, sobresalían el Frente de Unidad Popular, que eran los representantes más puros de la fórmula Luder-Bittel; la Agrupación 30 de marzo, cafieristas, del MUSO, Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización; la Comisión de Gestión y Enlace, ex Guardia de Hierro, que se expresaba desde el Consejo de Unidades Básicas (CUB); Convocatoria Peronista, la de Carlos Grosso, que se presentaba con su red de dirigentes distritales como Renovación Peronista; el Bloque Político Sindical, construido alrededor de la militancia municipal, cuya cara era Amadeo Genta y que contaba con el respaldo de Lorenzo Miguel; y Convocatoria Peronista, del sindicalista combativo Sebastián Borro (Luoni, 2016).

El estado de efervescencia participativa también se ve reflejado en la cantidad de elecciones internas y congresos partidarios que se realizaron, los que dan cuenta de los fuertes debates que iban a dirimir en esas ocasiones. En las internas de 1983 hubo un frente amplio encabezado entre las 62 y el CUB, del que los renovadores resuelven no participar. Participó el 30 por ciento del padrón y la lista Unidad ganó con 27.168 votos contra los 11.165 de Renovación Peronista, mientras otras dos listas sacaron menos de 500 votos. Hubo un reclamo sobre si los 11.165 votos de los renovadores les permitían acceder a la minoría de 25% y su correspondiente porcentaje de congresales. Si se contaban como positivos los votos en blanco quedaban por debajo y así lo corroboró la Justicia Electoral que falló a favor de la Lista Unidad que se quedó con la mayoría absoluta. Apenas después del desastre electoral de 1983 en la Ciudad de Buenos Aires, se convoca a un Congreso en el Teatro Bambalinas que deriva en una fractura. La situación se normaliza en 1985 con la realización de elecciones internas en las se repite el frente del lorencismo con Guardia de Hierro. Se presentan como Lista Celeste y sacan el 31 % de los votos. La Lista Verde, animada entre otros, por Danta Gullo, José María Rosa, el Saadismo, la Revista Unidas y Sebastián Borro, se queda con el 19% de los votos. Y "Unidad y Renovación Peronista", que recibe el apoyo del FUP y del grupo sindical de los 25, consigue el 50% de los votos con su Lista Azul y Blanca, consagrándose así Carlos Grosso como presidente del partido. Al año siguiente, 1986, nuevamente en el Teatro Bambalinas, se concreta la renovación partidaria, cuyo rasgo más saliente en la adopción de las internas directas. Hubo internas para decidir candidaturas y cargos partidarios en el 86 y en el 89, respectivamente, además de la realización de las internas presidenciales que en el distrito gana Antonio Cafiero, aunque por un margen menor al esperado porque Carlos Menem consigue quedarse con el 48% de los votos (Luoni, 2016).

Lo que se sigue de este muy breve repaso, es que el nivel de actividad política del peronismo de la Capital durante el alfonsinismo fue frenético y que los renovadores tuvieron una clara preeminencia en la preferencia de los afiliados.

Como todos los renovadores porteños, Carlos Grosso apoyó a Cafiero en las internas del 88 y el día siguiente a la derrota se sumó a la campaña del candidato electo, Carlos Menem, que una vez en la presidencia lo nombra Intendente de la Ciudad de Buenos Aires.

Para comienzos de los 90 el peronismo porteño ya no necesitaba de unidades básicas ni de militantes ni de movilización. Las unidades básicas cerraron una a una y los militantes se fueron alejando. Encontrar una Unidad Básica abierta cerca de tu casa era una rareza. Muchas dejaban el decorado y bajaban las persianas. Los cuadros de Perón y Evita juntaban polvo, al cartel colgado lo empezaba a morder el óxido y cuando llegaba el momento de renovar el alquiler se acababa la historia. Así quedó el peronismo porteño tras el paso de Carlos Grosso.

Como intendente, Grosso tuvo una política cuyo motor y sostén fue el plan de negocios permanente. En la ciudad la modernización se realizó a toda marcha a través de privatizaciones, concesiones, mecenazgos, ventas y liquidaciones; todo el recursero menemista que se ejecutó con celeridad se mejoró con algunos agregados de inspiración propia como el de habilitar partes de los establecimientos educativos públicos para la construcción de locales comerciales, una acción de gobierno que se plasmó con la conocida Escuela Shopping, una primaria en la esquina de Pueyrredón y Sarmiento, a la que le metieron diecisiete negocios que daban al corazón del barrio de Once.

Cuando Grosso terminó su gestión afectado por numerosas denuncias de corrupción, el peronismo porteño quedó huérfano de líder y sobre todo huérfano de una orientación política. Algunos viejos dirigentes aseguran que fue el mismo Menem quien devolvió a Grosso al llano por considerarlo un posible competidor interno para las siguientes elecciones. Pero eso es parte del anecdotario. Lo cierto es que Grosso se fue y nadie lo sustituyó en un peronismo que resultaba repelente para la juventud y para buena parte de los propios peronistas de la ciudad. Un peronismo tan de mercado y realpolitik, que se había despolitizado de cara al pueblo y se había mimetizado con su plan de negocios al punto que fue natural que muchos de sus dirigentes abandonaran la política para pasarse a la actividad empresarial.

Nosotros, los que nos hicimos adolescentes en los 90, no encontramos al peronismo donde se suponía que debía estar. Las luces estaban apagadas y las tres banderas arriadas. No había justicia social, ni independencia económica y menos que menos soberanía política. El peronismo realmente existente decía capitalismo popular de mercado, ramal que para ramal que cierra, decía cirugía mayor sin anestesia. Era sentir el viejo cuerpo del abuelo emitiendo sonidos guturales, conjurando a nuevos dioses en lenguas extrañas, babeando sobre los fideos del domingo, balbuceando poseído por voces lejanas de la Escuela de Chicago. El abuelo estaba en mal trance, en una sustitución de identidad que espantaba a cualquier joven de la ciudad que tuviese algo del viejo peronismo en el corazón. No emergieron dirigentes que asumieran la tarea del buen seminarista del peronismo doctrinario, y en ese vacío de peronismo quedaron como opciones disponibles la izquierda, el autonomismo, y más

que nada, el progresismo. La generación militante del 2001 que creció con ese peronismo porteño fue arrastrada a finales de los noventa por los rápidos de una crisis que por tan revuelta resultó destructiva y abrumadora, creativa y potente, y por eso se integró a las organizaciones de oposición que eran parte de la lucha reivindicativa en la ciudad, en el país y en la región, dentro de las cuales el peronismo estaba representado poco y nada por agrupamientos marginales de segundas y terceras líneas díscolas con el menemismo, valiosas en el contexto, pero sin volumen ni peso propios.

El progresismo, en el saqueo del neoliberalismo, se presentaba como el hilo de la continuidad de los derechos sociales, trabajaba en articulación con los actores sociales nucleados en la Central de Trabajadores Argentinos, y si bien contaba con muchos referentes provenientes del justicialismo, como Chacho Álvarez, también representaba el diálogo con las tradiciones de raíces europeas, como el socialismo, la democracia cristiana y el comunismo. En la Ciudad de Buenos Aires a mucha gente ese combo no sólo le bastaba, le encantaba. La ciudad en la segunda mitad de esa década se inclinó decididamente hacia el FREPASO. En definitiva, el progresismo crece en un espacio abandonado por el peronismo que se retira hacia ese algo llamado *"capitalismo popular de mercado"* y que hasta que llegó Milei todos nos lo habíamos olvidado porque al final fue capitalismo de mercado para colonias y punto. Entre el vacío de peronismo menemista y la profundidad de la decepción alfonsinista, en Buenos Aires floreció el progresismo. Y ni los progres ni los menemistas intentaron una revitalización del peronismo, ni siquiera estética. Hasta el derrumbe de la convertibilidad, el peronismo en la ciudad era el pasado.

Me acuerdo ahora de ver por televisión a Jorge Domínguez, el último Intendente de la ciudad, aterrizando una mañana nublada de 1994 en la Villa 31 de Retiro para comandar una línea de topadoras. Domínguez se mostraba resuelto a tirar abajo las casas para cumplir con una orden de desalojo. Los vecinos, por su parte, se fueron juntando de a poco en las esquinas del barrio. Cuando se dieron cuenta ya eran un buen número y no estaban para nada convencidos de los beneficios de la relocalización que le habían ofrecido los funcionarios de la ciudad y tampoco estaban tan de acuerdo con que el primero de los pasos del plan fuese la demolición de las viviendas de la villa, sus viviendas, por lo que de un momento a otro, previsiblemente, se pudrió todo y los piedrazos comenzaron a llover sobre Domínguez y sus hombres en oleadas intensas y sucesivas que venían a confirmar la falta de confianza de los administrados en sus administradores. Hubo corridas, tiros al aire, quilombo, y el desalojo, por supuesto, no se consumó. Jorge Domínguez era un Intendente peronista, pero ¿hay algo menos peronista que ser corrido a piedrazos de una villa? Domínguez era uno de esos políticos que nació peinando cabellos grises y vistiendo trajes y fue el candidato del PJ en las primeras elecciones a Jefe de Gobierno realizadas de acuerdo a la Constitución de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Obviamente, perdió por goleada con Fernando De La Rúa, que asumió como primer Jefe de Gobierno electo por el pueblo porteño de manera directa, en 1996.

El fracaso de la convertibilidad para muchas personas fue desmoronamiento implosivo, una música de fondo para depresivos y abúlicos, y para otros fue una explosión. A lo largo de la década se sucedieron diferentes estallidos provinciales, como el santiagueño, el cordobés, el neuquino, o el jujeño, impulsado por la más dolorosa desocupación masiva y la destrucción de los salarios pagados o no pagados por el sector público. El progresismo se alió con el radicalismo para las elecciones

presidenciales de 1999 y ya sabemos cuál fue su suerte: la catástrofe económica. La Alianza se concentró en la cuestión de la corrupción, siempre a mano para no cambiar nada de lo sustantivo, que en ese contexto era salir con pericia de la convertibilidad. Duhalde, el candidato del peronismo, ya tenía el plan de la devaluación. La Alianza, por su parte, prometía no alterar el régimen del uno a uno. Ganó la Alianza. Fue un momento de ilusión colectiva, particularmente en la ciudad, donde De la Rua-Álvarez arañaron el 55% de los votos contra el 23% de la fórmula Duhalde-Ortega y contra un nada desdeñable 16%, unas 300.000 personas, que optaron por el binomio Cavallo-Caro Figueroa, que expresaba a la convertibilidad atendida por sus propios dueños.

Nosotros, la militancia juvenil de la ciudad, no participamos de la algarabía delarruista, pero para decir la verdad tampoco importaba demasiado. Eramos muy pocos. Eramos la minoría intensa tan poco valorada. Nos conocíamos, ibamos a las mismas fiestas, nos corrían en las mismas marchas, andábamos dando vueltas por una ciudad que estaba espesa y que hacia fines de la década se puso volvió lisa y llanamente irrespirable.

-XXI-

Durante aquellos años del corazón de los noventa nos atrincheramos en un palacio de la educación pública que nos habían dejado los liberales del ochenta, un palacio entre Almagro y Once, estilo neoclásico, muy principios de siglo XX y granero del mundo. Un colegio más en el retroceso general como tantos otros había allá afuera con los que salimos cuando vinieron por nuestro presupuesto, con los que coordinamos toda clase de perturbaciones al desorden público con el fin de impedir a los gobernantes la imposición de la Ley Federal de Educación en la ciudad, que finalmente conseguimos que no se implemente y que fue muy bueno, porque esa reforma resultó un desastre en cada lugar en que se ejecutó y si no me creen miren los números que ellos hablan, compañeros realpolitik. Todos los palacios de la educación pública en la ciudad, baluartes de la resistencia, habían sido salvados por nuestro arrojo de caballeros defensores de la población y sus fueros. Habíamos cumplido. Habíamos sido valientes.

En esa lucha comencé a militar en el centro de estudiantes de mi colegio secundario y eso, vengo a dar testimonio de fe, me salvó de la película del nuevo cine argentino de los noventa, ese cine tan denostado por abúlico y triste, por desconectado y ensimismado, por venir a contar que lo que pasaba era que no pasaba, que cada uno estaba solo, atrapado y sin salida en sus dos ambientes, cada uno con su pastilla antes de dormir, cada uno con su plan en cuotas. Sin épica, la clase trabajadora y la clase media de los noventa era nuevo cine argentino. El cuento de la nación lexota, de la ciudad sin comunidad en la que las narrativas se habían cortado y los lazos soltado, en la que algo había hecho crack (trak) y todo estaba roto y nada funcionaba.

Los militantes de la segunda mitad de los noventa también estábamos adentro de eso porque ese era el estado de ánimo que había quedado después de la fiesta ciega, que no había sido ni tan larga ni había tenido tantos invitados. Nosotros eramos los nunca habíamos tenido una noche inolvidable en El Cielo, Pacha, The Roxy, Toronto, Tequila o New York City, pero no por eso nos sustraíamos de la pavada de la época ni de los tics del primer mundo de segunda mano. Nosotros también colábamos palabras en inglés como unos boludos y nuestros consumos culturales iban del punk rock y del rock alternativo al pop tamizado por MTV. En cada uno de nosotros convivían varios perfiles girando en la fuerza centrípeta de una ciudad sin trabajo ni futuro. Creíamos en la lucha y en la organización, pero al mismo tiempo abrazábamos el cinismo como una forma del humor privilegiada. El cinismo como una mueca de inteligencia, un código que todos traficábamos con la sincronización de un ballet de olímpicas señoritas chinas danzando debajo del agua que nos salvaba del lloriqueo insufrible del progresismo psicobolche, tristón y mantequitas. Eramos una contradicción, una araña con muchas patas descoordinadas porque sí, de eso se trata portar una subjetividad urbana adentro del coco. En la ciudad que pasaba de las soledades a la pasión suicida, de las desconexiones al vértigo de estar todos juntos cabeza abajo, donde todo lo comunitario parecía desvanecerse en el aire, la cosa, sin embargo, se reformulaba, agazapada, porque nosotros y otros tantos, con cuerpos nuevos y viejos, con las patas quebradas y descoordinadas, intentábamos tejer la red que nos sostuviera.

Era evidente que todo se iba a la mierda. En la ciudad mecánica se perfeccionaba la maldad, aullaba Palo Pandolfo, otro hijo de la clase obrera porteña en extinción. Maldad nos querían dar y la

resistíamos con una seriedad revolucionaria extemporánea y también con furia punk porque en la furia eramos más, eramos muchos. No había sombra en la que guarecerse más que en la furia. Nuestro último bastión, el palacio, era una muestra de eso, porque era un museo de divinidades muertas. La madre, la virgen, la bandera celeste y blanca y la estatua de San Martín se descomponían como sebo al sol, sobrevivían como piezas decorativas en el patio y en las aulas, en los actos. Como las placas de bronce rememorativas de las viejas camadas de egresados, todos esos símbolos representaban un momento expirado, un recuerdo que no resonaba en nadie ni detentaba fuerza alguna. Los antiguos talismanes, como el peronismo, ya no nos protegían. Las instituciones argentinas del proyecto oligárquico estaban fundidas y hundidas porque ellos habían muerto matando, ellos también se fueron en el fuego y el humo de sus naves hundiéndose y a sus propios hijos le dejaron poco más que las ruinas de aquello por lo que habían matado y muerto.

Nada quedaba del proyecto eugenésico del patriciado porteño, que ahora se ofrecía de piernas abiertas a la fusión de sangres y patrimonios con el empresariado italianizante y judaizante y arabe-siriante y etcétera. Viejos apellidos vascos y castellanos sucios con el polvo de Calabria y Damasco. Nosotros los veíamos en los campeonatos intercolegiales intentando erguirse nuevamente en el paradigma de lo bello. Ellas mini jugadoras de hockey comprando sol para la piel siempre bronceada y tetas para ser como sus madres, guapas rubias tetonas argentinas siempre a dieta, comiendo sashimi hasta tener frío por desbalance calórico. Ellos mini jugadores de rugby, mini héroes de la testosterona liberada a la salida del boliche, siempre en guerra con los negros y los villeritos y con esas camisas que le marcaban demasiado los rollos. Y sí bien ellos eran más feos y más aburridos que nosotros, cuando los veía en sus fortalezas, que también las tenían, por Caballito, Belgrano y Palermo, y eran lindas y arboladas, vestidos de mini-jugadores de rugby y mini-jugadores de hockey, yo pensaba que en realidad ellos y nosotros girábamos en el vacío juntos y que también tenía que haberlos buenos entre ellos. Y los había. Chetos de alma noble con los que uno años después compartiría una clase de yoga, un curso de economía marxista o una charla filosófica embriagados en emedé en un after por el Centro. Esos chetos eran buenos a su modo y como podían, caritativos y culposos, un poco introvertidos, radicalizados de la izquierda ideológica o del new age, artistas, curitas de parroquias o médicos infectólogos.

Ni proyecto eugenésico ni familia occidental y forzada, detonada por la incorporación definitiva de la mujer al mundo del trabajo, el divorcio vincular y la patria potestad compartida; ni fuerzas armadas, podridas de criminales condenados en juicio y vencidos sin honor por los ingleses, que andaban mateando en los cuarteles, vendiendo armas en la ilegalidad siempre que se podía, sin mano de obra gratuita y disponible por la eliminación del servicio militar obligatorio; sin Santa Iglesia, manchada por su complicidad con la dictadura y por la corrupción y abuso de menores; ni patria, entregada a bajo costo y sin vergüenza, con la convicción de que era lo que la hora demandaba, lo posible, lo real y político.

El patriciado porteño devenido en burguesía diversificada ya no ostentaba ni siquiera la centralidad cultural de la ciudad que fue su orgullo, no le quedaba Borges ni Silvina Bullrich. La globalización los arrojó a las páginas de avisos fúnebres de La Nación y a las sociales de la Revista Hola, a encontrarse en el Campo Argentino de Polo y en los studs donde se siguen reproduciendo entre ellos y siguen

realizando su sueño de veranos europeos, a los que van para vender caballos y destrezas a la también venida a menos aristocracia europea. El patriciado murió matando y se llevó con él sus solemnidades, dejando una sola para su clase social caduca y renacida en soja: la guita. Los compañeros realpolitik piensan que los burgueses en el fondo no tienen ideología ni objetivos políticos sino negocios e intereses y que por eso se trata más del pacto y el acuerdo que de la ideología, pero eso no es así, o no es simplemente así. Mirado en perspectiva toda etapa del proceso de acumulación capitalista produce su propia ideología, sus propios símbolos, su propia estética, que permite que se socialice lo que necesita que se socialice, que se aprenda lo que es necesario que se aprenda y se deje de aprender lo que ya sobra.

Nosotros, en el palacio, de la curricular enciclopedista para el buen porteño de clase media aprendimos pocas cosas, las justas para pasar de año, lo que tampoco sucedía siempre. Pero sí que leíamos libros, más de lo que leeríamos durante el resto de nuestras vidas; también revistas, textos, contextos, pesadillas y deseos. A veces sueño con pasillos, con aulas y rincones del colegio y me despierto y descubro que nunca estuvieron ahí. Dormido vuelvo a bajar a los gabinetes en busca del frasco con la media cabeza sumergida en formol, en busca de las muestras ordenadas por fecha y tamaño, busco el ojo, la oreja, el pulmón amarillento, la lombriz solitaria de reproducción hermafrodita y segmentaria, el corazón humano que había sufrido de gigantismo y seguro que también de mal de amores. Voy a la biblioteca donde conseguíamos algunos libros que nos llevaron a otros libros que nos llevaban a otros libros y a la sala de música donde aprendimos sobre ditirambos mientras la música siempre estaba en otro lado y eran como promesas de un paraíso por venir, confort y música para volar.

Y la música que escuchábamos se la contábamos a todos según cómo decidiéramos vestirnos y con la misma ropa opinábamos de vos y de tus opiniones. ibamos a los recitales y a las buenas fiestas donde circulaban las drogas legales y las ilegales, las blandas y las duras, entre ellas las más truculentas, el amor y el sexo, que con un beso te la subían y de un desaire te mandaban al subsuelo del desamor, nuestro propio y personal subsuelo hecho de una educación sobre el cortejo y el romance formateada en las películas y en los estribillos de canciones de rock. Andábamos en ese tema como en tantos otros a los tumbos como pequeños elefantes guachos. Muchos de aquellos adolescentes quedaron en el camino. ¿Cuántos punkis murieron en el aquel palacio olvidado? Pinky, quemándose la sien de un balazo accidental que no lo fue tanto. Pankés, que estaba con él, que lo sobrevivió unos años y después se colgó con una cuerda en la habitación donde tantas veces habíamos matado el tiempo hablando boludeces. Emilia, que se ahogó con gas en su pequeña casa de familia ferroviaria al costado de las vías del Sarmiento, en la calle Bulnes. Salvador, que se abandonó en esas mismas vías antes que pasara el tren. Malena, que era hermosa y triste y se tiró de la terraza en su casa de Chacarita y sobrevivió, pero se jodió la columna. Todos ellos menos Malena, murieron jóvenes y hermosos y eran mis amigos. En los sueños del colegio a veces quieren aparecen y es ahí donde aprovecho y los vuelvo a abrazar.

Un día, durante un recreo, el suelo del patio se hundió. Crash. Un buraco sin metáforas. El suelo cedió. Crashhh. Los adolescentes que andábamos por ahí en el recreo, parados, sentados, caminando, saltando, solos o en grupo, corrimos desde todos los puntos del colegio hacia el buraco porque así de

fuerte es la pulsión suicida en la adolescencia, y armamos una roda como de riña de gallos y nos fuimos turnando para asomar nuestras cabezas y examinar en la oscuridad qué cosa se nos daba a descubrir. El subsuelo tenía leyendas, por eso la expectativa y la exploración. Se hablaba de una pileta en la que había muerto un alumno de forma dudosa, tapiada y fuera de uso desde el hecho. Otra versión hablaba de la misma pileta tapiada y fuera de uso, pero a causa de haber sido usada como cámara de torturas durante la dictadura, lo que explicaba, de paso, que al pasillo del subsuelo se lo llamara “la morgue”.

Una historia de la morgue había logrado pasar de boca en boca, de camada en camada, una que trataba del antagonismo eterno entre dos muchachos, los dos de estatura promedio nacional, los dos de ojos y cabello negro, los dos de bigotes, los dos de la peronista Unión de Estudiantes Secundarios. Estos dos estudiantes habían rivalizado durante años por la conducción de la UES del colegio sin llegar jamás a un acuerdo, a pesar de la mediación de propios y ajenos. Uno era heterodoxo, de palabras suaves, persuasivo y conciliador hasta el extremo de la falsedad, y el otro de palabras filosas y sagradas, ortodoxo hasta el dogmatismo, terco para negociar y desagradable en sus opiniones sobre los otros. Un día de mediados de los setenta pasó lo que ya no había forma de seguir evitando. El más ortodoxo, que era un año mayor, se graduaba, era su última tarde en el edificio y también la última e irrepetible chance de ajustar cuentas. El heterodoxo, contra lo que muchos auguraron, no le rehuyó al duelo. La pelea fue larga y a puño limpio, tan larga que hasta los pocos testigos que estuvieron allí quedaron extenuados. Con sangre en las manos, en la nariz, en la boca y en la camisa. Separados por sus propios amigos, prometieron continuarla allí donde se volvieran a cruzar. La leyenda dice que todos los 17 de noviembre se presentan en el subsuelo con la complicidad del personal de ordenanza y al amparo de la noche vuelven a batirse una vez más como viejos enemigos, como siameses de un mismo odio, ya hechos un solo cuerpo, una unidad hermafrodita en búsqueda de su propia reproducción, segmentaria.

Un día, como ellos, nosotros también nos fuimos del viejo palacio. Comenzamos a trabajar en laburos mal pagos y arrancamos la universidad. Nos acercamos a los barrios, colaboramos con los movimientos de desocupados, fuimos y venimos de la militancia universitaria a la territorial, a organizar de abajo hacia arriba, porque desde arriba no se podía hacer nada, no existía, esa gente no andaba por donde ibamos nosotros. Leíamos, escribíamos, armábamos merenderos, comedores, medios alternativos, ya nos habíamos plantado varias veces con la policía, con los servicios, con algunas patotas patronales, eso sin contar los roces de estilo y con daños controlados con las demás corrientes políticas. Y en eso, un día de diciembre del 2001, se nos terminaron los años noventa.

Una pregunta me daba vueltas por la cabeza en aquellos años en los que todavía no terminaba de conocerme y era si Iba a ser valiente cuando todo, por fin, se fuera al carajo, Por algún motivo jamás se me cruzó por la cabeza la posibilidad de que todo eso no se fuera al carajo, eso iba a pasar, peor yo no estaba seguro de no ser un cobarde y en mi escala de valores no había más abajo. Me lo preguntaba con sorpresa, en más de una ocasión realmente angustiado. La valentía era poner el cuerpo más que poner la cabeza, esa parte del cuerpo donde se aloja la lengua. Yo pensaba y todavía pienso que lo que se dice con la lengua se debe sostener con el resto del cuerpo. Es un sentido de responsabilidad que hace de la convicción política un arma arrojadiza en el mejor sentido; lo que se

dice tiene una consecuencia, obliga a hacer, deshacer o abstenerse de hacer. No se ofende gratis, si se ofende uno sabe que eventualmente tiene que dar una pelea. El 2001, entre otras cosas, me dio la certeza de ser lo suficientemente valiente y esa certeza no es nada banal sino algo muy potente,

Unos dos años antes de diciembre del 2001, más o menos, no recuerdo con precisión la fecha, tuve otra oportunidad de saber si frente a una situación que lo requería sabía actuar o no con coraje. No recuerdo la fecha, pero si recuerdo muy bien el lugar, el aula 20 de la facultad, ahí la vi contra una ventana, su figura de espaldas, fumando, Tenía una reunión con ella, era de otra facultad en la que no teníamos nada y quería sumarse a militar en nuestro grupo. Harry me lo había dicho, era muy linda. La puerta del aula estaba abierta y me quedé parado en el vano. Ella se dio vuelta en un movimiento rápido como si hubiese sentido el peso de mi mirada, de hecho, seguro debe haberlo sentido. Contra la ventana, ahora de frente a mí, la chica me estudiaba, pensaba si era o no su contacto. Llevaba una camisa celeste liviana y los ojos más grandes de la ciudad y muy castaños en su cara muy pálida, muy castaños y muy grandes los ojos y el pelo largo también castaño. Todo eso enseguida estuvo en mí, cerca de mí y quizás nunca para mí si yo no era lo suficientemente valiente como para decirle algo que la hiciera reír.

- Hola, soy Camila ¿Vos, Juan Manuel, no?

-XXII-

El viernes 28 de diciembre de 2001, frente a la página en blanco, volví a preguntarme si era o no era valiente. Buscaba la forma de terminar de contar *"La leyenda de Posadas",* el trotskista espacial. El guion hasta ese momento había sido apenas un chiste largo sostenido a medias con amigos, pero párrafo tras párrafo, se hacía más transparente eso del chiste y su relación con el inconsciente y no con mi inconsciente sino con el de cualquier militante revolucionario, con su supuesta fe en la humanidad y su abuso de categorías totalizantes como pueblo, clase obrera, nación, que resultan las más de las veces categorías bastante corridas de la vida de la clase o del pueblo o de la nación. Y así como en un principio me atrajo la vocación de lucha del trotskismo, pronto el pretendido cientificismo del trotskismo me pareció una pedantería que prefería tomar por delirante, pero sabiendo que era un problema porque yo militaba en el trotskismo y ese pretendido cientificismo estaba en su núcleo y era la certeza que movía hacia adelante la máquina de su pensamiento y de su acción y además era, en sus propios términos, muy eficaz.

Dedicarme, entonces, a circular una sátira sobre el delirio trotskista, con la pequeña dosis de humillación que implica toda sátira, al mismo tiempo que intentaba poner en pie el partido de la clase obrera en medio de la peor crisis económica de la historia argentina, era algo que sabía que podía ser tomado por muchos de mis compañeros, de mínima, como una chiquilinada, un inoportuno divertimento pequeñoburgués. Ese mismo viernes, unas horas más tarde, tenía una actividad en un hotel de Once que había sido abandonado por sus dueños, una pareja que se había ido del país acosados por un tumulto de acreedores cada vez más impacientes. Nuestro plan era presentarme habitación por habitación y proponerles a los inquilinos que pusieran el hotel bajo su control, iniciando un proceso que algún día, con viento a favor, podía concluir de mínima en una usucapión, de máxima en una cooperativa que se hiciera cargo de la gestión del hotel como negocio.

En *"La leyenda de Posadas",* el trotskista espacial, no podía ocultármelo, se parecía demasiado a un compendio de mis sospechas, mis precauciones, y unas cuantas certezas que iban en un sentido contrario a mi militancia, que se basaba en una certeza (repito: científica) en el futuro socialista, no solo de Buenos Aires y de la Argentina, del mundo. Yo no creía en la existencia de leyes sociales, no me gustaba la idea de la existencia de leyes sociales como leyes naturales y, más aún, creía en la importancia determinante de las excepciones. Yo nunca dejé de creer que la política es más un arte más que una ciencia. No me divertían mis amigos y mis amigas cuando estaban en el trance del materialismo histórico y el marxismo-leninismo canónico, pero los amaba cuando inventaban algo que se burlaba, se escapaba, de los rigores de la ortodoxia, cuando eran generosos y arriesgados, cuando hacían con cuatro palitos una forma, aunque fuese medio floja y mal trazada. Y eso era lo que sentía, aunque sabía que una patafísica de la política no puede organizar la vida militante de ninguna organización. Escribiendo sobre Posadas y los platos voladores me di cuenta del tamaño enorme de mi contradicción.

Finalmente había logrado juntar una buena cantidad de información sobre Posadas. Posadas no había sido una isla sino parte de una corriente de socialismo sci-fi que había arraigado en el suelo argentino al igual que lo han hecho casi todas las corrientes políticas en esta tierra fecunda. Posadas habría

recibido una influencia determinante de un militante socialista pampeano llamado Dante Minazzoli, y de otro militante, Paul Schultz, de origen alemán, radicado en el país, que habría sido el otro impulsor fundamental de las teorías extraterrestres del posadismo. El especialista Abel Gibert siguió una huella que lo llevó hasta una tradición *"que viene de los Urales: el entusiasmo cosmista de la Rusia del siglo XIX, la inmediata ciencia ficción que avizora sorprendentes realidades y, más tarde, el desarrollo de la industria espacial soviética que, en sus comienzos, se apoya en las lecturas de Julio Verne. Una de esas novelas claves es Red Star. Su autor, Alexander Bogdanov, fue uno de los protagonistas del gran levantamiento contra el zar en 1905. Un histórico antagonista de Lenin, economista, diseñador de la primera política cultural de los bolcheviques, la Proletkult, y, también, defensor de la teoría del rejuvenecimiento a través de la transfusión de sangre".*

En mi guion Posadas se juega entero al entrismo en el Partido Comunista y está al borde de lograr sus objetivos cuando se desata la llamada Crisis de los Misiles, entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Sus infiltrados en la cancillería soviética empujan al primer ministro Nikita Kruschev a un enfrentamiento global con el imperialismo, pero cuando faltan segundos para el desenlace y el botón rojo está apenas a pocos segundos de ser apretado por el líder comunista, la burocracia obra entre las sombras por una solución amigable y la convivencia pacífica. Posadas siente el impacto de ese fracaso, tuvo la victoria entre las manos y se le escapó como arena entre los dedos, devastado y decepcionado de los humanos, se eleva a los cielos, porque quién no alza la mirada hacia allí cuando se siente arrasado y busca una explicación. Posadas está en París, en su departamento de Montmartre y hace días que no sale de su habitación porque no soporta a nadie, no se soporta a sí mismo, y sólo lo alivia escuchar música, poner un disco de Gardel tras otro porque Posadas fue cantor de tangos, eso es un hecho, y es un admirador de Gardel, al que seguro consideraba como un ser de otro planeta.

Suenan entonces las guitarras criollas, ecos que viajan en el espacio y el tiempo, escucha una vez más los viejos acordes tan conocidos y se acerca a la ventana y mira París en invierno, brumoso, azul, gris, rosa, y sabe lo que le duele, eso es que no han sido unos tristes burócratas de los Urales los que han hecho fracasar su plan, sino que los arreglos se hayan dado en otro plano, en una mesa en la que él todavía no se sienta y en la que juegan sus cartas actores, quizás convenga decir seres o entidades, que no se mueven con las mismas leyes que se mueven los pedestres mortales de este planeta. Lo derrotaron, pero casi lo logra. El lugar común dice que de las derrotas se aprende y debe ser cierto porque él entendió algo fundamental: ellos ya están interviniendo, ellos ya están entre nosotros, entonces hay que hacer política con ellos. Posadas repite la frase, entonces hay que hacer política con ellos, entonces hay que hacer política con ellos, y rompe su letargo, se precipita hacia el escritorio, saca su pluma y unas hojas en blanco del cajón, y comienza a escribir un texto. Escribe como un hambriento, como un sediento, un desesperado, escribe que en adelante los socialistas deberán apelar a los seres de otros planetas para que, cuando vengan aquí, intervengan y colaboren con los habitantes de la Tierra en la supresión de la pobreza y no se entreguen a alianzas con los peores de nuestra especie, los imperialistas, que son los que se presentan ante ellos como los líderes y posibles negociadores. Es tanta la fiebre que lo embarga, que en el trance no se da cuenta hasta que pone el punto final que ha escrito en francés. Se extraña. Nunca antes había escrito en esa lengua extranjera ahora evidentemente suya. Sigue adelante, decide un título: *"Les soucoupes volantes, le processus de*

la matière et de l'énergie, la science et le socialisme". Lo escribe en el tope del texto. Vemos la tinta negra corriendo por la hoja granulosa en un primer plano.

Corte.

Plano medio de Posadas volviendo a la ventana.

Corte.

Desde el otro lado de la ventana vemos a Posadas que mira París en invierno, brumoso, azul, gris, rosa. La cámara abandona a Posadas y se queda con el paisaje mientras Gardel en fade in, canta, *"contemplo la nieve que cae blandamente, desde mi ventana que da al bulevar, las luces rojizas, con tono muriente, parecen pupilas de extraño mirar".* Y bajan los créditos.

Mi dedo índice descendió violento como una pedrada sobre el botón del punto que era el punto final del guion. Imprimí una copia para Camila y nada más. Con un par de clicks guardé el archivo que quedó ahí por años hasta que fue absorbido por el agujero negro de la obsolescencia programada. Había terminado con Posadas, y ya podía comenzar con otra cosa.

Unos años después del 2001, el POR Posadista se hizo kirchnerista. Si no me creen pueden ir a leer Frente Obrero, órgano oficial del posadismo argentino, http://4tainternacionalposadista.org.

Muchos peronistas se sorprenderán de que los troskos de los platos voladores, al final, sean compañeros o casi. Pero no debería llamarnos la atención, ya que sabemos que hay acuerdos que se cierran en otras mesas, en otros planos.

Me fui a la actividad del hotel de la calle Jean Jaurés. El verano levantaba los olores de descomposición que impregnan la zona vecina a las vías, más abandonadas que nunca aquel diciembre. Era una casa de comienzos de siglo XX que debió haber sido hermosa y fresca, un viejo paraíso de patios contiguos y galerías devenido en hotel barato. Empujados por el calor y amparados en el clima festivo de fin de año, los inquilinos habían sacado los parlantes y las mesas afuera, se habían juntado en grupos y compartían cervezas y ceniceros mientras las cumbias endulzaban las horas. Era un escenario que no preveíamos pero que quizás nos convenía. Nosotros eramos tres y a los dos compañeros no los conocía mucho, eran de Filo y no había tratado mucho con ellos antes, así que charlamos muy poco y nos pusimos a la tarea. El clima distendido jugó a nuestro favor. Nos fuimos presentando, diciendo de dónde veníamos y a qué y todos, por buena educación o curiosidad, nos dejaron sentarnos un rato con ellos. Al principio eramos una suerte de número atractivo que venía a romper la rutina. El fuego de nuestro entusiasmo tenía que ser contagioso y lo era, pero en la medida en que se daban cuenta que veníamos a tratar el tema del futuro del hotel y que veníamos a tratarlo a fondo, gradualmente se iba disipando la atención, no de todos pero al menos de unos cuantos, que comenzaban a meter chistes y salidas disparatadas. Nosotros devolvíamos esas digresiones con la elegancia de un tenista que va pasando al otro lado las bolas lentas porque teníamos el don de jamás perder el hilo, auqnue en muchos casos yo sugería directamente dejar la charla para otro momento. Otro momento, eso quizás era mejor, era verdad, decía la gente. Eso nos hizo cambiar el plan y al tercer grupo que

encaramos ya nos presentábamos introduciendo el tema de una forma muy amplia y quedando en encuentros para la semana siguiente. Resultó muy efectivo. Todos, o casi todos, estaban dispuestos a charlar, así que después de la breve intro nos entregábamos a hablar boludeces y a estar un rato a la bartola y de esa manera nos hicimos amigos de un trío de correntinos que habían venido a probar suerte con su grupo folclórico; de unos peruanos recién llegados que, por lo que dedujimos, eran carteristas y barras del Alianza Lima y que tenían el objetivo de ir a la cancha para escuchar los cánticos y adaptarlos para alentar al club de sus amores; de una familia de evangelistas, papá, mamá, nena y neno, gente del Pastor Giménez, que nos invitaron a que fuéramos en alguna ocasión a las ceremonias que el pastor organizaba en un viejo cine de la Avenida Rivadavia, donde se cantaba, se bailaba, todo a la gloria del Señor Jesucristo, Rey de Reyes; de dos lesbianas de pueblo, del sur de la provincia, cerca de Bahía Blanca, una notablemente masculinizada, la otra notablemente feminizada, que tomaban mate en un jarrito muy chiquito color rojo, las dos apartadas en su habitación, con pinta de estar pasándola muy mal pero que eran muy amables e inteligentes y fueron ellas dos las que más se interesaron por nuestra propuesta y con las que más tiempo nos quedamos; de un vendedor ambulante que vendía afiladores y nos terminó haciendo una demostración que, nos prometió, era la misma que usaban para concitar la atención de los transeúntes de la Plaza Once, era bueno con la palabra y con el afilador ese vendedor que nos hizo conocer también a su mujer, una señora bajita de voz sorprendentemente grave, que trabajaba de confundirse entre la gente durante los shows de su marido y simulaba ser una compradora porque eso, según sus palabras, provocaba la avidez del público y claro que le creímos porque sabían de lo que hablaban y de hecho le compramos el afilador aunque no lo necesitábamos; y finalmente, en una habitación en el fondo, nos hicimos amigos de una parejita de dos jóvenes suizos, uno que no decía ni jota y sudaba a mares y otro, la chica, que se las arreglaba muy bien en un castellano afrancesado y nos contó que justo estaban decidiendo, entre vodka y vodka, cuál sería su próximo destino, que tocaba que fuera lejos, muy lejos, de Buenos Aires, pero que igual les interesaba escuchar qué iba a pasar con el hotel porque los habían tratado muy bien y eran todos un poco borrachines como ellos y por eso ella amaba bien mucho esa gente.

Cuando salimos del hotel estábamos medio en pedo. A mí nuestros nuevos contactos me habían parecido una canalla encantadora, a mis dos compañeros, en cambio, había algo que no los convencía. No eran los inquilinos, el problema eran ellos mismos, los había invadido una tonta culpa revolucionaria. No teníamos que haber escabiado en una actividad, se reprochaban mientras caminábamos de regreso. Y sí, también había algo de decepción por no haber sabido torcer el desinterés tajante que mostraron casi todos en tratar cuestiones así de graves la tarde del último viernes del año, en medio de una jornada de brindis y descanso. No entendí a mis compañeros ¡Si la habíamos pasado muy bien! Y no pude hacer nada por cambiar su forma de ver las cosas.

Esa diferencia entre ellos y yo, ahora lo puedo entender, venía de lejos. A pesar de mis esfuerzos por asumir las formas de la izquierda revolucionaria, yo venía de una crianza peronista y en el peronismo no hay un perfeccionismo de clase, no se aspira a un estado futuro al que la clase obrera va a llegar y que una vez alcanzado será la plenitud, la base para librar a la tierra de todos sus males y transformarla en el paraíso. En la izquierda revolucionaria se construye y se perfecciona un mesias que vendrá. En el peronismo no. El peronismo es más como el reino de Dios en la tierra. La justicia social se realiza,

es ahora y siempre es ahora, es imperfecta por definición. Claro que se planifica y se mejora, pero lo básico del peronismo es que es la organización del pueblo como el pueblo es y no como se supone que debería ser, para que así comience el camino de la felicidad que es una de las funciones fundamentales del gobierno, la otra es la de hacer la grandeza del país, eso se hace despacito y de a poco (Perón, 1973)

-XXIII-

En el 2002 comenzó un largo y poderoso proceso de resurrección de una lengua muerta, la del peronismo, una lengua que nos había sido arrancada de un tirón al precio establecido por el Banco Central de un peso, un dólar. Compañeros que llevaban años con el gesto tabulado fueron volviendo con morosidad, con reticencia, y como grandes animales después de la hibernación fueron soltando poco a poco las cuerdas vocales, haciéndolas vibrar en murmuraciones, calentando con mínimas torsiones la lengua húmeda, activando los músculos faciales rígidos de entumecimiento, hasta sentirse seguros para hacer los primeros alardes de aquellas palabras extraviadas. El olvidado esplendor del habla popular comenzaba a renacer en las nuevas versificaciones dejando atrás el capitalismo popular de mercado, las relaciones carnales, las reconciliaciones indulgentes, y la realpolitik que funciona siempre a la baja, en espejo de lo que significa la realpolitik para los países imperialistas. El habla peronista se reintegraba como la expresión de la voluntad de poder del pueblo argentino.

Yo también fui recuperando poco a poco ese mundo que creía perdido en el reino del siempre jamás. Y no fui el único, fuimos muchos lo de mi generación; autonomistas, un montón. Compañeros que se habían hecho una idea de otro mundo posible viendo al Subcomandante Marcos fumándose una pipa en su caballo blanco y habían salido a montar el buen gobierno allí donde se pudiera, y que sintieron que despertaba dentro suyo la vieja lengua materna, la que habían escuchado en su casa como un eco de los bombos de los negros. Quizás nunca la habían hablado antes, pero tenían facilidad para aprenderla porque esa lengua estaba hecha de una gramática y de un léxico muy parecido al de sus mejores deseos. Del 2003 en adelante, los noveles peronioparlantes fueron confluyendo desde sus antiguas comarcas de la Ciudad de Buenos Aires. Llegaban desde pequeños planetas de la constelación estalinoide, cuyo potente astro sol se había helado apenas diez años antes, otros venían caminando por las blancas arenas de la socialdemocracia. Troskos, autonomistas, estalinistas pro soviéticos y pro chinos, socialdemócratas y liberales de izquierda, cada uno trajo alguno nuevo. cada uno con sus taras, cada uno con su tonada y su cancioncita, aportaron al poder de representación de ese nuevo peronismo y es justo decir que en aquel momento inicial ellos aportaron más a ese peronismo de lo que el peronismo les aportaba a ellos, que en la ciudad era precisamente nada. No faltaron los innovadores con pretensiones de inventar dialectos, ni los que, a toda prisa, con la tan mentada fe de los conversos, se erigieron en rigoristas de un nuevo dogma y culto al líder o la lideresa. Todos llegaban, llegábamos, desde diversos puntos de la ciudad siguiendo la estrella que nos convocaba a ver al golem recién renacido.

Entre las caravanas que se arrimaron al peronismo de la reconstrucción pos-neoliberal, la del peronismo de la patria sindical era la que concitaba mayor atención. El movimiento obrero organizado, los sucesores de aquellos que se habían mantenido inconmovibles durante los años de la proscripción. Con honrosas e importantes excepciones, que siempre cuentan, su actuación durante el menemismo había resultado bastante calamitoso, al punto de fungir como asistentes del gobierno durante las privatizaciones y las flexibilidades. Para el 2001, con el desempleo clavado en el 21% a nivel nacional y el 13,4% en la Ciudad de Buenos Aires, la columna vertebral descalcificada y con

actitud escoliótica había perdido poder de fuego y de negociación en un contexto de empobrecimiento y pasaje masivo de los trabajadores bajo convenio a la informalidad laboral.

Con la salida de la convertibilidad y la devaluación, el encarecimiento de las importaciones, la licuación de los salarios reales provocada por la devaluación y la existencia de capacidad ociosa en la industria, se impulsó la creación de empleos y una recuperación fabril sin necesidad de grandes inversiones. Entre 2001 y 2007, el PIB global se expandió el 36,1% y el PIB de las actividades manufactureras se incrementó en un 45,6%. Intervenciones estatales inimaginables bajo la tutela del Fondo Monetario Internacional operaron como mecanismos de redistribución económica, entre otras la convocatoria a paritarias libres anuales, la extensión de la cobertura de las jubilaciones, el restablecimiento del sistema previsional solidario administrado por el Estado y políticas no contributivas de transferencias de ingresos para los sectores más desprotegidos, como la Asignación Universal por Hijo (Cecilia Anigstein, 2019). Estos son algunos datos que alcanzan para dimensionar de qué se trató la primera parte de la era que fue del 2002 al 2015, en la que el movimiento obrero organizado recuperó músculo y poder de negociación, años en los que, además, la CGT se mantuvo unificada como expresión de su recobrada salud política.

Pero el sábado 29 de diciembre de 2001 todavía no pasaba nada de todo eso. Adolfo Rodríguez Saa gobernaba el país a oscuras, con el apoyo, al menos proclamado, de la CGT. Dos días antes había hecho un discurso en el Salón Felipe Vallese de la Sede Azopardo, en el Bajo. El caudillo puntano había prometido una batería de medidas que incluía la derogación de la reforma laboral y la restitución del 13% descontado por el gobierno radical a estatales y jubilados. Los sindicalistas también estaban empezando recuperar la lengua del peronismo, o eso me parecía.

De eso hablábamos con mi padre mientras caminábamos por el hipódromo, a donde habíamos ido a pasar la tarde del sábado. Yo le dije que ese acto me había parecido interesante y mi padre, como había hecho con Menem en el 89, se negaba a tener expectativas, aunque noté que,| a diferencia de aquella vez, en esta ocasión había una sombra de duda, una vacilación. No eramos muchos esa tarde en las carreras. El turf era una actividad en decadencia que, igual que tantas otras cosas en decadencia, nos seguía gustando. A veces ibamos a jugarnos unos pesos, nada grande. Esa tarde mi padre tenía una fija para la 8va carrera, el gran premio de la jornada, 1.800 metros en arena, que se corría a las seis de la tarde. Llegamos tipo cinco y cuarto, cuando se estaba por correr la 7ma carrera, y apostamos por un caballo que elegimos nada más que por su aspecto. Mi padre lo eligió en la ronda sin siquiera mirar sus estadísticas, por la compostura en la marcha, la fuerza de las patas y el brillo en los ojos. Salió segundo a medio cuerpo. Nada mal. Su chaqueta era amarilla y todavía me acuerdo de la remontada que hizo en los doscientos metros finales. El caballo se despegó del pelotón de atrás y limpió a cuatro rivales hasta quedar a medio cuerpo de llegar primero al disco y yo, agarrándome de la baranda de la Tribuna Paddock, a una fracción de segundo de mi primer infarto de miocardio.

La carrera terminó y le siguió el momento de los rituales de la premiación: la foto, la entrega del trofeo, el trote cansino de los caballos perdedores por la pista, la foto del dueño rico del caballo, un gordo canoso de camisa y pañuelo en el bolsillo, junto al dueño pobre del caballo, el peón que lo cuidaba a diario. No queríamos ver nada de eso, habíamos perdido, así que fuimos a comprar unas

cervezas y nos echamos a la sombra. Le pregunté cómo se llamaba nuestra fija para la próxima carrera. Mantequilla Nápoles, me informó. Era un gran nombre. El abuelo era de Nápoles, ¿verdad? No, el abuelo era de Calabria. Pensé que era lo mismo. No lo es y hasta las mafias son distintas, me informó mi padre: la napolitana es la Camorra, la calabresa es la 'Ndrangheta. Me parece un buen nombre Mantequilla Nápoles. Sí, a mí también, concedió mi padre, era un boxeador, agregó. Me imagino que italiano, comenté. No, no, no era italiano, negó mi padre tres veces; era cubano y no era rubio, era negro, pero como pegaba con mucho estilo le pusieron de apodo Mantequilla. Qué elegante, ahora me gusta más todavía, insistí mirando el ancho cielo que se recortaba sobre los árboles en el horizonte.

Siempre que ibamos al hipódromo la presencia del abuelo estaba en el aire. Había tenido caballos de carrera y aunque ninguno había sido un crack, fueron su desvelo. Los cuidaba, los mimaba, durante los años de su madurez se entretuvo con esa actividad que le había permitido pasar al otro lado del hipódromo, desde la Tribuna Paddock de Palermo a las caballerizas y los studs. De todo eso a mi padre nada más le habían quedado algunos contactos, que cada tanto, como esa tarde, le filtraban una fija.

Mi abuelo había sido el primer peronioparlante de mi árbol genealógico, el original. Fue parte de la generación que hizo el 17 de octubre, un hombre de José Alonso en el Sindicato del Vestido. Como José Alonso, mi abuelo también provenía del Partido Socialista al que se sumó atraído por la figura de Alfredo Palacios, cuando todavía no había perdido del todo su acento italiano. Como José Alonso se alineó con los peronistas contra los comunistas a la hora señalada. El 16 de octubre del 1945, la CGT convocó a la huelga general para el 18 de octubre. El 17 de octubre, contagiado por el desborde masivo, mi abuelo Vincenzo, Vicente, llamó a todos los sastres de la Casa Harrods de Córdoba y Florida, sus compañeros, a dejar los puestos de trabajo y caminar la corta distancia que los separaba de la Plaza de Mayo. La convocatoria fue un éxito. Mi abuelo siempre puntualizaba que sus compañeros sastres eran todos invertidos, pero que eso a él nunca le había importado y menos molestado y que, por el contrario, eso lo hacía destacarse entre los cientos de mujeres que concurrían a la tienda en busca de los últimos modelos llegados de Londres, Milán, y París. Los directivos y militantes sindicales de otras fuerzas maltrataban o subestimaban a los homosexuales, pero él no, y por eso ellos lo amaban, lo votaban y lo ayudaban con las clientas cuando mi abuelo necesitaba que le hicieran la segunda. Así vivió Vicente entre actividades gremiales y mujeres hasta que se despidió del bulín y se casó con una gallega que había llegado con su familia de republicanos exiliados. De todos los quilombos de su vida, eligió quedarse con el de la política.

El quilombo de la política. Cuando me preguntaban de qué trabajaba mi padre, yo respondía que estaba en la política, nunca supe explicar qué hacía en la política además de hablar de la política como en ese momento hablaba conmigo. Salí de la conversación sobre Mantequilla y le pregunté por qué detestaba tanto a los sindicalistas si el abuelo era sindicalista. Yo no odio a los sindicalistas, nada que ver, sólo a los hijos de puta, me respondió. A Alonso lo mataron ustedes, acusé de una forma un poco generalizadora para provocar. Eso dicen, aceptó, tendrías que averiguar a pedido de quién. La narración periodística cuenta que Alonso iba en el auto del Secretario General Adjunto del Sindicato del Vestido, Enrique Micó, cuando se detuvieron a socorrer a un hombre que había pinchado una goma. No tuvieron tiempo para mostrar su buena voluntad, un comando salió de su escondite y

descargó una intensa balacera sobre el cuerpo de Alonso. La pericia precisó que los balazos que habían entrado en su cuerpo habían sido catorce, no tantos como los que recibió José Rucci. Enrique Micó, por fortuna, digamos, salió ileso. Alonso se fue al más allá. Micó se quedó con la conducción del sindicato. Eso había sido en 1970 e inmediatamente un grupo del Peronismo Revolucionario se adjudicó la acción. Habían pasado cinco años desde de que José Alonso había cesado en su cargo de Secretario General de la CGT.

Mi padre se limitó a decir que sí, que esa generación había hecho el 17 de octubre, pero que muchos de ellos, como Vandor y Alonso, después habían traicionado y que había estado mal meterle 25 balazos a Rucci, porque tendrían que haber sido algunos más. Alonso había traicionado firmando suspensiones con la patronal, expulsando e intimidando a los delegados combativos, dilapidando la guita del sindicato en operaciones injustificables y, lo más importante, transando a espaldas de Perón con Levingston, el dictador de turno, y jefe de la SIDE en el 56. Se me ocurrió hacerle alguna objeción sólo por romperle los huevos, recordarle lo que me había contado tantas veces sobre lo bien que lo trataban cuando era un niño y el abuelo lo llevaba a unas largas y aburridísimas reuniones en la sede del sindicato de la calle Tucumán 737, pero al final me bajé de esa. Había que dejarlo al hombre con sus recuerdos y sus ideas, que eran de una época diferente, en la que la violencia y la política miliquera habían tapado, envuelto y ahogado a toda la sociedad argentina en su lógica.

Las ventanillas habían abierto y ya tomaban apuestas para la 8va carrera de la jornada. Bajamos juntos los escalones de la Paddock felices de poder poner nuestro dinero a Mantequilla Nápoles. No podía saberlo, pero por razones que no vienen al caso explicar ante ustedes, compañeros, esa iba a ser la última vez que iba a ir al hipódromo con mi padre, porque después dejamos de vernos durante décadas. Cada tanto me enteraba de su vida por intermedio de algún conocido, cada tanto me lo cruzaba en algún cumpleaños familiar y nos saludábamos con cortesía.

Mi padre, lo dije antes, varias veces me había contado que había sido parte de unos comandos montoneros que durante la dictadura hicieron entrar y salir personas por las fronteras argentino-brasileñas. Siempre repitió que su compañera en esas actividades había sido la misma persona, una mujer a la que yo conocía, y ustedes también, por su camaleónica actividad pública. Lo único que puedo decir es que cierto que una vez los vi hablando al pie del escenario después de un acto en la ya demolida Confederación Suiza de la calle Rodríguez Peña, eso es lo único que puedo aportar. Otra de las cosas que mi padre cuenta es que participó de un entrenamiento militar en las montañas riojanas. Habla de unos campos rojos, verdes y terrosos, cedidos por el gobernador riojano de entonces. Mi padre sostiene también que durante su adolescencia pasó varias noches parapetado con un fusil en una Unidad Básica de la Jotapé de Mataderos, para repeler los ataques frecuentes de las pandillas fascistas del Comando de Organización. Mi padre sostiene haber sido encarado en un baño público por el emisario de un importante y cachetón comandante montonero que quería hacerlo volver al redil y asegura que a esa propuesta se negó sin vueltas. Mi padre sostiene muchas cosas, pero una fama lo precede, la de ser un inventor de historias fabulosas, muchas desacreditadas por otros implicados en ellas, por ejemplo, mi propia madre, que asegura que ninguna de esas cosas pasó jamás.

Mi padre sostuvo algo de todo esto que recapitulé ante una comisión oficial para obtener el reconocimiento de su calidad de víctima del terrorismo de Estado por exilio forzado y fue rechazado. Eso fue en los años ochenta y le fue mal, pero insistió una década y media más tarde y en julio de 2002 obtuvo un fallo de la Corte Suprema de Justicia de la Nación que reconoció su derecho a obtener una nueva respuesta, bajo los criterios de la nueva ley que se había sancionado en la materia, a su solicitud de reconocimiento. Nueva respuesta que le había sido negado por la Secretaría de Derechos Humanos en función de la anterior. Mi padre fue presentando y agotando los recursos uno a uno hasta llegar al máximo tribunal y sentar precedente. Esa tenacidad, que le salió dinero y le llevó tiempo, me parece una insistencia muy poco frecuente en un simple mentiroso y la sostuvo durante décadas y hasta hoy.

En un momento, al encarar la escritura de este ensayo, pensé en investigar las presentaciones administrativas y judiciales. La primera de todas la vi porque estaba en su maletín y era, desde el punto de vista profesional, realmente muy floja. No quise leer la siguiente presentación. No soy detective y no me divierte jugar a serlo, nunca me engancharon las novelas policiales. Con el paso del tiempo comencé a creer, no sé si en los hechos, que probablemente no conoceré jamás, sino en la potencia constituyente de su narración.

Como en la historia de Posadas, uno puede preguntarse hasta qué punto una biografía está hecha de verdades jurídicas e históricas y hasta qué punto de lo que uno se cuenta a sí mismo. Yo, en lo personal, creo que algunas mentiras son más verdad que cualquier descripción naturalista o curricular de un ser humano. No es que todo sea mentira y nada sea verdad, o que no importe distinguir entre una cosa y la otra, es necesario que en el debate público nos acotemos a los hechos comprobables, los que existen más allá de nuestra propia percepción. La materialidad de los hechos objetivos no es relativa y en la arena de lo público es lo que importa, excepto para establecer los principios generales, que son de valoración moral. Lo que intento decir es que, en el plano de lo subjetivo, en el auto-relato que hacemos de nosotros mismos y nos constituye, no aparezca como elemento rector un elemento de tipo ficcional. No sé si la clandestinidad de mi padre ha sido real o una invención. Si tengo que arriesgar, diría que le creo a medias, arriesgo que hay una media verdad, menos heroica, más modesta, igual valiente, ficcional en el sentido de recreada y no de falsa. Mi padre sostiene, y en ese sostenimiento hay una necesidad de dejar abierta una duda, en allanarle camino a su verdad. Su caso es incomprobable, pero también el de tantos otros que han vivido episodios de atropellos y abusos de la dictadura que jamás han sido denunciados y que se perderán en el tiempo sin ser salvados por ningún escribano público o escritor privado. Hechos que han muerto en la oscuridad como tantos protagonistas de aquella época. Rodolfo Walsh en su Carta a Vicky dice que verdadero cementerio es la memoria. En el sostenimiento de su verdad contra todos los desmentidos, resoluciones administrativas y fallos judiciales, yo siento que mi padre abraza en su memoria al joven comprometido y valiente que cree haber sido, y que yo creo que efectivamente fue.

Ese sábado de diciembre de 2001, Mantequilla Nápoles ganó por varios cuerpos. La chaqueta negra de Remo Manfredini pasó rauda y brillante delante de mis ojos, triunfal. Mi padre tenía la fija, no me había mentido. Nos abrazamos y ganamos buena plata, pero lo mejor de ganar en el hipódromo no es la plata, eso viene por añadidura, sino sentirse, aunque sea por un momento, besado en la boca

por la fortuna, elegido y arrancado de la senda de la derrota que, particularmente en Buenos Aires en diciembre de 2001, era toda la senda existente. Por eso el abrazo y los brindis que siguieron y que nos encontraron a la noche en la terraza de una parrilla de Costanera Norte, comiendo los dos solos, hablando de política y de fútbol y de carreras y de películas y de amigos, de todas esas cosas que son como hablar de uno mismo sin tener que decir jamás la palabra yo.

-XXIV-

En los inicios del kirchnerismo, una parte importante del peronismo porteño realmente existente, el de Grosso, empleado destacado del grupo SOCMA, funda Compromiso por el Cambio, el agrupamiento con el que Mauricio Macri se lanza por primera vez como candidato a Jefe de Gobierno en el 2003. La candidatura de Mauricio lleva en la boleta el sello del Partido Justicialista de la Ciudad de Buenos Aires. En esta continuidad entre el grossismo y el macrismo radica una de las claves de la política porteña de las últimas dos décadas y una de las claves de la crisis identitaria del peronismo porteño en ese mismo período. El peronismo que resuelve no licuarse en el macrismo no va a desarrollar un plan alternativo para la ciudad, no en un sentido integral que implique al menos el comienzo de una puesta en práctica, de una praxis. Grosso, bien o mal, sí que había llegado a ese momento. Había avanzado en un plan político que era un plan de negocios permanente y eso le garantizaba una base muy concreta, hecha de acuerdos y pactos y no de abstracciones, que confluyó con naturalidad en la etapa superior de ese plan de negocios, producto de una ciudad que tenía más competencias por la nueva organización constitucional, etapa superior del grossismo que conocemos como “el macrismo”,

Después del pase en masa de muchos de sus cuadros al progresismo, primero, y al macrismo, después, un peronismo porteño vacío de ideas y de territorio, afuera hasta de su propio partido, se limitó a actuar como un mero amplificador de la política nacional. Es usual esta absorción del debate local por el debate nacional, es algo que le sucede al conjunto de las fuerzas que actúan en la Capital Federal, inclusive a las de la Provincia de Buenos Aires, no sólo al peronismo. Durante el kirchnerismo no se construye nada que le hable a la ciudad como tal. No aparece un discurso con esa vitalidad. Los temas son siempre los nacionales. En la cabeza de Néstor y Cristina no parece haber ningún interés en refundar un peronismo porteño en sus propios términos, más bien se repite el desprecio clásico, y algo vacuo, de los provincianos y las izquierdas nacionales sobre una entelequia llamada *“los porteños”.* La Ciudad de Buenos Aires es concebida como el espacio del otro.

Hay una primerísima etapa en la que el kirchnerismo suma al progresismo que había quedado boyando después del fracaso de la Alianza. Es la transversalidad, el primer gran proyecto político kirchnerista que se quiso tan amplio como expresivo de la nueva etapa, para ese proyecto el progresismo era uno de los peces grandes. El kirchnerismo alimenta al progresismo porteño y lo engorda y le filtra el agua para que se reproduzca en su acuario natural, la Ciudad de Buenos Aires. Los esfuerzos del kirchnerismo no se orientan a la regeneración de un peronismo porteño sobre bases doctrinarias, sino a pertrechar al progresismo para la batalla con el macrismo, un gesto, por cierto, electoralmente más que comprensible.

En las elecciones a Jefe de Gobierno del 2003, Fuerza Porteña, con la fórmula Aníbal Ibarra-Jorge Telerman, se impone en el ballotage al binomio de Mauricio Macri-Horacio Rodríguez Larreta, la fórmula oficial del Partido Justicialista, que ganó la primera vuelta. El apoyo kirchnerista a Ibarra termina siendo clave para revertir el resultado en el ballotage y darle un nuevo mandato a Ibarra, que sería eyectado de la Jefatura de Gobierno a comienzos del 2005 como resultado del juicio político que llevó adelante la Legislatura por Cromagnon. Destartalado el proyecto transversal después de la 125,

hay un cambio de orientación y hay una adaptación al macrismo, hay una elección del macrismo como un oponente perfecto en el marco de la invención de la nueva arquitectura política nacional que, en el dibujo del kirchnerismo, instituiría un esquema bipolar con una centroderecha macrista y una centroizquierda kirchnerista, porque para entonces lo más importante del progresismo ya estaba adentro.

En el llano militante k, como dijimos, prevalece la idea de la ciudad vista como territorio enemigo. Es una concepción que habilitó a que se bartoleé la representación popular obtenida con los votos de los porteños, algo que el kirchnerismo se cuidaba muy bien de no hacer a nivel nacional o bonaerense. Hubo un período en el que las transas y las permutas interjurisdiccionales estuvieron a la orden del día y se hicieron sin demasiada delicadeza. La política del kirchnerismo en la Legislatura fue, con las siempre honrosas excepciones del caso, la del dame y daca con el macrismo, la de sacrificar la buena representación de los porteños en el altar de la gran construcción nacional (en el mejor de los casos), lo que condenaba a su militancia a un quintacolumnismo funcional.

Esa ciudad del enemigo que construye la narrativa kirchnerista no es ficcional, ni poética, nada más es falsa. Es la leyenda de la ciudad que vive en un lujo costeado con la miseria del país profundo. Una mirada muy promovida y compartida por muchos partidos provinciales, que tiene elementos de verdad en tanto como Capital Federal la ciudad fue embellecida y perfeccionada y subsidiada con fondos nacionales, pero también tiene una dosis de eficacia demagógica siempre a mano para arrimar explicaciones a las preguntas y cuestionamientos que a las administraciones y oligarquías provinciales se les hace complicado responder.

La Ciudad de Buenos Aires es la jurisdicción que menos fondos recibe de Nación en proporción a sus ingresos: apenas el 16,4% del total (10,7% de ingresos tributarios y 5,7% de transferencias corrientes y de capital). En tanto, el 77% de sus ingresos provienen de recaudación propia y el 6,6% restante corresponden a otros ingresos propios. También, como la Provincia de Buenos Aires, reciben menos de lo que aporta. Estos datos no implican oponerse a la situación que los generan, nada más desmienten el sentido común que muchas veces opera en el supuesto anti-porteñismo.

De la construcción de una narrativa clásica a la que adhirió el kirchnerismo, de la ciudad del mal contra el interior del bien, surgen dos paradojas.

La primera es que durante sus gestiones siempre han gobernado con un porcentaje muy importante de funcionarios porteños, acentuando esa deformación de la militancia peronista porteña que siempre está pensando en los cargos nacionales, en la dimensión nacional, como si eso fuese natural en un país federal.

La segunda es que a pesar del desentendimiento explicito por regenerar al peronismo porteño, bajo el kirchnerismo crecieron generaciones que efectivamente ya lo están regenerando. El peronismo porteño hoy es muy diferente de aquel que nos fue dado, es más que el Pejota y es parte de una pluralidad que lo supera, pero de la que el peronismo es su mejor expresión. El peronismo porteño desfigurado por la desindustrialización se estancó en el grossismo, pero eso ya quedó en el pasado y eso fue por el kirchnerismo, a pesar y más allá del discurso de Néstor y Cristina y Máximo sobre lo

porteño. El corazón del proceso es generacional y esa generación no está sola, está junto con miles de mujeres y hombres que han atravesado todas las mareas de los últimos cuarenta años y que eligieron seguir construyendo acá, que dijeron a mí me gusta acá. Esos resistentes son fundamentales para dar la batalla por Buenos Aires.

Compañeros, dado que la centralidad de Buenos Aires es inevitable, para modificar el estado de las cosas hay que disputar la ciudad. Se puede elegir dar o no la pelea, pero por principio general, lo escuché una vez en la tele, los peronistas pensamos que las peleas son para darlas. La pregunta es cómo hacer política en Buenos Aires contra el centralismo de Buenos Aires, cómo seguir construyendo la grandeza de Buenos Aires sin que esta oprima al resto del país. Desde la aversión y la pusilanimidad, desde la negatividad, seguro que no se pueden responder estas dos preguntas de una forma provechosa.

Volvamos sobre el pasado, a nuestras propias experiencias, hay que ponerlas en valor, cortar el pasto, pintar el frente, contar más, contar de muchas maneras, contar de nuevas e insospechadas maneras. Las palabras, las formas de decirlas, nos van a ayudar a la realización de acciones novedosas y mejores, a pensar en un futuro por fuera del lenguaje operativo del capital tecnológico arrasador y del lenguaje limitante del posibilismo trucho, porque es un posibilidad que más que pensar lo posible se resigna ante lo dado como imposible. El capital tiene sus propias necesidades y suelen coincidir con las necesidades de las personas y no coincidir del todo, en el medio de esos dos polos; el arte de la política.

Si el 2001 abrió una época, el 2023 del triunfo libertario la cerró. En el medio la pandemia como un acelerador de la revolución tecnológica. La pandemia como un momento borroso y determinante que articuló esa revolución tecnológica con prácticas culturales que ya se venían expresando y que se impusieron a la fuerza durante la cuarentena y el aislamiento, para no retirarse después. Luego de la pandemia, el afianzamiento de las nuevas derechas. Un análisis sobre la pandemia y sus consecuencias políticas excede en mucho a este libro, pero sí cabe mencionar que esas nuevas derechas tienen una peculiar habilidad, que es la de apropiarse de los aspectos conservadores de las sociedades al mismo tiempo que ofrecen un futuro que, lejos de ser conservador en sus formas, es optimista en relación a la posibilidad de organizar y satisfacer el conjunto de las necesidades humanas a través de los desarrollos informáticos. Por si fuera poco, no sólo se adjudican la conservación del pasado y el optimismo sobre el futuro, sino que cuentan con los espacios de discusión pública, las redes sociales, que son de ellos.

Compañeros, esa es la dimensión del desafío. Hay que confiar en la fuerza de la comunidad para ir hacia la comunidad. Por fuerza, habrá en poco tiempo una reacción a las nuevas derechas, probablemente entre los más jóvenes. Un renacimiento de los encuentros reales, una revalorización de la belleza de lo humano. En ese escenario las políticas de cercanías serán claves, el volver a hacer política por fuera de la máquina, desconfiando de la máquina, poniendo al hombre por encima de la máquina.

Siempre hubo desconfianza en la tecnología. De derecha a izquierda nunca faltaron las tendencias demonizadoras de las radios, del cine, de la televisión, quienes denunciaron el efecto letal de su potencia ideológica arrolladora. En la sociedad de masas y del bombardeo de informaciones, el procesamiento de datos surge como una necesidad. Frente a este hecho, es necesaria la crítica y la cercanía, el regreso a la humanidad como determinante de la utilidad de la máquina y no como insumo de la máquina.

Nosotros, las personas que estamos entre dos mundos, hablemos. Hablemos del 2014, del 2009, del 2003, y del 2001, y de antes también. Y hablemos del futuro, que tenemos el mismo derecho a hacerlo que los sabelotodo de Silicon Valley. Se trata, como siempre, de permitir que el trance haga en nosotros su obra y de encontrar así las palabras justas para construir la casa del futuro, mucho mejor, mucho más vasta, que todas las del pasado.

-XXV-

Entonces Néstor vio que en la Ciudad de Buenos Aires había una juventud maravillosa, que estaba en las calles, en las organizaciones de base y en las universidades, y la llamó para que sienten a su izquierda y sean la renovación de los tres poderes constituidos. El militanteducto se puso en mode on y autonomistas, estalinistas pro soviéticos y pro chinos, socialdemócratas, liberales de izquierda y trotskistas, fueron (fuimos) recuperando ese idioma perdido que era el peronismo y llegamos al Estado, cada uno con su misión y sus objetivos, con sus competencias y su presupuesto. Los que habían sido horizontalistas, basistas de la base, capaces de viajar 501 kilómetros para expresar su insatisfacción con la democracia representativa, se entregaron más decididamente que todos los otros a los brazos de un poder unipersonal y jerárquico, fueron desde el principio los más resueltos a recomponer la autoridad estatal quebrada ¿Estuvo mal? Creo que no ¿Cuál es el punto de equilibrio entre la marginalidad política como una coquetería de la buena consciencia y la realpolitik como subterfugio para ser un hijo de puta? Seguro que existe ¿Es fatal que uno empiece siendo una cosa y termine siendo la otra? ¿Cuánto de ciudad terrena y cuánto de ciudad celestial es recomendable?

Si en la salida del Proceso, Sarlo había postulado al discurso técnico jurídico como aquel capaz de reparar y explicar al país inexplicable y Fogwill había advertido que el Proceso había triunfado en impedir volver a pensar en las viejas herramientas del pensamiento revolucionario, en los 2000 el kirchnerismo levanta se recuesta en el paradigma de los derechos humanos como discurso legitimador de la acción de gobierno. La ampliación de derechos no fue construida desde la razón pura del derecho, sino que fue la forma de institucionalizar el avance popular y mientras el fantasma de la crisis duró y el contexto económico acompañó, el paradigma de los derechos humanos cumplió con eficacia su cometido de blindar de legalidad la ofensiva del movimiento nacional, popular y democrático ¿Qué le precedía? Una herencia normativa en la que predominaban los decreto-leyes de los militares y las leyes y resoluciones hijas de la Reforma de Estado menemista que había llevado a la bancarrota al país.

El paradigma de los Derechos Humanos estaba lejos de haber sido diseñado con aquellos instrumentos del pensamiento revolucionario que el Proceso había sacado de circulación. Pera muchos compañeros que sí habían conservado durante más de veinte años esas viejas teorías y prácticas revolucionarias, a veces de una forma un poco chanta, a veces de un modo tan sacrificado como el del Capitan Koons, el personaje de Pulp Fiction interpretado por Christopher Walken, que durante los cinco años de su cautiverio en un agujero de Hanói había escondido un reloj en la oscuridad de su ojete nada más que para pasarlo a la generación siguiente. Para esa clase de revolucionarios peronistas y socialistas resultó muy decepcionante dejar pasar una oportunidad de ir más a fondo en un escenario como el de la crisis del 2001. Ellos no tuvieron su momento de decir "*and now, little man, i give the watch to you".* Tuvieron, en cambio, al kirchnerismo y su gobierno tramado alrededor de algo tan perfectamente burgués y liberal como lo son los derechos humanos, algo perfectamente burgués y liberal pero también receptivo del constitucionalismo social, que tiene como sus dos exponentes más acabados dos procesos latinoamericanos, la Constitución de México de 1917, hija de la Revolución Mexicana, y la Constitución Argentina de 1949, hija de la Revolución Justicialista.

Por izquierda se criticaba que el kirchnerismo no era revolucionario, que el paradigma de los derechos humanos se limitaba a repartir un pedacito de la liquidación de la cosecha de la soja, sin tocar el modelo sojero empobrecedor. La derecha, por su lado, apenas salió del repudio público después de la caída del modelo neoliberal, empezó a advertir a la población sobre el verso de los derechos humanos. Lo cierto es que esa política pacificó el país, estableció un comienzo de recuperación económica, que luego se estancaría por errores propios, pero también por decisiones económicas de los centros financieros que se negaron a dar crédito al país y lo arrastraron a discutir su política económica a los tribunales municipales de New York.

Antes del kirchnerismo hubo un momento en el interregno de Duhalde en el que el presidente interino alucinó un río de peces de colores, fue a los tres meses de asumir el cargo, en abril del 2002. En junio de ese mismo año, el asesinato a sangre fría de Darío Kosteki y Maximiliano Santillán por parte de efectivos de Policía Bonaerense fue televisado a todo el país y Duhalde tuvo que renunciar a toda expectativa de continuidad.

En la Argentina del 2003, el respeto a los derechos humanos significaba que el Estado Nacional garantizaba el derecho a manifestar, la elemental y muy práctica garantía a participar de una movilización sin riesgo de ser golpeado o gaseado o de terminar boca arriba con una bala de plomo en el estómago en alguna ruta nacional.

En los días de la agonía y la muerte de la convertibilidad, la represión había causado más de dos muertes, habían sido decenas, y la violencia institucional se expresaba de una forma permanente en la impunidad del gatillo fácil y en el procesamiento masivo de activistas y militantes. Néstor comenzó por el principio, comprendió que los problemas de los argentinos no se resolvían con más represión, por eso la observación de los derechos humanos fue un punto de partida y no uno de llegada. Ahorró sangre y ganó tiempo, como enseñaba Perón. Con ese punto de partida se sustanció el inicio de una nueva etapa. El acercamiento a las Abuelas y las Madres, entre otras cosas, teatralizó esa decisión, la hizo comprensible más allá del discurso de la razón jurídica, desde la emoción de la confianza.

El Poder Judicial también se apoyó en los derechos humanos para recuperar la legitimidad perdida. Con la Corte Suprema de la mayoría automática menemista desbaratada, los fallos fundamentados en la progresividad de los derechos económicos, sociales y culturales, engrosaron una jurisprudencia que venía a sentenciar que la vía democrática a la igualdad era algo más que la quimera de unos reformistas de culo blando.

El Poder Legislativo tuvo una intensa actividad creando leyes protectorias para las personas con menos recursos, que muchas veces lograron modificar las condiciones de vida de las personas y otras tantas se quedaron a mitad de camino como un reconocimiento insustancial, quizás útil para potenciar un reclamo con el espíritu áureo y universal de la ley. Con el paso de los años y la multiplicación de problemas en el frente económico y financiero, la pendiente hacia una proliferación de derechos sin principio de ejecución ni ejecutabilidad inmediata se fue haciendo insostenible, degradando las leyes a gestos culturales sin eficacia, erosionando la confianza en la autoridad política.

De eso se trató al principio del kirchnerismo y su política de derechos humanos que luego se afirmó en el juicio y condena a los criminales de la dictadura. Visto a la luz del negacionismo que se ha levantado de entre los muertos y que aparece como un tic de incorrección política, los doce años de sostenimiento institucional de las políticas de memoria, verdad y justicia, cobran un valor que no va a hacer más que incrementarse en el futuro como una guía, una solemnidad de las que hacen falta.

Hubo una búsqueda entre los que participamos del proceso del 2001 y luego del kirchnerismo de efectivizar los derechos que no estaban siendo reconocidos, de buscarle la vuelta para su realización efectiva. Ni las Naciones Unidas, ni su Consejo de Seguridad, ni su Corte Penal Internacional, van a salvar a los pueblos, solo el pueblo salvará al pueblo. Punto. Pero.

Si la derecha global tiene entre sus objetivos programáticos bombardear a los organismos internacionales y bajarle el precio hasta el desconocimiento a los derechos humanos, no es embellecer al sistema internacional de derechos humanos preguntarse si conviene en relación a lo que se vendría en reemplazo. Si a Trump, Bolsonaro y Milei les parece que hay que eliminarlos, al menos deberíamos tomarlo como un indicio de que no nos debe convenir. Que resulta limitante de la aceleración hacia la próxima etapa del capitalismo de corporaciones a la que se encuentran lanzados. No es embellecer al Partido Demócrata decir que en el contexto del giro represivo de Patricia Bullrich nos conviene que la Corte Interamericana de Derechos Humanos siga existiendo. Se trata de no ser tontos, nada más.

El movimiento libertario viene a instalar la relegitimación de la violencia policial y la restricción del derecho a la manifestación y no lo hace por principios, o no sólo por principios, sino para usar esa legitimación de la violencia cuando la necesita y la necesita cada vez que alguien se opone en la calle a sus políticas de saqueo y austeridad. Por la universalización de las necesidades y su forma de satisfacerlas el capital podría prescindir del estado y de sus instituciones colectivas y democráticas, esa es de fondo la discusión, sin esas intermediaciones toda va a andar mejor, esa es la promesa.

Nosotros somos los que decimos que no, que vamos a seguir defendiendo las formas de organización colectiva frente al individualismo y la sustitución de la organización política por el procesamiento de datos. Porque somos humanistas y porque tenemos un país despoblado que poblar si no queremos cederlo y no podemos hacerlo por una app de celular. Después del 2001, con todos los límites que se pueden señalar, logramos insuflar al país una energía de justicia social, independencia económica y soberanía política, que no alcanzó para transformarlo estructuralmente pero que hizo un lugar mejor. Muchos participamos desde diferentes lugares en aquello, algunos en el estado, otros en la sociedad civil, otros desde la actividad privada. Es momento de hacer la memoria y valorizar esas experiencias para compartirlas y reformularlas porque ese es un paso fundamental para volver a convencer.

Compañeros, nosotros llevamos adentro nuestro un tiempo, y quizás ahora nos sentimos bajo ataque, como el Capitan Koons lo estaba en su agujero en el infierno de Hanói. Pero ya llega el momento de sacar el reloj de la oscuridad, poner cara de tener una buena historia entre manos, mirar a los ojos y decir… *“And now, my little friend, I give the watch to you”.*

-XXVI-

Pocos días después de que Javier Milei fuera electo presidente fui al cumpleaños de un amigo en un bar cerca del Parque Saavedra. Era una noche calurosa y el bar estaba en la esquina de una calle con una cortada y sólo muy cada tanto pasaba un auto rompiendo la monotonía pueblerina del barrio. Estábamos de pie y en ronda, queríamos hablar de pavadas para evitar hablar de política y no lo conseguíamos, estábamos en eso cuando por la cortada vi venir a una vieja loca como del rayo a toda velocidad pisteando en una silla de ruedas.

¡Cuidado! Llegué a avisar.

La vieja atravesó el grupo pasando como un gliptodonte a la carrera. Todos nos corrimos para dejarla pasar, acostumbrados a lidiar con la furia urbana no nos inquietamos demasiado, pero cuando creíamos que iba a seguir de largo frenó extendiendo su mano hasta la entrepierna de uno de mis amigos y tomando sus dos huevos bien fuerte y después empezó a sacudirlos con ímpetu. Mi amigo se retorció de dolor. Tuvimos que agarrar la silla y sacarla a la vieja de ahí. La apartamos unos metros y nos volvimos pidiéndole que no vuelva a pasarse de la raya así. La vieja nos lanzó un escupitajo que por suerte no llegó a tocarnos, después dijo una frase que conjugaba en su única línea la reprobación y la furia que le venía desde su alucinación vigía de vieja loca como del rayo. Esto, dijo agarrándose la vagina con las dos manos, esto es lo que les falta a ustedes, esto les falta, ¡Culorrotos!

A la vieja loca del rayo no le iba el protocolo de la corrección política y la perspectiva de género, pero se hacía entender.

Ahí quedó la vieja. Los huevos de mi amigo, informo, no sufrieron daños permanentes. Unas semanas más tarde, cuando vi las primeras represiones del gobierno libertario, pensé en ella, porque pensé:

¿Qué vamos a hacer nosotros con la violencia de ellos?

¿Qué hacemos con su violencia? La violencia está ahí, en el engendro neocolonial. Cada proyecto de poder tendrá que responder esta pregunta, tarde o temprano, qué hacer con el país colonial. El capital extermina sus propias formas precedentes, las pulveriza y universaliza las nuevas. Los cuerpos de los trabajadores se desplazan, se reforman, se deprimen y se enloquecen, se marchitan al costado de la senda del progreso. Eso sucede. Los burgueses, ellos también son desplazados, masticados, escupidos, cuando el capital cambia de forma. Algunos se adaptan, otros no, el poder procesador de la información y de las formas de producción cada vez tiende a concentrarse más, está en la forma micro de un chip, y cada vez que se centraliza de todas formas se universaliza. La promesa del progreso llegará, llega, ya llegó, pero nunca para todos.

En el segundo trimestre de 2024, la pobreza en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) afectó al 26,4% de los hogares, lo que corresponde a aproximadamente 358.000 viviendas. En términos de personas, la cifra alcanzó el 32,1%, lo que equivale a cerca de 989.000 individuos en situación de pobreza. Este registro representó la segunda incidencia más alta de la serie histórica iniciada en 2015

para un segundo trimestre, superada solo por los datos de 2020, durante el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO).

Por su parte, la indigencia afectó al 9,2% de los hogares (125.000) y al 13,5% de las personas (417.000), cifras comparables a las observadas al inicio de la pandemia. Dentro del grupo de personas y hogares en situación de pobreza, el número de quienes se encuentran en condiciones extremas se incrementó, representando el 34,8% de los hogares con carencias de ingresos y el 42,1% de las personas en esta situación. El 45,4% de los niños y adolescentes de CABA (304.000 personas) viven en hogares en condición de pobreza, lo que representa un incremento de 5,8 puntos porcentuales respecto al 39,6% del año anterior (INDEC, 2025).

Buenos Aires sigue creciendo en la Argentina que sigue despoblada. La tendencia al crecimiento poblacional es mundial, el planeta alcanzó los 8000 millones de habitantes a mediados de noviembre de 2022, desde los 2500 millones de personas estimadas en 1950, pero en pocos lugares están distribuidos con el nivel de concentración que tiene Argentina. Hace casi dos siglos, en la época de Rosas, Buenos Aires tenía unos 80.000 habitantes, en la actualidad la Ciudad es parte de un conglomerado urbano en el que viven 16.000.000 millones de seres humanos, cerca del 37% del país. Los países sudamericanos son los más urbanizados del mundo, en el caso de Argentina el 92% de la población vive en ciudades, pero Buenos Aires es 9,9 veces más grande que el segundo aglomerado poblacional, el Gran Córdoba. Las condiciones estructuralmente deformes de nuestras naciones se pronunciaron con el éxito del modelo sojero. En 1980, la población rural argentina era del 16,8% y 1991 era del 13,4%, ahora es del 8%. El fenómeno de la conurbanización de la política argentina y del peronismo ha sido muy tratado, pero no termina de ser percibido en la propia ciudad. La mancha de crecimiento del AMBA vista en progresión desde 1948 no ha parado de crecer. Y no sólo se ha extendido, además en muchas zonas se ha intensificado la cantidad de habitantes por hectárea, en el contexto de una sostenida tendencia a la pobreza e indigencia de su población (INDEC, 2021).

El desarraigo también es parte de la violencia.

La Argentina se encuentra peligrosamente despoblada y Buenos Aires se encuentra peligrosamente superpoblado. La falta de densidad poblacional en ciertas regiones es un problema efectivo para el ejercicio de soberanía y para una eventual defensa. Buenos Aires debe dejar de crecer y hasta contraerse para que el país crezca. La cuestión de la Capital vuelve como un problema mal resuelto. En el empobrecimiento estructural, en el hipotecamiento de los recursos naturales para pagar la deuda y tener acceso a algún tipo de control sobre el tipo de cambios, resulta peregrino pensar en un traslado de la Capital y en el diseño de una política poblacional dirigida, sin embargo, son recursos necesarios para salir del insostenible e insalubre cuadro actual.

Jorge Rulli solía hablar de la pobreza planificada cuando ensayaba sobre el modelo sojero que, según él, desde su concepción previó la migración de las poblaciones rurales y las formas de asistencialismo para mitigar los efectos de la pobreza y la indigencia que esto iba a generar en los conglomerados urbanos. Jorge Rulli iba de pueblo en pueblo dando charlas sobre la relación entre los agronegocios y la especulación financiera e inmobiliaria en las grandes ciudades.

Rulli iba por el costado del peronismo, a pesar de haber sido uno de sus tantos protagonistas. A veces ensayar es una actividad de riesgo. Uno escribe para comunicarse con los otros y como resultado está muy solo mientras escribe y también después, cuando aquellos con los que se busca dialogar finalmente te leen. Pero el que ensaya está en el trance y sigue escribiendo, estudiando, observando, y contando historias. Entre las historias que Rulli no se cansaba de contar estaba la que le gustaba llamar *"La batalla del Microcentro Porteño",* una disputa que duro años entre los muchachos de la Resistencia Peronista y los Comandos Civiles armados por los gorilas, y que viene a cuento para responder qué hacer con la violencia, con la más elemental y brutal en este caso, la de las calles.

"Yo por desgracia no tuve la oportunidad de integrarme a alguna de esas manifestaciones espontáneas en esos días del 55. Anduve solo y me refugié en mi dolor. Otra sensación muy fuerte que sentí fue la de la traición. La Unidad Básica de mi barrio se convirtió en un comité de la UCR, con eso te digo todo. Gente que era connotadamente peronista colgaba la bandera argentina en el balcón. En nuestro colegio el delegado general de la UES fue uno de los cabecillas del hostigamiento antiperonista. Esas son imágenes muy fuertes a la edad de quince años: indefensión, traición.

Hubo una profunda decepción frente a los viejos liderazgos. Esto era general. Para mí que tenía 15 años haber escuchado a Di Pietro, Secretario General de la CGT, pidiendo perdón, diciendo tonteras por la radio, fue un golpe muy grande. A mí y a mi generación nos separaron para siempre de todo lo que habían sido los dirigentes peronistas del pasado y ayudó a que nos creáramos una imagen de que el peronismo nacía con nosotros.

Esto se fue afirmando con el tiempo, éramos hijos de un nuevo peronismo que tenía poco que ver con el que era antes del 55.

El golpe militar habría de permitir que naciéramos más puros, que naciéramos otros. Esa fue toda la ideología de la JP después. Éramos otra cosa, purificados por aquel gran trastocamiento.

(…) A principios del 57 un compañero de la infancia, que sigue siendo amigo mío, Osvaldo Agosto, me conecta con la gente de Corrientes y Esmeralda. En ese momento era un grupo que se encontraba siempre en la misma esquina y se dedicaba al asunto ese de pasar rumores, se ponían botones blancos en las solapas y ocasionalmente provocaban alguna escaramuza con motivo del Decreto 4161 que prohibía cantar la Marcha y toda la simbología peronista. Cuando me enganché ahí empecé a ir todos los días. En los primeros disturbios me voy conectando y voy siendo distinguido por otros jóvenes de mi edad que también querían hacer cosas. También había bastantes disturbios frente a los diarios. Se armaban corrillos que terminaban siempre a los puñetazos. La Nación de la calle Florida y La Prensa de Avenida de Mayo.

En esta esquina es donde me conecto y me invitan a la casa de Susana Valle, donde se organiza uno de los primeros comandos de la Juventud Peronista. Ahí estábamos con Tuly Ferrari, Pocho y Gustavo Rearte, Héctor Spina y formamos el Comando General Valle. Susana nos marca un proyecto de desmantelamiento de la organización paramilitar, que eran los Comandos Civiles de la Ciudad de Buenos Aires. Se organizan varios planes que después no se realiza ninguno, pero lo que queda es la determinación de ir armando con más inteligencia el combate contra el Movimiento Cívico

Revolucionario, que es lo que vamos a realizar los dos años siguientes. En síntesis, el objetivo era ganar la calle para el peronismo.

Así se inicia lo que yo llamo la batalla por el centro de Buenos Aires, que fue la lucha contra los Comandos Civiles que eran una plaga terrible. Eran la expresión de la soberbia y la conciencia de poder de los sectores medios. Ejercían un antiperonismo visceral y estaban por todas partes. No había una esquina donde te manifestaras donde no apareciera uno. Los días que intentábamos organizar algún acto aparecían en forma organizada y siempre armados. Pero nosotros ya habíamos aprendido a reconocernos y a pelear juntos en la calle y a confiar el uno del otro. Ya no era como el primer día, en la Marcha del Silencio, que el tipo que sacaba el arma y nos apuntaba, después podía guardarla, retroceder e irse. Ahora el que sacaba un arma ya no se iba más. En la calle Florida hubo uno, por ejemplo, que tiró e hirió a varios, pero nosotros no quedamos alrededor rodeándolo, como en la selva, hasta que se le acabaron las balas y después la gente lo pateó hasta que se cansó. Yo fui el que lo alcancé. No supe hacerlo bien ya que me podría haber matado, porque lo paré cuando él corría y lo deje que se diera vuelta con la pistola en la mano… decía que se le habían acabado las balas. Esto lo pensé mucho después y también lo conversábamos, ya que realmente nos iba la vida.

Nuestra pelea era a mano limpia o con cachiporras. Yo fabricada cachiporras, a escondidas, en el taller de mi padre. Esto también generaba toda una discusión ya que las armaba livianitas porque tenía mucho temor de herir grave a alguna persona. Con lo cual después le pegabas a un tipo y no pasaba nada. Como me pasó a mí una vez que uno me corrió más de tres cuadras. Era un grandote que le estaba pegando a otro compañero y yo fui de atrás y le sacudí con la cachiporra. El tipo se dio vuelta y me corrió como un loco.

Además, nuestra gente era muy pobre físicamente, muy raquíticos, muy de baja estatura. Peones del centro, del Correo Central, lustrabotas, prostitutas, estudiantes pobres y obreros de distintas ramas. Nos era difícil competir con los Comandos Civiles que en general eran animales de un metro ochenta y noventa kilos de peso, bien comidos y entrenados en deportes de equipo. No teníamos mucha chance de ganarles salvo que los superáramos en número y actuáramos por sorpresa.”

-XXVII-

A fines del 2022, María Kodama presentó el libro *"La Divisa Punzó"* que escribió es colaboración con Claudia Farías. El libro, según sus autoras, fue concebido como un *bilderatlas*, una cartografía abierta, una máquina para pensar las imágenes, para hacer saltar correspondencias, para evocar analogías. Las autoras, entonces, crearon su libro como una puesta de memorias, documentos, cartas, detalles, y etcéteras, alrededor de la figura de Juan Manuel de Rosas, una obra que se excusa, desde su misma concepción, de un cierre definitivo, por lo que tiene, aseguraron, límites semánticos difusos. Poco después, en marzo del 2023, María Kodama, viuda y albaceas de Jorge Luis Borges, murió.

El último libro de Kodama, publicado a edad avanzada y mientras atravesaba una dura enfermedad, es una reivindicación de la figura de Rosas que no se aparta de la sobriedad pero que tampoco deja lugar a relativizaciones. Muchos pensaban que su libro era otro, uno más, sobre los aspectos degolladores y vampíricos del tirano, del que resulta menos una injuria que una piedad demorar su infinita disolución con limosnas de odio, según el poema que Borges le dedicó. Apartada de las presunciones de sus lectores, Kodama, en cambio, pergeñó un artefacto destinado a plasmar una última rebeldía: Kodama, que en tantas cosas fue Borges, no era sólo Borges. Kodama no quiso ser, en su hora final, Borges.

La construcción de Rosas como un prototipo de héroe americano distancia a Kodama de la tradición liberal a la que Borges, tras su paso por el nacionalismo yrigoyenista, suscribió a pie juntillas, y en un mismo movimiento la hace tomar distancia de la percepción general que la identifica como un mero apéndice del escritor o en el mejor de los casos como la más aplicada de sus discípulas. Es posible que por la aparente asexualidad de la relación, Borges y Kodama nunca nos hayan dado la sensación de ser dos que hacían uno o tres, sino que parecían, más bien, dos para uno, y esto es algo que el libro para sutilmente marcar como un error de interpretación. Esa dualidad soterrada pero existente, quizás sea lo más provocador del libro, que además a mí me gustó y cuenta con el aporte de un buen número de documentos. Kodama parece contarnos, finalmente, que el otro lado existe y siempre, tarde o temprano, bien o mal, se da a conocer.

En plan de abordar el tema de la identidad, Borges realiza en 1951 una conferencia a la que llama *"El escritor argentino y la tradición",* que sigue siendo muy leída, al punto que es uno de los pocos consensos de la crítica literaria nacional. Borges desarrolla una tesis que, en breve, sostiene que Argentina al no contar con un pasado imperial ni con una cultura pre-colombina que la haya dotado de una gran tradición, puede reclamar para sí toda la cultura occidental. De esa conferencia la conocida frase: *"nuestra tradición es la cultura occidental a la que tenemos derecho más que cualquier otra nación occidental".* Borges, además, encuentra que el lugar de la tradición argentina se parece en un punto al que tienen los escritores judíos en relación a la tradición europea, o los irlandeses con la de lengua inglesa, es decir, un lugar de pertenencia y marginalidad, que hace que estas tradiciones sean libres porque no están obligadas a la reverencia, son parte, sí, pero no tributan.

En la operación de Borges hay un salto de la tradición hispana un poco injustificable y una sustitución de lo argentino por lo porteño, porque al menos una de sus premisas no aplica para vastas regiones

del país que sí fueron parte de un imperio precolombino como el de los incas o de una extensa nación de poderosas raíces culturales como la guaraní. La idea de Borges, sin embargo, ha contribuído en mucho a la literatura rioplatense. En una única operación intelectual Borges se robó la biblioteca universal y eso es más que mucho. Al mismo tiempo ha reforzado la idea de Buenos Aires como periferia de las grandes metrópolis occidentales, situación de hecho cierta, más que postularla no el centro o uno de los vértices de una cultura nueva y diferente, la americana o latinoamericana o sudamericana.

El peronismo, desde el principio y sin entrar en fantasías, sí que pone el centro acá, porque nace como la negación de dos corrientes europeas, la de la derecha liberal y la de la izquierda liberal. No acepta el eje izquierda-derecha, que tensiona al mundo, y va por la suya. prefiriendo pensarse como la afirmación de una vocación nacional y popular, una forma de ser argentino original y no portuaria. El peronismo, por eso, siempre se pensó mejor en contra de la ciudad puerto. Le resultó más acomodado a esquemas y prejuicios que venían de lejos, que eran la contracara del *white pride* de los porteños unitarios, aspirantes a parisinos de la América de Sur. La realidad demográfica de la ciudad en esta tercera década del siglo, sin embargo, ya no permite esas confusiones, Buenos Aires ya no es esa ciudad blanca de inmigrantes europeos, si es que alguna vez lo fue, y hoy más que nunca es una ciudad mestiza, latinoamericana.

Ante esta realidad, los peronistas porteños podríamos intentar, una vez más, el camino de la integración para poner a Buenos Aires nuevamente en camino de la causa americana, a la que tantos servicios supo prestar. Se podría tomar el principio quasi-universal borgeano no para negarlo sino para ensancharlo incorporando todo lo que dejó afuera, lo americano y lo negro, lo que consolidaría a Buenos Aires como una de las grandes capitales latinoamericanas. Un proyecto que no es reaccionario al universal borgeano porque no es un reacción tradicionalista o chauvinista a la libre circulación de ideas, sino todo lo contrario, la verdadera realización del concepto de lo universal que incluye a la mitad hasta ahora negada, la americana.

Buenos Aires como un puerto dado vuelta, recibiendo a los Andes y al Amazonas, a la Patagonia y al mar hacia el que va nuestro río.

En los últimos años Madrid y Miami se disputaron el título de la capital de la cultura latinoamericana, lo que da cuenta del estado actual de colonización económica y mental. Si alguna de las dos terminara por imponerse se consumaría el síndrome del 9/12, la fecha de la final de la Copa Libertadores, el Boca-River que se jugó en el Bernabéu. Esta tendencia sólo expresa nuestra propia incapacidad que nos lleva a vender lo mejor que tenemos al bajo precio de la guita que entra y se quema. Buenos Aires con sus cientos de librerías, editoriales, museos, sus canales de stream, su cine y su teatro, con su música, con su gastronomía, con sus escuelas y universidades, con su radiofonía, en suma, con su inagotable pulso creativo debería aspirar a ocupar ese espacio por la propia potencia de su trabajo.

Buenos Aires ya es un punto de cruce de latinoamericanos de todos lados. Sería bueno que vengan de todas partes del mundo a ver cómo aquí los latinoamericanos estamos inventando algo nuevo, cocinado con elementos del viejo y del nuevo mundo. Perón en La Hora de los Pueblos, señala que la

unidad latinoamericana será más una obra de los pueblos que de los hombres o los gobiernos y que además esa unión es estratégica para la actuación soberana de la nación. Lo que quiere decir que no necesitamos a la Cancillería para acometer esa tarea, es una obrar a tejer también por debajo, de pueblo a pueblo.

"¡Sejamos imperialistas!", reclama Caetano Veloso en su canción Lingua. En su texto *"A diferencia de los americanos del norte*", amplia: *"No exijo de Brasil menos que (…) cambiar el rumbo de las conquistas tecnológicas, estéticas, de comportamiento y legales".* Caetano habla de ser expansivos, de asumirnos nuevo mundo. Eso es contracultural. Es proponer un nuevo contrato entre el hombre y la naturaleza, ser expansivos porque lo que no se expande se contrae, lo que no avanza, retrocede.

¿Y qué es lo americano? Lo múltiple en la unidad y en paz.

¿Y qué más es lo americano? La oposición de otro tiempo al tiempo de la racionalidad técnica.

¿Y qué es la oposición de otro tiempo al tiempo de la racionalidad técnica? Una nueva solemnidad.

¿Y qué es la solemnidad? El sentimiento que nos ayuda a distinguir entre todas las cosas del mundo aquellas que son sagradas.

La solemnidad como expresión humana, como una exaltación, no la solemnidad de no reírse de los chistes subidos de tono o políticamente incorrectos, eso es otra cosa, eso es pacateria mental.

En esto los americanos de las grandes ciudades podemos hacer las veces de lenguaraces, de traductores irreverentes para otros urbanitas de otras partes del mundo. Lenguaraces ya no de la cultura universal (que es la europea) sino de la cultura ancestral de los pueblos originarios, porque en ellos, aunque hoy muchos de ustedes la desprecien y les parezca un objeto de mal gusto hippie psicobolche, hay una sabiduría de milenios que vale compartir en tiempos de individualización, materialismo y saqueo ambiental. Los pueblos originarios nos entregan la vieja buena nueva del buen vivir y la sacralización de la naturaleza y en ese punto se encuentran con lo más profundo del peronismo, el de la comunidad organizada, que busca un equilibrio entre el hombre y el cosmos, sin alienación del estado ni del capital.

Estimados compañeros realpolitik, yo los conozco, ustedes se ríen de la pachamama y los pulóveres de llama, y a mí tampoco me gustan eso pulóveres, lo confieso. Pero cuando hablo de ser lenguaraces, digo que no tenemos que preocuparnos de ser otra cosa que lo que somos, sino de aprender una nueva idea y traducirla, y esa idea tiene un componente de religiosidad porque la época lo va a demandar, y es la religiosidad que nos conecta con la naturaleza. Lo va a demandar por los daños ambientales cada día más frecuentes y porque el imperialismo opera con una agresividad en aumento para quedarse con los recursos naturales ¿Cómo robustecer la conciencia nacional sobre los recursos que hoy se entregan alegremente, con la indiferencia y hasta el acuerdo de un gran porcentaje de la población y la escandalosa corrupción del Congreso de la Nación? Esa es la preocupación política real en un país oprimido. Si es verdad eso que ustedes dicen que los burgueses no tienen ideología sino pactos y acuerdos y que la ideología es para los que no tienen patrimonio, a nosotros nos toca trabajar

en la ideología porque somos de los países explotados del mundo, una conciencia que nos ayude a recuperar el patrimonio perdido, la soberanía perdida.

Compañeros realpolitik, las nociones de realismo que manejan funcionan como la pornografía, es un hiperrealismo, una atrofia de la realidad. La realidad es una idea demasiado preciosa, demasiado importante para cederla al realismo. La ciencia es otra cosa que el realismo. La verdad es otra cosa también, es algo que necesitamos proteger y revalorizar porque es nuestra lengua franca, a la que hay que buscar con los mejores instrumentos posibles, esforzándose en estudiar, en pensar, en animarse a dialogar y discutir, siendo claro cuando corresponde ser claro. Olvidándonos, o haciendo como que nos olvidamos, de que la magia siempre es parte de la realidad. Las escuelas positivistas y las logias iniciáticas no estaban tan lejanas, eran los mismos hombres y mujeres los que concurrían a unas y a otras como dos formas diferentes y complementarias de asomarse al secreto, a lo inenarrable. Las ciencias son también las escaleras hacia lo sagrado, compañeros realpolitik, los racionalistas también querían llegar a la luz y no a la lamparita.

La única verdad es la realidad y la realidad también está hecha de sueños

Y de visiones sagradas y de palabras perdidas y recuperadas.

En esta hora en que lo centralizado se deshace en lo segmentado, en que pasamos de la linealidad a lo superposición cuántica, necesitamos cosas que nos unan en lo político y necesitamos que sean pocas. La solemnidad es para pocas cosas, para la naturaleza y para la salud de los pueblos, ese es un norte posible nacido de nuestra América para el mundo, la resignificación y actualización del derecho a la felicidad y a la vida

-XXVIII-

Pasábamos la tarde al pie de unos cerros amarillos. Camila juntaba agua fresca del río en una botella y yo la veía hacer equilibrio, descalza entre las piedras. Me seguía gustando. Todavía me gustaban sus piernas muy blancas y la curva de su espalda cuando llegaba a la cintura. Todavía me daba un regocijo infantil observarla y ahora, además, podía hacerlo sin urgencia. Ella me descubrió en eso y me mostró orgullosamente la botella cargada, estaba contenta. Después empezó a caminar hacia donde yo estaba y la vi perder estabilidad, pero mantenerse al fin en pie. Escuché su grito contenido. Algo le había dolido. Caminé los pocos metros que nos separaban y al llegar a la orilla vi que sus pies sangraban y que la sangre yéndose en la corriente tardando unos segundos en perder su densidad de erizo rojo. Le estiré la mano para que se afirmara en ella, pero hizo un gesto rápido para rechazarla. Es la segunda vez que me pasa, me dijo, ahí abajo hay unas piedras filosas muy hijas de puta, todavía no me doy cuenta cuáles son, tengo que elegir con cuidado por donde voy pisando porque otra vez no me pasa.

Nos echamos en nuestro campamento ligero y ella me mostró el corte. No había sido ni muy grande ni muy profundo, con la presión de una toalla sobre la herida enseguida paró de sangrar. El cielo empezaba a apagarse y en su celeste todavía caliente recibía a la luna que aparecía redondamente sobre los cerros que se ensombrecían y se nos ofrecían diferentes. Sentí en ese preciso momento que al fin estaba en el paisaje. Hasta entonces mi cabeza, todos mis sentidos, habían permanecido en Buenos Aires. Hubiera podido captar la frecuencia de Radio Ciudad con tan solo alzar la punta de mi dedo índice. Camila me pasó la botella y tomé un trago largo. Estaba fresca, tomar esa agua era algo nuevo, más denso, más estable y más vital.

Siete meses habían pasado desde que había recibido el correo en el que Camila me avisaba que había encontrado unos papeles míos. Me pedía que le dijera rápido si los tiraba a la basura o no. No sabía de qué papeles me hablaba. En algún momento había desactivado de mi memoria que le había entregado una copia de *"La leyenda de Posadas"* a Camila. En realidad, prácticamente, me había olvidado de ese guion y hasta de Posadas*.* En cambio, al leer su mensaje me acordé de nuestro último encuentro y esos recuerdos, por cierto, me parecieron dolorosos. En aquella semana final del 2001 que habíamos empezado juntos en Plaza de Mayo, habíamos tenido un distanciamiento, después un buen reencuentro, más tarde una muy mala pelea que finalmente llevó a la abrupta y definitiva separación. Hay un lugar en el estómago para los recuerdos que nos vuelven a doler cada vez que los evocamos. Los del día de aquella pelea pertenecían a esa clase de recuerdos, los que al volver te agarran. Me di cuenta de eso apenas leí el nombre completo de Camila en la bandeja de entrada del mail.

Fue el 30 de diciembre de 2001, es fácil de memorizar porque fue la misma noche que se fue, lo fueron, a Adolfo Rodríguez Saa. Habíamos amanecido juntos después de varios días, otro de esos distanciamientos que ni siquiera uno entiende por qué comenzaron, pero que tiene que haber sido en alguno de los días posteriores al 20 de diciembre. Creo que la causa fue que yo le dije de vernos y me respondió que iba a estar ocupada y me propuso una fecha alternativa que yo rechacé alegando que ese día no iba a poder y el siguiente tampoco, mintiendo nada más que por contrariedad y

resentimiento. Camila, que se había dado cuenta, me respondió algo así como ok, nos vemos un día de estos, chau, y cortó.

¿Qué le pasa a esta loca? Que se curta, debo haber sentenciado yo para seguir inmediatamente con mi vida. Pero con el correr de los días y la falta de comunicación la angustia empezó a morder, sobre todo después de haberla buscado un par de veces sin haberla encontrado. Llamadas telefónicas cruzadas, mensajes de chat a destiempo, un mail con una canción, y nada. Recién el sábado a la noche contactamos. No le pregunté en qué había estado. Compré un vino, chocolate, cigarrillos, algo de mi cajita feliz también cargué en la mochila y caminé las cuadras que nos separaban tan feliz como una lombriz. Pasamos casi toda la noche despiertos. Camila me contó algunas cosas que la preocupaban de la militancia, del barrio, quilombos en el comedor, quilombos con los punteros, quilombos con sus padres que no querían que vaya todos los días al barrio porque tenían miedo de la represión política que podía venirse. El domingo se nos fue en naderías y complicidades, en la burbuja que, si hay suerte, armamos para poder sobrevivir una semana más en este adiós mundo cruel. Casi que nos había salido bien lo de la burbuja cuando sonó el teléfono. Era el responsable político de Camila. Decía que había que salir para la plaza. Le habían cortado la luz al Adolfo en la residencia presidencial de Chapadmalal, había fracasado la cumbre de los gobernadores a la que había convocado para reforzar su autoridad y el gobierno provisional se iba a la mierda. Teníamos que estar en la calle. Así que salimos y al llegar a la plaza nos dimos un beso y cada uno fue para un lado diferente a juntarse con su gente.

De esa noche tengo dos secuencias en mi cabeza. Una fue en la entrada de la Casa Rosada, debajo del arco de la entrada principal. En el 2001 no había rejas entre la Rosada y la plaza y la manifestación, aunque mucho menos numerosa que la del 19 y 20, igual era importante. Si un analista hubiese tenido la chance de estudiar la composición de aquella avanzada que en un momento estuvo a punto de hacer ceder las robustas puertas del palacio de gobierno, hubiese encontrado un collage, a priori imposible, de militantes de las más diversas procedencias y tradiciones, una escala de exasperados que iba desde los católicos ultramontanos a los trotskistas, todos unidos saltando sobre esos veinte metros cuadrados de mármol. La otra secuencia fue en el otro extremo del eje de la Avenida de Mayo, en el Congreso de la Nación.

No sé si porque se puso más empeño o porque las puertas eran menos seguras, pero el resultado fue que en un momento entramos en avalancha al Congreso y corrimos sin sentido por los pasillos a oscuras en búsqueda de nada en particular. Era irrumpir para marcar que podíamos irrumpir y que se merecían que irrumpiésemos, y no les voy a mentir, además porque era una sensación muy agradable. Corríamos soltando amarras del mundo que quedaba atrás y no sé qué fue lo que detuvo a los demás, pero yo iba corriendo por un pasillo y al llegar a un codo doblé y enseguida vi en el punto de fuga un sillón envuelto en llamas, sólo, ardiendo en la oscuridad. Me pareció un poco siniestro, no entendía cómo se había prendido fuego si nosotros habíamos sido de los primeros en entrar y los primeros en llegar ahí. El fuego me detuvo, por mi costado sentí pasar a muchos otros que había entrado conmigo, pero yo me di media vuelta y salí, porque lo hecho hecho estaba.

Más tarde, cuando los fuegos se apagaban, caminé solo por Bartolomé Mitre hasta el punto de encuentro con mis compañeros, una casa que teníamos a disposición por esa zona, en frente de la

Iglesia de la Piedad. Había bastante gente. Parecía una fiesta, pero no lo era, aunque sí que había un estado de excitación febril. Me convidaron cerveza y Coca-Cola. No acepté porque la garganta y todo el cuerpo me pedían agua. Llegar a la cocina resultaba complicado, los compañeros saludaban, cada uno tenía un comentario para compartir, pero para mí la sed. Tenía que pasar de ellos por ahora, ya habría tiempo de charlar de todo.

Seguí hacia el agua. Era largo el pasillo que llevaba a la cocina y la cocina estaba después del codo, cosas de las casas muy antiguas. Cuando por fin llegué la encontré a Camila. Estaba apoyada contra le mesada y hablaba con Salvador, uno de Económicas, que estaba enfrentado simétricamente a ella, los dos tan en medio de su charla que les resultó imposible verme y al verme improvisar otra. El silencio fue abrupto. Pasé, saludé sin dar besos, y me serví un vaso de agua, después otro y otro más, me lavé la cara y me fui. Más tarde, volviendo a casa, muy entrada la madrugada, fue la pelea en una callecita por la que no pasaba nadie. Camila y yo discutiendo sin ninguna intención de comprender nada. Sí, había estado con Salvador y yo no tenía nada que reprocharle porque no era mi problema con quien ella estaba o dejaba de estar ¿O acaso vos no andas con las que vos querés? Me lo gritó bien claro, pero yo no respondí nada.

El revanchismo había pasado a ser nuestro método y la endogamia había sido desde el comienzo nuestro ecosistema. Habíamos hecho brutalidades como esas muchas veces. Terminó de decirme que se había cogido a Salvador y lo primero que hice fue intentar besarla, apretarla contra mí, pero ella me apartó con ferocidad. Hice un nuevo intento de besarla y me apartó de nuevo, se apoyó contra el muro gris y se puso a llorar. No nos podemos volver a ver, no quiero pelearme más, por favor. Le respondí que se fuera a la concha de su madre y que era muy puta. La escupí una vez, la escupí dos veces, la volví a escupir y después me fui. A los pocos pasos sentí que me tomaba del brazo, pero me solté con fuerza y retrocedió. No miré atrás. Ella tampoco se adelantó otra vez. Unos días más tarde me crucé a Salvador en una fiesta. Estaba sentado sobre el pasto verde y parejo de un coqueto jardincito urbano. Se reía y charlaba con sus amigos, muchos de ellos también eran los míos. Aún me acuerdo la expresión de sus caras cuando me vieron irrumpir en dirección a Salvador, que también contó con esos segundos para pensar qué hacer, pero no los supo utilizar, ni siquiera llegó a deshacerse del vaso de vino que tenía en la mano, ni atinó a cubrirse cuando le lancé una patada de suela en el medio de la frente que lo derrumbó contra el jazminero que tenía detrás provocando el derramamiento del vino rojo sobre su camisa blanca.

De eso habían pasado más de veinte años. Ahora, Camila me escribía para decirme que tenía unos papeles míos.

Un año después de aquellos días supe que había cambiado de facultad, se había puesto a estudiar medicina, de organización política y de barrio de militancia. Se había pasado de Cildañez a la 21-24. Mucho más tarde, sería el 2013, la vi de lejos en una multitud durante un acto y, sorpresa, ella también me vio a mí. En eso entró una columna al estadio haciendo bardo que se cruzó entre nuestras miradas ¡¡¡Abraaaánpaaaaaso llegóooolajoootapéeeee!!! Y cuando terminó de cruzar ya habíamos cambiado de lugar.

Al final, respondí el mail. Tomé la decisión de ir hasta su departamento en Retiro a buscar los papeles. Nos quedamos charlando cinco horas. Ella había terminado de embalar sus cosas y tenía la tarde libre porque a su nena se la había llevado el padre. Caminamos hasta un barcito en la calle San Martín y ahí nos refugiamos. Hacía un frío que cortaba los labios. Hablamos de su viaje, me contó el destino, era un lugar mucho más saludable que Retiro en invierno a las siete de la tarde.

Toda mi vida loca por irme de viaje, empezó. Me endeudaba, no me daba los gustos, como si algo se me fuera en eso. Tenía quilombos en el laburo, quería renunciar, matar un nazi, tirar al gato por el balcón, pero en dos meses me iba de viaje, tenía que aguantar. Después cuando estaba en el lugar me gustaban los museos, la comida, el agua turquesa, la arena negra, pero… En los últimos viajes, no sé, desde hace unos años, mínimo cinco o seis años, me pasa que llegó a un lugar y casi que de ahí no muevo. Me quedó en un lugar, me tiró ahí, tomó birra, me fumó mis cigarros, ando con mis libros y a la mierda. Me doy cuenta que lo único que quiero es no estar en Buenos Aires. Y después de la pandemia y de ver a la pibita encerrada todo el día en el departamento boludeando con el celular, más me quiero ir de acá, se me metió en la cabeza que tenía que crecer en un lugar más natural. O eso pensé al principio, después me di cuenta que ni siquiera era eso, sino que yo quería estar en un lugar en el que no me importen tanto los problemas de los otros. Qué me importa a mí el procés, qué me importa la clase obrera panameña, qué me importa que se sequen los ríos tailandeses, si yo estoy de pasada. Les deseo lo mejor, pero me estoy yendo. En cambio, acá, me importa todo, como si yo tuviera la lapicera para firmar los decretos y las leyes del país. Estoy muy informada, leo todo, escucho todo, entró en el delirio. Pienso que en una ciudad más chica y más rica puede ser que me sigan importando los otros y sus desgracias, pero espero que al menos haya menos desgraciados que acá, me parece que acá hay demasiados ¿Miraste alrededor? De golpe es una ciudad de menesterosos ¿Cómo se puede vivir así? Ni se quejan, ahora, parecemos Calcuta.

Camila iba al comedor comunitario todas las semanas, cruzaba la villa, arrancaron con dos ollas populares a la semana y después metieron una más, dos más, según la comida que llegaba con las donaciones y de lo que iban garroneando por acá y por allá. Todos los jueves iba una chica muy alta, flaca, muy linda, se llamaba Deborah, una piba que tenía quince años. Se suma ella y muchas otras mujeres. Se hacen escuchar, van consiguiendo más cosas, la olla popular se hace cuatro veces por semana y los sábados hay clases de apoyo y meriendas. Deborah tiene dieciocho años, tiene un hijo, se llama Nicolás por un actor de la tele que le gusta. El papá no está en la escena, no lo esperen que no vuelve. Cada vez conseguimos más cosas, charlamos con funcionarios que no sólo muñequean, a veces inclusive saben y en ocasiones hasta son sensibles, increíble. Deborah consigue cosas para el colegio, consigue anteojos porque Nico es miope. Nico tiene nueve años y el cumpleaños de diez se lo hacemos en el comedor. Deborah un día va al comedor y está un poco para abajo y le dice a Camila viste que Nico está muy gordo, bueno Nico y yo también, admite Deborah. Es verdad, los dos están con mucho sobrepeso. Lo charlan en la reunión con las otras madres. Lo llevan al ministerio y les dicen que está bueno lo de comer mejor, que el problema tiene que ver con las competencias y las partidas presupuestarias, porque eso en realidad lo maneja la otra secretaría, pero les interesa, escuchan, necesitan tiempo para trabajarlo bien. Nico cumple quince y no lo festeja en el comedor ni en ningún lado, anda por ahí, pero sigue cayendo dos veces por semana a comerse un guiso. La mercadería sigue

llegando: pastas secas y arroz, polenta y jurel, salsa de tomate, harina y aceite mezcla. El ministerio entrega cada tanto alguna proteína, pero hay que administrarla porque es lo más requerido y nunca alcanza. Una vez les dieron plata para comprar frescos, el comedor era uno de la red de veinticinco comedores de la organización, pero la organización no consiguió quién les vendiese; todo estaba colocado entre las verdulerías, los supermercados y lo que se iba para afuera. Deborah y Camila se fueron hasta el cinturón hortícola de La Plata y cerraron un acuerdo por hojas verdes con unos japoneses. Algo es algo. Ese mes comen hojas verdes. Al mes siguiente el ministerio cambia la gestión y estos dicen que tienen que estudiar todo de nuevo y retrasan la entrega de la guita. Los japoneses putearon, tenían la lechuga preparada, cajas y cajas y las mosquitas dándole vueltas. Los japoneses esperaron, pero la guita no llegaba. Los chicos del comedor festejaron, mejor mermelada que lechuga. El sábado llegó la mercadería; pastas secas y arroz, polenta y jurel, salsa de tomate y harina, aceite mezcla y mermelada. Deborah sigue laburando limpiando casas. Camila sigue en el hospital. Nicolás tiene mucha aptitud para el estudio, tiene veinte años y quiere ser enfermero, pero la guita no alcanza para mandarlo al Centro todos los días, para que coma y se compré los libros. Pero Nicolás no quiere que se le escapé la chance y no quiere perder tiempo. Recorre el camino que va de su casa al comedor, lo puede hacer con los ojos cerrados, y le cuenta a Camila lo que le pasa. Camila empieza a moverse para engancharlo con alguna beca universitaria. Lo consigue.

Camila, Deborah, y Nicolás, hace veinte años que pasan sus días en el comedor.

Nicolás está harto de tener que recurrir al comedor para dar cada paso de su vida.

Deborah andá mal de una pierna, labura de limpieza y no da más, cada vez es más complicado para ella ir hasta el comedor, le diagnosticaron diabetes tipo 2 y no tiene cobertura de salud, así que una vez por mes va al Centro de Atención Primaria y hace una cola para retirar la metformina. A comienzos de este año le informaron que no estaban llegando los botiquines con los medicamentos, pero que estaban por llegar.

Camila se hizo grande en el comedor. La emergencia se hizo demasiado larga, no fue un episodio ni una fiebre, fue un movimiento de placas tectónicas que con sus cumbres y sus depresiones se convirtió en la columna invertebrada del movimiento y a ella no le pasó desapercibido en ningún momento.

Por eso aguanta hasta el final de la pandemia y Camila se va. Ya está. Que venga el trasvasamiento generacional. Camila se va a los cerros amarillos y no, no es hippie, odia a los hippies, los hippies son auténticos anarcocapitalistas, ella está buscando otra cosa, una redención, y la necesita ahora.

Pedimos la cuenta, eramos los únicos dos en el bar, tanto frío hacía. Caminamos por San Martín hacia la plaza. Ya estábamos los dos picados por las cervezas y en la esquina la besé. Se dejó besar un rato y un rato me besó. Después se apartó y midió algo que estaba entre ella y yo, un recuerdo. Mejor me voy a casa, pero podés pasar a visitarme por allá, en serio que me gustaría. Le dije que claro, que por qué no. Nos despedimos y la vi irse caminando para el lado de su departamento.

Ahora yo estaba junto a Camila en una quebrada al pie de unos cerros redondos y amarillos. Camila tenía los pies rosados hasta donde habían estado hundidos en el agua helada del arroyo y estudiaba la herida. Esa tarde casi no hablamos, ni lo hicimos a la noche, tanto lo habíamos hecho los días anteriores. Bajamos al pueblo para buscar a Clarita por la Sociedad de Fomento donde jugaba al vóley y después fuimos a la despensa y compramos ajo, tomates y albahaca, un pedazo de queso y dos botellas de vino tinto, porque en la casa había para hacer fideos e ibamos a cocinar los tres juntos y el plato tenía que ser sencillo y ganador. Llegamos y nos pusimos manos a la obra. Dejamos la puerta abierta y abrimos las ventanas de par en par. El viento soplaba, por fin, de forma constante y en un sentido que nos alejaba el bicherío. Cuando terminamos de comer Clarita se quedó dormida y la tuvimos que llevar en brazos a la cama. Estaba agotada. Entre el paseo, el vóley y la cocina, lo había dado todo. Después de dejar a la nena en el más dulce de los sueños, Camila me propuso apagar las luces y salir a tomar el vino que nos quedaba bajo el alero, desde ahí podíamos ver los cerros y el cielo estrellado. En las noches claras como esta, me contó, los cerros parecen plateados, es algo lindo para ver.

Sacamos la mesa y las sillas y abrimos la segunda botella. Le pregunté si tenía planes de quedarse ahí por mucho tiempo. No se planteaba volver. Trabajaba a distancia, también le empezaban a llegar pacientes de la zona, a veces se aburría, pero muy pocas. Tenía su quinta de verduras y hortalizas. Le gustaba la idea de iniciarse en la producción de miel. Había conectado con unas mujeres de la zona con la que cooperaban en proyectos para los niños y las niñas del pueblito. Cuando tenía ganas de conocer a un tipo o de ver buen cine en pantalla grande o de comer comida vietnamita, siempre se podía ir unos días a la ciudad, no era imposible. Lo único que le había quedado lejos era el comedor. A veces la asaltaban unas ganas fuertes de ver a sus amigos de ahí y también a sus otros amigos de la facu y de la vida, pero todo lo demás lo seguía teniendo a tiro. Y además el vino de la zona era muy bueno.

El vino de la zona era bueno como el agua, tenía razón.

Yo mañana sigo viaje, Camila.

Me parece muy bien, me respondió, la casa empieza a quedar chica.

Tres noches son las que manda la hospitalidad. No quiero abusar.

Esa noche me hizo pasar a su habitación. Las anteriores no habíamos estado juntos y ya no esperaba que pasara. En total silencio me invitó a que me sentara contra la cabecera y con el mismo sigilo se sentó encima mío y con la mano izquierda apoyó mi pija en la raja y la hizo entrar por completo en uno, dos, tres, cuatro movimientos de caderas. Con cada movimiento el trance iba ganando nuestros cuerpos que volvieron a hacerse uno y dos más uno, tres. Camila se inclinó y me ofreció sus tetas suaves y redondas y yo las acepté gustoso, sentí su tersura y su peso en mis manos y abrí mi boca para mamarlas y lamerlas y morderlas muy despacio mientras ella me animaba y me empujaba con una mano a que siguiera, a que no parase, a que inventara nuevos caminos con mi lengua y mis labios succionando y succionando mientras ella aceleraba el ir y venir de su pelvis. Yo me entregué al trance de sus tetas como a una obra santa y fui tan feliz como un hombre puede ser y dejé de ser yo para ser

en la corriente del trance hasta que el lenguaje nos abandonó por unos breves instantes, así que no tengo palabras para contar lo que sucedió en adelante ni ganas de encontrarlas, sólo puedo decir que cuando despertamos y nos miramos y nos dimos el beso de la ternura, volvimos lentamente a ser dos menos uno, dos.

Pasé algunos días más recorriendo la región, leyendo y bañándome en ríos, tomando vino y agua, pero el calendario seguía allí y mis obligaciones me esperaban en Buenos Aires. Llegué a la ciudad en una de esas tardes de verano imposibles, sin saber que eso era sólo el principio. Me esperaba un infierno de calor húmedo y pegajoso al que no tenía chance de contrarrestar con ninguna refrigeración. Estaba sin luz mi casa y toda la zona y el apagón duró seis días. Colapso eléctrico en la ciudad. Una usina eléctrica se prendió fuego y las llamas devoraron los generadores. Las columnas de humo se veían a varios kilómetros de Caballito, donde había sucedido el siniestro. El calor y el enrarecimiento en Buenos Aires es un tópico que bien merece su propio ensayo.

En mi casa transpiraban las paredes, los papeles y las plantas del patio y a mí me transpiraban el cuello y las manos. El agua empezaba a escasear y la paciencia y el repelente. Salí a la calle a comprar un repelente. Sobre el horizonte de casas bajas del barrio vi las altas torres que se fueron construyendo durante la última década y pensé qué torres de mierda, son feas y nos chupan la energía, son unos bagartos narcisistas. Me pegué un cachetazo en la cara para aplastar a un mosquito. Uno de los grandes, de esos de patas largas que yo nunca había visto antes y que habían llegado con el viento del norte. No eran los únicos mosquitos. Había variedad. Estaban los que venían del campo y picaban como la san puta, porque, según explicaban los especialistas, para traspasar la piel gruesa de las vacas contaban con un pico de mayor diámetro. Y estaban, claro, los aedis aegyptí, los que transmiten la chikungunya y el dengue. El repelente era imprescindible.

Se agotaron todos los repelentes, me explicó en fracción de segundo la ecuatoriana del chino ¿Qué iba a hacer? Algo tenía que inventar. Me llevé una gaseosa que me había salido un quince por ciento más cara que lo que la había pagado el día anterior. Saliendo crucé miradas con el chino del chino que estaba en la puerta fumando en cuclillas con su musculosa blanca y rotosa pegada por el sudor a su espalda. Cruzamos miradas. Es uno de esos chinos parlanchines que no abundan, su español rioplatense era bastante bueno y le gustaba usarlo. Me preguntó:

- Cansado sin luz ¿no?

- Sí, está imposible.

El chino hizo un tiempo pitada.

En ese breve silencio creció el ruido del generador que había alquilado para mantener las heladeras funcionando. Largó el humo y volvió a dirigirse a mí con la certeza de estar siendo empático con un nativo.

- Todo es un quilombo, pero sabés, creo que el Peluca lo va a poder arreglar.

-XXIX-

El río y la noche, poco a poco, me han ido sustrayendo de la ciudad y yo voy de espaldas a la oscuridad inconmensurable porque quiero ver, al menos por unos minutos más, los campanarios de las iglesias recortándose sobre las columnas de humo negro. Quiero ver por última vez la multitud de casas bajas que separan a Buenos Aires de la tierra y del cielo. Me voy viendo los fuegos que por acá y por allá lamen con sus llamas las calles que fueron mías. Sé que, aunque a cada segundo los vaya viendo más pequeños, no les veré apagarse. Esos fuegos seguirán ardiendo.

Porteños, me duele todo el cuerpo. Estoy herido. Yo lo he dado todo en el campo de batalla aun sabiendo que era una batalla perdidosa, pero ustedes entienden, esa batalla tenía que suceder, no podía evitarla. Ahora el barco se aleja, de a poco las tensiones se disipan como un calor que me abandona y va dejando mi carne exhausta, aunque, no obstante, tengo la impresión de que no podré dormir ya nunca más. Sin embargo, sé que apenas soy un hombre y que voy a ceder al cansancio, agradezco al Señor ser tan poca cosa ¿Cuántas veces los impíos unitarios me han llamado despiadado, sanguinario, monstruo? Son palabras extraordinarias, nada más, y bailan sin peso en la boca de ellos, que no saben lo que es el amor y el perdón. He pensado muchas veces en los mecanismos de sus mentes depravadas y he concluido que se odian a sí mismos y por eso sólo descansan en la perspectiva de ser otros, mucho mejores, muy diferentes, perfeccionados. Yo, en cambio, siempre me he aceptado como un hombre de la tierra, un modesto servidor de una causa y un orden que me trascienden y por eso, contra lo que dicen, he sido benigno las más de las veces y he echado mano del puñal y del fuego sólo cuando no me han dejado alternativa. Yo he persistido en ser quién soy y por eso pude inventar de nuevo a Buenos Aires y liberarla del sitio de dos imperios. Puedo decir que he obrado con el poder como el barquero que conduce esta nave que me lleva al exilio, evitando zozobras, la proa en dirección al destino, sabiendo que es el mar en que nos lleva y no los golpes de timón que el barquero puede dar, que cuantos menos mejor. El oleaje es suave esta noche, chocan espaciadamente las olas contra nosotros, paf, pasan unos largos segundos y paf, otra vez. Nos mecemos y no me importa ni eso ni nada del entorno porque todavía no se va de mí la batalla y me calma saberme derrotado.

Es curioso, pero yo que imaginé tantas veces este momento y que preparé cautelosamente mis archivos y puse a resguardo mis tesoros más preciados, todavía no me siento embarcado. Mi cabeza está en otro lado, acuden tantos rostros, todos los rostros de esta ciudad y de esta provincia que le ha crecido y sé muy bien que pocos serán los que mañana, sino esta misma noche, me nieguen tres veces, que digo tres veces, diez veces, quince veces, las que sean necesarias para salvar el pellejo, el ganado y el buen nombre de la familia. No los culpo, el terror de las cargas de fusil amedrenta hasta a los más corajosos. Cualquier porteño sabe que más sangre se ha vertido en Buenos Aires por causas de las luchas intestinas que en nuestras defensas contra los enemigos exteriores, que en la propia guerra de la independencia, como si el vicio y la podredumbre más criminal se cocieran a fuego lento en las tardes y noches porteñas, como los hongos y las inmundicias que enturbian los arroyos se multiplican en los recodos donde las aguas se estancan, así crece el barro y la sangre donde se agolpan los rencores.

Los unitarios no van a vacilar en entregar el todo por su parte. Lo han hecho con los ingleses y los franceses, mañana lo harán con los norteamericanos, pasado con los chinos. En guerra siempre contra todo lo que es americano y grandioso, los unitarios harán la guerra contra el indio y el gaucho, contra los paraguayos y los paisanos que no quieran ir a pelear esa guerra fratricida. Es con estos mercenarios adentro que nuestra nación ha quedado constituida. Contra ellos, por fuerza de la historia, combatiremos por los siglos de los siglos. Pero vale decir que yo, Don Juan Manuel de Rosas, me he inclinado siempre por la buena fe, y entre ellos, en términos generales una panda de entreguistas sin dios ni patria, también existen buenos porteños y buenos argentinos, y al corazón de ellos hay que hablarles, al menos hacer el intento.

Comenzar creyendo en la buena fe del adversario es un ejercicio espiritual necesario para todo quien gobierna, justamente por conocer que la honra de la mayoría de los hombres y mujeres es igual a cero. Por eso mismo los gobernantes, más que nadie, debemos observar el segundo de los mandamientos, el que nos impone amar al prójimo como a uno mismo, pues este mandamiento es en todo semejante al primero, el que ordena amar al Señor por sobre todas las cosas. He rezado cada día para cumplir cabalmente en mi gobierno con estos preceptos sagrados, lo que no ha sido fácil ya que por doquier se han levantado mis enemigos haciendo imposible la concordia. Aun así en ella me empeñé con todas mis fuerzas y en los momentos de profundo desánimo y desesperanza de la humanidad, que no han sido pocos, primero Encarnación, y luego mi amada Manuelita, me han puesto en el sendero de mis deberes. Con fuerza renovada retomaba mi trabajo cada amanecer y así podía mirar sin desprecio esos rostros que son los mismos que ahora vuelven a visitarme en mi ocaso y las veces, no pocas, que descubría en ellos el gesto vil del mentiroso, las más de las veces callaba y luego, a solas, sacaba mi libreta y anotaba en privado lo que en público como Gobernador de Buenos Aires resultaba menester omitir.

La libreta me la llevo conmigo al exilio. No quiero dejarla a merced de estos rufianes, dado que en ella he encontrado el refugio para mis más íntimos pensamientos, ideas que ellos no podrían sino presentar con malicia ante los ojos del pueblo como documento de una personalidad demasiado agitada, tenebrosa. Como les dije la realidad era más bien la contraria, porque en la forma de la tinta que dibuja iba expurgada mi reacción elemental. Hablo de la ambición, de la mala voluntad, de la envidia y del desenfreno, del orgullo y de la revancha, de todas las bajas pasiones que hacen a un buen hombre perder la cabeza. Yo no me he dejado arrastrar a ese fango. Si fui duro y hasta cruel, lo he sido bajo mi propio pulso, con severidad. No me dejé llevar como Lavalle por tonteras sanguinarias. Nunca me he creído la piedra filosofal de las pampas, como Sarmiento. Ni me ha movido el desprecio y la servidumbre, como a Mitre. Yo anduve bajo el rigor de la templanza, o al menos eso he intentado, y mi libreta personal me ha sido de gran ayuda.

Conozco muy bien que ahora el tiempo será de ellos para tramar y ejecutar una larga revancha, mucho más destructiva que esta desbocada caza y fulminación que se estará desarrollando en la ciudad a la que veo empequeñecerse en la medida en que esta nave se aleja. Encarnación me hubiese advertido que contra ellos no valen los descansos ni los perdones. Ella los conocía tanto o mejor que yo, desde su infancia, no se equivocaba con ellos. Conozco muy bien que pasarán del grotesco de la revancha iracunda a la maquinación pérfida de una nueva historia contra toda la historia y esa maquinación no

será en contra de mí sino de algo a cuya magnitud temen más que a nada, hablo de Buenos Aires gloriosa, independiente, libre y soberana. Pero todo eso va quedando lejos me estoy yendo en un barco llamado, ridículamente, Conflicto, y no volveré jamás. Del lugar al que voy poco y nada me importa, allí mi libreta no me va a ser necesaria.

Ya no veo al río a mis pies, ya no veo al cielo, te pierdo Buenos Aires en donde estos se juntan, en el negro azul del pasado, pero siento que con el tiempo me volverás a llamar y que yo, como siempre, estaré atento, el caballo listo, la frente altiva, cabalgando junto a mis colorados por la llanura, a tu socorro, una vez más.

- XXX-

Una mañana de noviembre de 1972, Juan Manuel Abal Medina pasó a buscar al General Perón por la casa de Gaspar Campos, en Vicente López. Cumplía con lo que el General le había pedido, lo pasaba a buscar a primera hora para ir a dar una vuelta por Buenos Aires, la primera en diecisiete años. Desde niño la ciudad había sido parte de la vida de Perón. Cuando alcanzó la edad para iniciar los estudios primarios, Perón fue enviado a vivir a la casa de su abuela, Dominga Duteil Bergougnan, en la calle San Martín al 500, en pleno centro porteño. Habiendo sido un niño fue parte de la agitación de esas calles, en las que tuvieron lugar los juegos y toda la seriedad que ellos implican, posiblemente los primeros amores platónicos, el conocimiento de los recuerdos familiares que incluían al abuelo que había sido un prestigioso político mitrista. Buenos Aires, por todo eso y tantas otras cosas, le pertenecía. Perón podía componer su propia psicografía, su ciudad dentro de la ciudad, su propia deriva, pero había, a la vez, un paisaje prístino al que Perón siempre volvía, el del campo y los animales, el paraíso patagónico perdido de los primeros recuerdos y los cuidados maternales. Esos cielos y esas distancias nunca lo abandonaron.

Eran dos los mundos, entonces, los mundos de Perón. El de la ciudad y el del campo, y eran dos las ramas que se aunaban en su sangre. La de su padre, urbana y mundana, y la de su madre, rural y criolla. Ese encuentro también había sido un choque. Tomás Perón demoró en reconocer a su hijo, lo que dio lugar a la serie de equívocos en torno al lugar y la fecha de nacimiento de Juan Domingo, propiciados por la multiplicidad de partidas registrales y al ocultamiento que la familia promovió por cuestiones de conveniencia. De haberse sabido que tenía ascendencia tehuelche, Juan Domingo no hubiese sido admitido en el Colegio Militar de la Nación. Los cadetes tenían que ser argentinos y cristianos puros. Los indios habían sido hasta poco tiempo atrás los enemigos del Ejército, el otro lado del proyecto eugenésico de la oligarquía.

Sin embargo, Juan Domingo tenía en cuenta su herencia. Había en él algo de indio, de tehuelche y de quechua, el pelo abundante, los pómulos salidos. Juan Domingo recordaba los relatos de su abuela que le contaba del fortín de Lobos y de cuando ella había sido cautiva de los indios. Juan Domingo se recordaba a sí mismo preguntando entonces, *"abuela... ¿yo tengo sangre india?"*. Y que le gustaba la idea de ser uno de ellos, cabalgando a pelo por la pampa todavía desalambrada hacia las tolderías. Juan Domingo definía a su abuela como una mujer inmemorial, alguien que venía desde el fondo mismo de los tiempos y que le contaba historias, seguramente, igual de inmemoriales, narraciones sobre animales, por los que Juan Domingo sentía devoción, leyendas sobre el origen y el robo del fuego

¿Habrá escuchado, también, sobre la lejana civilización del Caral, extraviada desde hacía más de cuatro mil años, madre de los pueblos del sur? Una civilización con una cruz propia y diferente, una escalera de cuatro lados que unía al cielo con la tierra, un símbolo que le recuerda al hombre la armonía de la naturaleza y el origen, el cero, un número que a diferencia de los romanos conocían y representaban y que estaba antes del inicio en su calendario de trece meses de veintiocho días, que los aymaras utilizan hasta hoy. Ellos, como todos los antiguos, eran agudos observadores del cielo. El

día cero es el tres de mayo, cuando la constelación de la Cruz del Sur se alinea con el eje de la tierra y se ve perfecta en la noche.

En Buenos Aires esas historias no circulaban y no circulan, aunque tantos porteños nacidos o llegados las guarden consigo, en su memoria, en su paraíso abandonado. En Buenos Aires hay tanto para ver y para contar, hay profusión de casi cualquier cosa, pero esas historias no se pueden contar, no son legítimas, son narraciones bastardas que se guardan en el placar, o que mueven a la risa, porque las cosas de indios nos hacen reír o nos parecen que son recursos de los timadores para atrapar a los angurrientos de espiritualidad. Es que Buenos Aires está lleno de timadores y desesperados y no se puede confiar en nadie. En Buenos Aires, además, nadie mira el cielo, las estrellas no se ven, nadie sabe por dónde se pone el sol, nadie sabe cuándo sale la luna. Tampoco tocamos el suelo, que está pavimentado. Tapamos el cielo, la tierra y el río, no sabemos ni dónde estamos parados, nos lo tiene que contar Eduardo Nevado desde un procesador en una base de inteligencia. Ellos sí saben dónde estamos parados y apenas le pedimos la data nos la manda y podemos escucharla en nuestro propio idioma o en el de ellos, para amortizar el dinero invertido en aprender inglés. 34° 36’ 13,1’’ S 58° 22’ 40,6’’ W. OK, Google.

Por esas coordenadas seguro anduvo Juan Domingo, tan cerca de su casa de la calle San Martín, con los dos mundos en su cabeza y en el alma. Un porteño más, ilegítimo y legitimado, quizás ya preocupado por la armonización de esos dos lados, a veces tan complicado, a veces imposible. El peronismo luego trataría de conciliar no tanto a las clases como al ser humano con el capital, a que el ser humano tuviese el tiempo adentro para no ser aplastado por el tiempo de la máquina, por eso el peronismo no confía en el materialismo, no cree que se trate de las relaciones de propiedad, por eso el peronismo es un humanismo.

Abal Medina cuenta que esa mañana en que pasó a buscar a Perón fueron hasta la calle Posadas donde Perón había vivido con Eva. Se quedaron un rato. Abal Medina lo escuchó volver a nombrar eventos y cosas de una cotidianidad para siempre esplendorosa, después siguieron bajando hasta la Plaza de Mayo y dieron una vuelta completa a la plaza y subieron por Avenida de Mayo hasta el Congreso para tomar por Rivadavia hasta Liniers. Perón miraba a la ciudad en movimiento a la velocidad del auto que avanzaba. En un momento pidió meterse por las calles de Flores. El General recordaba que por ahí había vivido mucho tiempo un sobrino suyo. Ya de vuelta pasaron por Callao y Quintana, porque Juan Domingo quería ver donde vivía Abal Medina y también a pedido de Perón se acercaron a la casa de la familia Abal Medina en la calle Moreno 1130. Poco tiempo atrás les habían puesto una bomba y todavía se podían ver los destrozos.

Abal Medina cuenta todo esto en su libro *“Conocer a Perón*”. Dice que estuvieron cerca de dos horas dando vueltas y que al General lo divertían estas cosas y que observando los diferentes lugares de Buenos Aires por los que pasaba hacía comentarios asombrados, como *“esto está igual”,* o *“qué raro esto”.* Cuando lo leí me imaginé al General mirando por la ventanilla de uno de esos autazos de los sesenta y setenta, autos como barcos que se abrían caminos por las avenidas y calles de la ciudad, muchas de ellas todavía con adoquines que provocaban al pasar sobre ellas el movimiento de un mar apenas picado. Me imaginé al General mirando para arriba en contrapicado hacia los viejos edificios

que aún seguían en pie y a los otros, los nuevos, los que le exigían ajustar un poco la mirada. Y pensé que la cartografía que había usado Perón en esa vuelta había sido ordenada de acuerdo a una memoria emotiva en la que entraban la plaza, la casa en la que había vivido un gran amor, la casa del sobrino, la casa de su amigo y la de la familia de su amigo, y pensé en el trayecto entre un punto y otro y la chance de la sorpresa, la oportunidad de la memoria, esquinas que no recordaba y que al verlas lo llevaban a un tiempo de aventuras que le tiene que haber despertado una agradable nostalgia que es, también, una de las formas del trance.

Vuelvo al auto con Perón, a atravesar la ciudad de este a oeste y de norte a sur y pienso en Perón mirando a las personas caminando por la avenida Rivadavia. Hombres y mujeres llevando su vida, sus familias, muchos ajenos a los asuntos de la política y de los estados, convencidos de que esos no son sus asuntos, que nada ni nadie los va a salvar de pagar las cuentas a fin de mes, de pagarle a los empleados el sueldo, de hacer con el sueldo la magia para mantener a la familia, de la disfuncionalidad de su familia atrapada en un dos ambientes con vista al pulmón del edificio, nada ni nadie los va a reemplazar en sus deberes y obligaciones, en la urgencias y en los placeres, muchos de ellos pensando que están solos y aislados, y otros muchos que piensan en que son parte de un colectivo y sin embargo, al volver a sus casas, están siempre solos. Perón los mira y siempre los ha mirado sabiendo que son individuo y colectividad y ecosistema y universo, y que las cuatro cosas son igual de ciertas y poderosas en ellos y que en ese equilibrio está la dimensión de la audacia de su apuesta política. La felicidad para las personas y para el pueblo y la grandeza para la nación. Una gran masonería de lo argentino en la que todos seamos compañeros. Una gran doctrina humanista para tiempos brutalmente deshumanizadores, desde Buenos Aires, Argentina, para el mundo.